Gabriel Cardona

# CUANDO NOS REÍAMOS DE MIEDO

Crónica desenfadada de un régimen que no tenía ni pizca de gracia

13

Crónica desenfadada, sentimental, irónica y a menudo desternillante del franquismo, un régimen sin pizca de gracia.

Los chistes contra Franco, «la vida entre boinas» de la Falange y de los requetes, la «jauja» del estraperlo, la historia del guante de Gilda, que turbaba multitudes… Incluso en medio de un régimen con tan poco sentido del humor como el franquista la risa era posible. Junto a Gabriel Cardona, retornaremos a lacrimógenos seriales que ahora sólo nos provocan sonrisas, y reviviremos, siempre en clave de humor, la Transición, cuando una mano anónima se permitía hacer guasa reescribiendo pintadas pretendidamente ofensivas contra Santiago Carrillo y las revistas de humor pudieron abandonar, por fin, la ironía solapada y cultivar la crítica política sin temor a la censura.

Gabriel Cardona

# Cuando nos reíamos de miedo

Crónica desenfadada de un régimen que no tenía ni pizca de gracia

Título original: *Cuando nos reíamos de miedo*
Gabriel Cardona, 2010

-

Revisión: 1.0

01/02/2024

*A Rafael Abella, que supo incluir*
*en la Historia las tragedias e ilusiones diarias,*
*las lágrimas y las sonrisas de la gente común.*

# 1
# POR LA GRACIA DE DIOS

## LA SONRISA Y EL PODER

Reírse de miedo puede significar dos cosas: reírse mucho o tener tanto miedo que, incontenible, se escape la risa. La cual, como hija del humor, tiene gradaciones; en cambio, el miedo tiene, además, muchas caras y siempre ha sido el gran instrumento del poder. Sobre todo del poder despótico, porque permite amenazar a la población con la muerte, la cárcel, la persecución y otras mil calamidades, hasta el extremo de alterar los más íntimos sentimientos. El miedo es la gran herramienta y la principal urdimbre de cualquier situación autoritaria, pues mantiene la sumisión de los vencidos y cohesiona a los vencedores, temerosos de ser pagados con la misma moneda si alguna vez se hunde el sistema.

Mientras tanto, sólo el humor constituye una venganza oculta contra el poder omnipotente y un silencioso bálsamo para soportar el despotismo.

La palabra humor proviene del latín. Los antiguos creían que procedía del humor sanguíneo, que, junto con los otros tres líquidos del cuerpo —bilis, flema y bilis negra—, regulaba los estados de ánimo. Etimologías aparte, su significado no varía en español y, en ambas lenguas, puede designar indistintamente un líquido orgánico, la disposición para acometer una tarea o, también, expresar ese tipo de optimismo que resalta aspectos divertidos o ridículos de la vida y los transforma en una farsa hilarante. Cuanto más imprevisible, mejor, no en vano decía Enrique Jardiel Poncela que el humor reside en lo inesperado.

Los ingleses son gente razonable hasta que, por obra y gracia del fútbol, se convierten en *hooligans*. Durante el resto de su vida tienen acreditada la fama de poseer un humor muy fino, cuyos extremos escapan a cualquier control, hasta el punto de que, para indicar la magnanimidad de su Monarquía, llaman a la Reina Su Graciosa Majestad, aunque no sea una dama que se pase la vida haciendo gracias, sino todo lo contrario, pues parece haberse tragado una

espada y nunca se ríe en público, quizá agobiada por la mala conciencia de lucir tan horrorosos sombreros.

En el pasado, también aquí tuvo la palabra «gracia» un significado parecido. Pedir una gracia a la Virgen o a cualquier santo era solicitar un pequeño milagro, cosa muy frecuente entre los españoles de a pie cuando todavía no se estilaba apostar a la Primitiva y confiaban en el cielo para arreglar sus problemas. Hasta el extremo de que los santos se especializaron en milagros y, como si fueran el cuadro facultativo de un gran hospital, cada uno de ellos curaba una enfermedad concreta antes de que se inventaran los medicamentos específicos. Y no sólo atendían a la salud, sino también a los diversos problemas, con especialidades y dedicaciones tan pintorescas como la de san Antonio, al que sus devotas llevaban velas para que encontrara novio a la hija que no había salido resultona. De modo que el pobre san Antonio, además de santo, era una oficina de colocación de solteras.

La palabra «gracia» servía para otras muchas cosas y en España existió, hasta 1931, el Ministerio de Gracia y Justicia, cuyo último titular fue Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas. El título indicaba que su Católica Majestad el Rey y sus Gobiernos lo mismo concedían mercedes que mandaban al personal a la cárcel o al penal de Ceuta. Hasta que la Segunda República, para expresar que suprimía los favoritismos, redujo el título a un escueto ministerio de Justicia, cuya primera poltrona ocupó Fernando de los Ríos. Los monárquicos ironizaron entonces diciendo que, al ministerio, los republicanos le habían quitado la Gracia. Quizá para compensar, existió durante aquellos años una revista de humor llamada *Gracia y Justicia* que nació con la República y murió con la guerra, como tantas otras cosas.

El general Franco, que era un señor con escaso sentido del humor, restauró muchas de las costumbres e instituciones monárquicas, pero no resucitó el antiguo nombre del ministerio y conservó el mismo que se le había dado durante la República. En 1938, el franquismo tuvo en Tomás Domínguez Arévalo su primer ministro de Justicia. Así, a secas, quizá para demostrar que no pensaba hacerle gracias a nadie y, como el ejemplo cunde, al cabo de ochenta años el ministerio en cuestión sigue sin hacer ninguna gracia a los españoles.

Claro que, en cada país, las cosas tienen distinto valor, como la chacinería, que es una gloria de la alimentación española y resulta pecaminosa para los musulmanes y los judíos, hasta el extremo de que los antiguos conversos procuraban demostrar que comían cerdo para escapar a las insidias de la Inquisición. En Palma de Mallorca, se decía que los judíos conversos asaban o freían tocino en los patios para que su penetrante olor demostrara a la vecindad que eran cristianos auténticos. Y, como tocino es *xua* en vernáculo, les pusieron el apodo infamante de *xuetas*.

Cada país es un mundo. En Japón, se designa honoríficamente al

Emperador como el Gran Ganso, piropo que, dedicado al Rey de España, echaría el artículo 490 del Código Penal contra la cabeza de quien lo pronunciara.

También el humor inteligente y gimnástico de los ingleses mantiene en el pináculo de los honores públicos a *The Most Noble Order of the Garter*, vulgarmente, Orden de la Jarretera o, mejor dicho, de la Liga. Aunque parezca una broma, fue Eduardo III quien fundó esa *Most Noble Order*, porque, bailando con una dama, a ella se le cayó una liga al suelo y, para ahorrarle el bochorno, el monarca la recogió y la ciñó a su propia pantorrilla. Como historieta no está mal, aunque sólo para los ingleses, pues no imaginamos a un soberano español con una liga en su real jarrete o fundando la Muy Noble Orden del Sujetador, que para el caso es lo mismo.

En nuestra Historia figuran escasos reyes tan galantes como aquel Eduardo inglés que ennobleció una liga de señora. Lo nuestro han sido los monarcas de misa, cacería y gesto adusto o las reinas que olían a sudor, como Isabel la Católica, que prometió no cambiarse de camisa hasta conquistar Granada, asunto que le costó diez años, o Isabel Clara Eugenia de Austria, hija de Felipe II y gobernadora de los Países Bajos, que también juró no quitarse la camisa hasta tomar Ostende, cuyo asedio duró tres años.

## LAS COPLAS POLÍTICAS

A través de los siglos, han desaparecido muchos testimonios del humor, porque los archivos sólo conservan los documentos formales y trágicos, solemnizados por sellos y rúbricas, y no los papeles jocosos, como si pasarlo mal fuera más importante que reírse. A pesar de todo, los historiadores han recuperado algunos alegres vestigios, sobre todo pertenecientes al siglo XIX, que parece todavía al alcance de la mano. Fue una época crispada, en la que los periódicos estaban llenos de críticas feroces y los caricaturistas parecían desayunar vitriolo. Las críticas hechas a los políticos de finales del siglo XIX y comienzos de XX eran de una dureza que hoy sólo se estila en las publicaciones radicales.

Las hemerotecas conservan abundantes testimonios de aquel humor pretérito, aliñado, como las malas ensaladas, con excesivo vinagre, y conocemos otras versiones menos formales que corrieron de boca en boca aunque nunca olieron el papel de periódico: las letrillas y coplas políticas que cantaba la gente o escribían en los muros manos anónimas, antecedentes de las actuales pintadas, aunque más literarias y sin tantas pretensiones de pasar a la enciclopedia del arte pop.

A José I Bonaparte, los patriotas le pusieron como chupa de dómine, como suele hacerse con el enemigo. Era un señor infinitamente más presentable que Fernando VII, a quien los españoles reconocían como rey y llamaban «el Deseado», que ya era desear. A pesar de que José I era abstemio o casi, a fin de desprestigiarlo le encasquetaron una inmerecida fama de alcohólico, y el apodo de Pepe Botella. Y decía la coplilla al uso:

—Pepe Botella,
baja al despacho.
—No puedo ahora,
que estoy borracho.

Unos cuantos años después, el general Baldomero Espartero se convirtió en el primer espadón de nuestra Historia. Se hizo proclamar regente de la niña Isabel II y, a fuer de liberal progresista decimonónico, arrimó su sardina al ascua de Inglaterra, entonces tierra sagrada del industrialismo, el humo, el capitalismo liberal y el librecambio. Durante su época de regente vivía en el palacio de Buenavista, hoy cuartel general del ejército, en la plaza de Cibeles. En la otra acera de la calle de Alcalá, donde hoy se levanta el Banco de España, tenía su residencia el embajador británico. Una mañana, en el muro del jardín de Buenavista, apareció este letrero:

En este palacio
habita el Regente,

pero el que nos rige
habita el de enfrente.

Los saetazos del humor también alcanzaron de lleno a figuras reales, como Francisco de Asís de Borbón, esposo de Isabel II, al que tachaban de homosexual, apodaban «Pepito Natillas» y dedicaban otros versitos:

Pepito Natillas

es de pasta flora

y orina en cuclillas
como una señora.

Su real esposa consolaba las deficiencias maritales con cuanto mozo, más o menos garrido, se ponía a su alcance, conquistas que progresaron fácilmente. Era bajita, fondona y halitósica, pero también era pechugona y, al fin y al cabo, reina. Sus incontenibles hábitos sexuales motivaron infinitas chanzas, bromas, chistes, letrillas, y, años después, los ataques de sus enemigos carlistas durante la tercera guerra carlista. Decían que sólo su pretendiente tenía derechos legítimos para ocupar el trono de España, por aquello de que «el príncipe Alfonso es hijo de Isabel II, pero vaya usted a saber quién es el padre».

Sin embargo, el más procaz ataque a las costumbres sexuales de la reina tuvo un formato popular y un tanto artístico: un álbum de 89 acuarelas, firmadas con el seudónimo *Sem*, pintadas entre 1868 y 1869. Con las láminas y los textos correspondientes se formó un libro, *Los Borbones en pelota*, cuyos protagonistas eran la reina, su familia, la corte y los prohombres de la política monárquica, en escenas pornográficas que nada tenían que envidiar a las más atrevidas del porno actual. Quizá lo más pintoresco era la personalidad de los ocultos autores del libelo. Había escrito los textos el más sentimental y dulce de los poetas románticos, Gustavo Adolfo Bécquer, y las ilustraciones eran obra de su hermano, Valeriano.

Los hermanos Bécquer ya habían lanzado *Gil Blas*, en 1864, obra en la que Gustavo Adolfo ponía los textos, en prosa y en verso, y Valeriano los grabados, firmando ambos también con el seudónimo *Sem*. Les ayudaron Ortego, Pellicer y Perea, los tres grandes ilustradores del siglo XIX, que contribuyeron a impulsar la publicación. Unos años después, los hermanos Bécquer editaron clandestinamente *Los Borbones en pelota*, que tuvo un oculto y clamoroso éxito.

La colaboración entre ambos hermanos prosiguió al amparo de *El Imparcial*, el periódico progresista de la familia Gasset. El 12 de enero de 1870, el grupo Gasset empezó a publicar una revista gráfica quincenal, *La Ilustración*, basada en una idea de Gustavo Adolfo, que fue el director literario, mientras que Valeriano fue el director artístico. Trataba de política, ciencia, costumbrismo y modas, y añadía un suplemento literario en el que Benito Pérez Galdós publicó la primera serie de los *Episodios Nacionales* y Emilia Pardo Bazán algunas de sus obras más importantes. La revista sólo duró dos años, porque los Bécquer debieron abandonar por los problemas de salud que les llevarían a la muerte.

*Los Borbones en pelota* volvió a publicarse en 1991 en Ediciones el Museo Universal, con estudios de Robert Pageard, Lee Fontanella y María Dolores Cabra Loredo. El público español recibió entonces la sorprendente noticia de

la doble capacidad de Gustavo Adolfo Bécquer. Había sido un lanzado y subversivo autor porno y también el escritor romántico de bellísimas leyendas con amores imposibles al claro de luna y de inspiradas rimas que han hecho suspirar a las jovencitas durante más de un siglo.

Sin llegar a tanto, también se dedicaron ripios a políticos de menor enjundia, como eran los alcaldes. José Isidro Osorio, duque de Sesto, presidió el Ayuntamiento de Madrid en 1858 y se aplicó a limpiar la ciudad, embellecerla y ordenarla. Como había escasez de urinarios públicos, los varones resolvían sus problemas hidráulicos en plena calle, sobre todo aprovechando los portales cerrados que, a fuerza de evacuaciones, adquirían un aspecto nauseabundo y un olor insoportable. Un buen día, el alcalde emitió un bando prohibiendo las riadas fisiológicas bajo multa de veinte pesetas. Y se ganó unos versos escritos en la pared:

Cuatro duros por mear.
¡Señores, qué caro es esto!
¿Cuánto querrá por cagar
el señor duque de Sesto?

Sin ninguna duda, los ediles estimulaban la musa popular. Joaquín Sánchez de Toca fue alcalde de Madrid en 1896 y en 1907. Era un importante político conservador, perteneciente a una notable familia y dotado de una nariz no menos relevante, indicativa de un lejano parentesco borbónico. En una ocasión, faltó agua en la capital y la musa popular no desaprovechó la oportunidad:

El señor Sánchez de Toca
dejó sin agua a Madrid,

pues la necesita toda
*pa* lavarse la nariz.

## HUMOR DE ANTEAYER

El arsenal de versos políticos decimonónicos era interminable y se complementó con los chistes, que son los hijos malcriados del humor. Tuvieron mucho éxito porque la alegría restallante y pronta cuadra mejor a los españoles que el humor británico, sonriente a la realidad y alejado del insulto. Aquí preferimos el impacto duro y directo, que provoque una risa a borbotones, estentórea y un tanto cruel. La producción española de mala baba es tan considerable que, si fuera un hidrocarburo, nuestra capacidad energética superaría la de Arabia Saudí.

Antes de la guerra civil, entre los centenares de autores de chistes sobresalieron Luis Bagaría y Ramper. El primero era un caricaturista que renovó el dibujo humorístico haciéndolo esquemático, limpio e incisivo. Se había educado en la Barcelona adversa al código político de la Restauración y publicó viñetas en la prensa de esta ciudad hasta que, en 1912, se trasladó a Madrid. En 1936 regresó a Barcelona, donde pasó la guerra. Firmó sucesivamente en la revista *España* y en los diarios *El Sol* y *La Vanguardia*; fue el principal caricaturista político español del primer tercio del siglo XX, creó un estilo propio y renovador, que denunció las injusticias, atacó el nacionalismo, el militarismo y la guerra, encarnando el espíritu crítico de *El Sol*, donde publicó sus ocurrencias durante catorce años y caricaturizó a los personajes políticos con viñetas que fueron muy populares en los ambientes intelectuales. Al acabar la guerra, se exilió a París y luego a La Habana, donde murió en 1940.

En cambio, Ramón Álvarez Escudero, *Ramper*, era un caricato madrileño procedente del circo. Creó una forma peculiar de contar chistes en escena junto con un ayudante. Al final del reinado de Alfonso XIII, cuando a éste se le tambaleaba la corona en la cabeza, Ramper tuvo que exiliarse por una de sus gracias.

Había fracasado la dictadura de Primo de Rivera y el país estaba en ebullición. Aumentaban las críticas contra el rey, por parte de importantes personajes monárquicos. Miguel Maura, hijo de Antonio Maura, el político conservador, se declaró republicano en el Ateneo de San Sebastián y lo mismo hizo el exministro Niceto Alcalá-Zamora. El ex presidente conservador José Sánchez Guerra pronunció un discurso memorable en el teatro de la Comedia

de Madrid en el que atacó al rey, haciéndole responsable de la dictadura. Ángel Ossorio y Gallardo pidió la abdicación de Alfonso XIII, mientras que Melquíades Álvarez, Cándido Villanueva, José Bergamín y Manuel de Burgos Mazo formaron el grupo de los «constitucionalistas», que reclamaba la convocatoria de Cortes Constituyentes.

Ramper no desaprovechó la oportunidad. La publicidad exaltaba un jabón llamado Sales de España y el humorista se dirigió al público preguntando:

—¿Saben ustedes cuál es el jabón que prefiere el rey Alfonso XIII?
Él mismo respondió:
—¡Sales de España!

Regresó durante la guerra civil y, aunque él lo negaba, se le tenía por autor de los chistes contra el Gobierno de Negrin. Posteriormente también le atribuyeron la escenificación de chascarrillos contra Franco.

Había un coche averiado en el escenario. Llegaba Hitler, trataba de arreglarlo y, al fracasar, se marchaba. Luego entraban sucesivamente Stalin, Mussolini y Churchill, todos los cuales fracasaban y se iban.

Entonces entraba un hombre que se parecía a Franco, trataba inútilmente de arrancar el automóvil y, al fracasar, se sentaba diciendo.

—¡Ni lo arreglo ni me voy!

En otra ocasión, su ayudante sacó de una caja retratos de estadistas extranjeros, prendiéndolos uno a uno en la pared cuando lo decidía su jefe.

—Éste es Churchill, cuélgalo —decía Ramper.

—Éste es Stalin, cuélgalo.

—Éste es Roosevelt, cuélgalo.

Finalmente el ayudante sacaba un retrato de Franco, lo enseñaba al público y Ramper le decía:

—A éste tenías que haberlo colgado el primero.

Puede asegurarse que estas escenas nunca se representaron en público y se atribuyeron falsamente a Ramper, que, a pesar de su fama, no logró recuperar el éxito y murió en Sevilla en 1952 tras pasar sus últimos años en la marginación y la pobreza.

En cualquier caso, la idea de colgar al Generalísimo debía de tener algunos seguidores, porque las cajas de cerillas tenían impresa la sigla CAF (Compañía Arrendataria de Fósforos), que el rojerío interpretaba como un jeroglífico. Miraban la sigla de la caja y aclaraban: «CAF significa: "¿Cómo Acabará Franco?"». Luego añadían: «Leyendo las letras al revés, se encuentra la respuesta. CAF al revés es FAC: "Franco Acabará Colgado"».

Dramático final que distaba mucho de las intenciones de Alfonso Fierro Viña, el único fabricante de cerillas autorizado en todo el país. Porque su compañía, la Fosforera Española, era la dichosa Compañía Arrendataria de

Fósforos, que parecía pertenecer a la teogonia monoteísta del franquismo: un solo Dios, un solo Caudillo, un solo fabricante de cerillas. A pesar de pertenecer al santoral monopolista, el señor Fierro tenía varias capillas y también le rendían culto en una naviera, una constructora y algunos bancos. Uno de ellos, el Banco Internacional de Industria y Comercio, acabó absorbido por el Banco Central presidido por Ignacio Vilallonga, en cuyo lote llegó incluido un listo empleado, Alfonso Escámez, que ingresó como botones en 1928 y el tiempo convirtió en uno de los más poderosos banqueros de España.

## MAL HUMOR COMBATIENTE

Durante la guerra civil, ambos bandos hicieron gala de un agrio humor de combate destinado a desprestigiar al adversario. Las guerras no propician la risa, sino el mal humor, y hacen prosperar los chistes sangrientos a fin de ridiculizar al enemigo. El humor de los republicanos acabó destrozado por la derrota y el exilio, de modo que únicamente tuvo continuidad el de los franquistas, a menudo cargado de odio y desprecio al enemigo.

Un personaje característico del humor combatiente fue el protagonista de «El miliciano Remigio, *pa* la guerra es un prodigio»; programa de Radio Nacional de España transmitido desde Salamanca gracias a la potente emisora de 20 kilovatios que Hitler había regalado a Franco y cubría toda España, saltándose las alambradas y las trincheras de los frentes. El padre del programa y del personaje era Joaquín Pérez Madrigal, un oportunista de cuerpo entero. En los primeros tiempos de la República había sido diputado radical-socialista y miembro de una formación pequeña y muy beligerante con la Iglesia católica y en la que abundaban los masones. Llevado por sus folloneras inclinaciones, se integró en el grupúsculo de los «jabalíes», formado por unos cuantos diputados de diversas adscripciones, entre quienes descollaban Ramón Franco, Rodrigo Soriano y José Antonio Balbontín. Durante las sesiones parlamentarias, dichos «jabalíes» se dedicaban a gritar, patalear, reír y rebuznar, demostrando su dominio de las gracias integradas en la surtida panoplia del gamberrismo autóctono.

Embebido en tan constructivas actividades, Pérez Madrigal evolucionó hacia la derecha, integrándose en el lerrouxista Partido Republicano Radical, también anticlerical, aunque de derechas. Hasta que, el 19 de julio de 1936, apareció sorpresivamente en el Círculo Carlista de Pamplona, que bullía de requetés sublevándose contra el Gobierno, y se les unió, en una pragmática aplicación del *primum vivere*; aunque no marchó a pegar tiros, sino que se

emboscó en la retaguardia.

Demostrando que los extremos se tocan, el antiguo come-curas se convirtió en meapilas, presentándose como masón arrepentido, aunque nunca había pertenecido a la secta. Según su costumbre, arremetió contra todo bicho viviente, jugando ahora de extremo derecha con el mismo furor que, hasta entonces, había tenido chutando como extremo izquierda.

En 1955, asistió a una tanda de Cursillos de Cristiandad, método de reevangelización entonces en boga, y se entregó a la defensa de un catolicismo intransigente y contrario a los aires aperturistas que preconizaba el Vaticano. En 1964 fundó en Barcelona la revista *¿Qué pasa?*, vinculada al carlismo integrista catalán, y se escandalizó públicamente porque en la plaza de la Catedral el frontis del Colegio de Arquitectos exhibía un dibujo del ateo Picasso casi enfrente de la fachada catedralicia.

## ¡YA HEMOS PASAO!

En la inmediata posguerra, mientras los republicanos estaban dispersos por los cementerios, las cárceles y el exilio, triunfó en Madrid un chotis cantado por Celia Gámez, reina de la revista antes de la guerra y musa de los vencedores después de ella.

La canción se llamaba ¡*Ya hemos pasao*! como burla al lema «¡No pasarán!» de la batalla de Verdún en la Gran Guerra, que los republicanos emplearon en la defensa de Madrid. La copla rebosaba sarcasmo, insultaba de varios modos a los antiguos combatientes enemigos e incluso los amenazaba con «la porra de la gobernación». Inspirada por un humor agrio y rencoroso, constaba de versos chulapos con excesivas licencias poéticas que, en boca de Celia Gámez, hicieron las delicias del medio Madrid vencedor, mientras que el otro medio tiritaba de miedo y de hambre. Mejor que cualquier comentario, la letra del famoso chotis se explica por sí misma:

Era en aquel Madrid de hace dos años

donde mandaban Prieto y don Lenin

Era en aquel Madrid de la cochambre, de Largo Caballero y de Negrin.

Era en aquel Madrid de milicianos, de hoces y de martillos y soviet.

Era en aquel Madrid de puño en alto, donde gritaban: «¡No pasarán!».

«¡No pasarán!», decían los marxistas.

«¡No pasarán!», gritaban por las calles.

«¡No pasarán!», se oía a todas horas por plazas y plazuelas con voces miserables.

Ya hemos *pasao* y estamos en las cavas.

Ya hemos *pasao* con alma y corazón.

Ya hemos *pasao* y estamos esperando *pa* ver caer la porra de la gobernación.

Este Madrid es hoy de yugo y flechas, es sonriente, alegre y juvenil.

Este Madrid es hoy brazos en alto, sin signos de flaqueza, cual nuevo abril.

Este Madrid es hoy de la Falange, siempre garboso, alegre y lleno de cuplés.

A este Madrid que cree en la Paloma,

«ya hemos *pasao*», decimos los facciosos,

«ya hemos *pasao*», gritamos los rebeldes,

ya hemos *pasao*, y estamos en el Prado mirando frente a frente a la *seña* Cibeles.

«No pasarán», la burla cruel y el reto.

«No pasarán», pasquines en las paredes.

«¡No pasarán!», gritaban por el micro, chillaban en la prensa y en todos los papeles.

¡Ya hemos *pasao*!

El humor no figuraba en las largas listas de fallecidos en aquel trienio sangriento, pero la guerra lo había matado. También parecía haber fallecido la picaresca, en la que Celia Gámez había sido destacada protagonista desde que encandiló a Alfonso XIII en 1927. Después había rebotado de romance en romance, hasta confluir, tras la guerra, nada menos que con el general Millán-Astray. Ahora, de acuerdo con los tiempos, cantaba ¡*Ya hemos pasao*! sobrada de ropa y acompañada por un elenco de bailarines de vestuario igualmente exuberante y casto.

En esta línea de moral al uso, en 1944 se casó con el dentista José Manuel Goenaga, nada menos que en la iglesia de los Jerónimos de Madrid, con el mismísimo Millán-Astray actuando de padrino, y de testigos, el escultor Mariano Benlliure y el general Helí Telia Cantos, que ahora se hacía llamar Helí Rolando de Telia y Cantos de Uz, nada menos. La *vedette* acudió con un traje de calle y su padrino con ropa civil, sombrero flexible y unas anticuadas polainas blancas sobre los zapatos. En la misma ceremonia se montó un pollo considerable porque el público y los periodistas se amontonaron sobre el sacerdote y la pareja. Hasta que Millán-Astray tuvo uno de sus teatrales arranques y gritó «¡A mí la Legión!», y los legionarios de su escolta entraron a saco y formaron un círculo, dentro del cual se celebró la ceremonia. El esperpento acabó como era de esperar: con la separación de la pareja al poco tiempo, aunque sin divorciarse, porque la ley del divorcio había sido anulada.

## UNA CARRERA INVEROSÍMIL

Es difícil que, antes de 1936, alguien pudiera adivinar que Franco se convertiría en dueño de España. Había sido un militar trepador que se irritó con Azaña, el ministro de la Guerra, porque en 1931 disolvió la Academia General Militar, de la que era director. El ministro había permanecido en Francia durante la primera guerra mundial y tenía ideas generales preconcebidas sobre el ejército, aunque ninguna sobre la dichosa Academia, que no existía entre 1914 y 1918, cuando él se inspiró observando al ejército francés. La Academia nació unos años más tarde, durante la dictadura de Primo de Rivera y a consecuencia de peleas entre los militares, sin que Azaña tuviera en ello arte ni parte.

Durante la Restauración, los cadetes de artillería e ingenieros cursaban en sus respectivas academias una larga carrera de cinco años que les confería simultáneamente el grado de primer teniente y el título de ingeniero civil. En cambio, la carrera sólo duraba tres años para infantería y caballería, cuyos alumnos se graduaban como segundos tenientes sin ningún equivalente en estudios civiles. Los artilleros se ufanaban de su título, sus estudios y la tradición científica del cuerpo, y despertaron los celos de sus colegas de infantería y caballería, que aprovecharon la Dictadura de Primo de Rivera para pulverizar sus privilegios. Para ello, el dictador fundó la Academia General Militar, donde se impartiría un plan de estudios unitario, a cuyo final no se recibiría el título de ingeniero civil, sino que todos tendrían el despacho de oficial y basta.

Las peleas de los artilleros con Primo de Rivera llevaron a muchos oficiales al republicanismo. Uno de ellos, el comandante Juan Hernández Sarabia, aunque era un rico terrateniente castellano y católico profeso en la Orden Tercera de los carmelitas, se convirtió en el hombre de confianza de Azaña, al que transmitió las reivindicaciones artilleras, la primera de las cuales era clausurar la Academia de Zaragoza y restablecer el sistema tradicional de estudios.

Franco siempre creyó que la clausura de la Academia se debía a la mala voluntad del ministro, y no a una bronca entre militares. Franco era entonces un joven general de sorprendente carrera. Siendo jovencito, obtuvo malas puntuaciones en la Academia de Infantería, tras lo cual nunca volvió a cursar otros estudios ni fue aficionado a la lectura, hasta el extremo de que, incluso siendo Jefe del Estado, no tenía biblioteca y carecía de libros de consulta. Marchó muy joven a la guerra de Marruecos, donde fue un oficial valiente, muy empeñado en hacerse reconocer los méritos que alegaba, hasta el extremo de presentar continuas reclamaciones al rey Alfonso XIII, que acabó protegiéndole.

Aquella guerra impopular languideció durante muchos años hasta que, en pleno verano de 1921, fracasó una gran operación emprendida por el general Cavalcanti, comandante general de Melilla. La organización española de

medio Marruecos se derrumbó frente a las desordenadas tribus rifeñas, murieron o desaparecieron más de 8.000 hombres y se perdió toda la artillería de campaña, armamento, ganado y equipo.

Ante la masacre y su terrible descrédito, el Gobierno envió tropas para salvar Melilla y recuperar el territorio perdido. Franco estaba destinado en la parte pacificada del territorio, la comandancia general de Ceuta, y mandaba una tropa de élite recién creada, la primera bandera de El Tercio. Este batallón partió hacia Melilla con los primeros refuerzos porque la Monarquía y el ejército necesitaban recuperar prestigio. Desde entonces, el diario monárquico *ABC* utilizó a Franco y a sus legionarios para desarrollar una intensa propaganda patriótica que justificara la guerra del Rif en beneficio de la Monarquía.

## EL MÁS JOVEN DE EUROPA

Franco había sido un muchacho tímido e insignificante, un cadete gris, solitario y con malas notas, marcado por la conducta irregular de su padre, que había abandonado a su familia en Ferrol para instalarse en Madrid con otra mujer. Al verse aupado como un ídolo por el principal diario monárquico de la Corte, se esforzó en no ser descabalgado de la fama y el dictador Miguel Primo de Rivera lo ascendió a general cuando sólo contaba treinta y cuatro años. Hasta entonces, había seguido una carrera vertiginosa gracias a los ascensos por méritos de guerra, en una guerra que méritos tenía bien pocos, porque se tardó quince años en conquistar un territorio de sólo 20.948 kilómetros cuadrados, o sea, menor que la provincia de Badajoz, lo cual no impidió que sus incondicionales presentaran a Franco como a un genio militar y como el general más joven de Europa.

Ser general a los treinta y cuatro años era ciertamente destacable, aunque no excepcional. Descartando los tiempos de la Antigüedad y el Absolutismo, cuando los jovencitos de buena familia dirigían los ejércitos, la Historia Contemporánea está llena de generales de veintitantos y treinta y tantos años. Napoleón fue general a los veinticinco y los conflictos del siglo XIX llenaron los escalafones de generales muy jóvenes. Sin ir más lejos, Prim lo fue a los treinta y un años, Espartero a los treinta y Diego de León a los treinta y tres. La época de la Gran Guerra también propició rápidas carreras, entre las que destacó la del aristócrata comunista ruso Mijail Tujachevski, un año más joven que Franco, que ya llevaba quince como general cuando éste alcanzó el grado.

Es probable que sus panegiristas no considerasen al ruso un competidor apreciable en el *ranking* de carrera militar, por el hecho de ser comunista. Y

hasta es posible que no lo catalogaran como europeo, sino como asiático, porque el país de los zares fue llamada «la santa Rusia» hasta que llegó la Revolución y, desde entonces, la llamaron «la Rusia asiática», criterio que permitía considerar como asiático a Mijail Nikoláyevich Tujachevski, aunque el ruso descendía de nobles lituanos y había nacido en Smolensk, en la Rusia occidental, junto al río Dniéper. Siendo un muchacho, se había graduado en la Academia Militar de Aleksandrovskie y luego había servido como teniente en el Regimiento Seminovski de la Guardia del zar. En la Gran Guerra, fue herido y hecho prisionero por los alemanes, de quienes se escapó cuatro veces, hasta que lo encerraron en la fortaleza de Ingolstadt, donde acompañó a otro escapista incorregible, un tal capitán Charles de Gaulle, de quien se hizo amigo. El caballero Tujachevski se fugó por quinta vez y regresó a Rusia, donde, al estallar la Revolución, se hizo comunista y colaboró con Trotsky en la creación del nuevo Ejército Rojo.

Desde entonces, se distinguió por sus aciertos estratégicos contra las tropas del Ejército Blanco, mandó un ejército con sólo veintiséis años, a los cuarenta y dos fue mariscal y, el 12 de junio de 1937, cuando contaba cuarenta y cuatro, fue fusilado por Stalin en la gran purga que dejó al Ejército Rojo casi sin generales ni Estado Mayor. Había sido precoz hasta para morir.

## CABALGANDO EN LA ASTUCIA

La vida de Franco fue mucho menos agitada que la del general ruso y sus actuaciones bélicas tuvieron menor entidad. Al fin y al cabo, en la guerra de Marruecos nunca condujo más de un regimiento, mientras que Tujachevski había dirigido todo un ejército seis años antes.

Cuando la Segunda República clausuró la Academia General Militar de Zaragoza, Franco pronunció un reticente discurso que le costó una reprimenda de Azaña y quedar una temporada sin destino. De acuerdo con la ley, el general que permanecía seis meses en esta situación pasaba automáticamente a la reserva y perdía para siempre el mando. Pero Azaña lo salvó, destinándolo a Galicia cuando sólo faltaban dos semanas para concluir el plazo.

Durante un tiempo permaneció callado, pero en 1932 el general José Sanjurjo lo puso en un compromiso. Había sido su jefe en Marruecos y se encontraba procesado y preso por la fallida sublevación del 10 de agosto de ese mismo año. Estaba en trance de comparecer ante un consejo de guerra que se temía desfavorable. Era un sexagenario que, en casi cuarenta años de servicio, había combatido en Cuba y Marruecos. Sabía que el Código de Justicia

Militar castigaba su delito con la muerte y pidió a Franco que fuera su defensor ante el tribunal militar. El otro se negó, espetándole una frase terrible: «General, se ha ganado el derecho a morir», lo cual hizo bien poca gracia al procesado.

Fue condenado a la pena capital y, esperando su final, como era viudo se casó *in articulo mortis* con Amparito Taberner, su compañera, que ya le había dado un hijo. Pero no fue fusilado, porque el Gobierno republicano lo indultó y nunca perdonó a Franco que no lo hubiera defendido.

Año y pico después, las derechas formaron Gobierno y Franco se arrimó a Diego Hidalgo, el ministro de la Guerra, que era un bienintencionado y despistado notario liberal y centrista. Las cosas se pusieron mal y, en octubre de 1934, los mineros asturianos se alzaron en revolución, y Diego Hidalgo, sin autorización del Gobierno, encomendó a Franco dirigir la represión de la revuelta, pese a que éste no tenía asignado legalmente otro cargo que el de comandante general de Baleares por aquel entonces.

Quien realmente dirigió las operaciones de Asturias fue el general Eduardo López de Ochoa, pero Franco se apuntó el mérito sin haberse movido de Madrid y desde entonces fue un valor en alza para las derechas españolas. Cuando Gil Robles llegó a ministro de la Guerra, lo nombró jefe del Estado Mayor Central. Aguantó en el cargo hasta que en febrero de 1936 las izquierdas ganaron las elecciones, regresaron al poder y el nuevo ministro de la Guerra, el general Carlos Masquelet, lo envió destinado a Canarias.

Sanjurjo se encontraba exiliado en Portugal y, durante la primavera, presidió nominalmente la conspiración que organizaba el general Emilio Mola desde Pamplona. Franco sabía de la inquina que le tenía Sanjurjo y observó los trabajos sin comprometerse, dejándose cortejar hasta el extremo de que Mola se irritó y dijo a sus colaboradores: «Iremos con Franco o sin Franco; parece que quiere ser *Miss* Canarias 1936». Finalmente, una semana antes de estallar la rebelión, Franco comunicó a Mola que podían contar con él.

Ya se sabe que, en España, el que más miente no se considera el más embustero sino el más listo. En 1931 todos los militares, incluido Franco, habían firmado un documento que decía: «Prometo por mi honor servir bien y fielmente a la República, obedecer sus leyes y defenderla con las armas». Cinco años después se sublevaron contra esa misma República, argumentando que defendían a Dios, a España y a la legalidad. Y, después de rebelarse, juzgaron a quienes no lo habían hecho, condenándolos por «rebelión militar» o por «auxilio a la rebelión militar».

En el organigrama de la revuelta, Franco ocupaba el séptimo u octavo lugar. Sin embargo, una combinación de suerte y manejos de los generales monárquicos lo convirtió en Generalísimo. Lo creían monárquico, y no era monárquico, sino franquista, así que, en lugar de traer al rey, se convirtió en dictador de por vida.

# CUESTIONES TEOLOGALES

Durante la guerra civil, el humor en la zona franquista no podía ni rozar a los generales que mandaban y mucho menos a Franco, convertido en una figura sacralizada. En 1939, cuando terminó el conflicto, Franco era simultáneamente Jefe del Estado, Generalísimo, Capitán General de Tierra, Mar y Aire, Jefe Nacional de FET, de las JONS y presidente del Gobierno. Encarnando a siete personas en una, aventajaba en cuatro puntos a la Santísima Trinidad.

Quizá por eso hizo acuñar monedas con su cara rodeada por la siguiente inscripción: «FRANCISCO FRANCO CAUDILLO DE ESPAÑA POR LA G. DE DIOS». Todo escrito sin una sola coma, cuando habría sido más gramatical ponerla.

Para muchos, «Caudillo por la Gracia de Dios» no tenía ninguna gracia; sin embargo, la frase quedó consagrada, quizá porque nunca quedó muy claro si Franco era representante del Altísimo, administraba una franquicia del Paraíso o estaba emparentado con la Santísima Trinidad.

*Por la G. de Dios.*

Se encontraban dos loqueros y uno decía:

—Uno de mis pacientes se llama Franco y se cree que es Dios.

—Mi caso es peor —respondía el colega—, tengo uno que es Dios, pero se cree que es Franco.

Desde luego, algo sobrenatural tuvo que haber, porque, en diciembre de 1957, la Agencia EFE mencionó una frase que había pronunciado en julio el almirante Carrero Blanco ante las Cortes: «El Caudillo es uno de esos regalos que la Providencia hace, cada tres o cuatro siglos, a un pueblo, para premiarle por los sacrificios que ha hecho por Dios». En el mismo comunicado, EFE informaba de que un grupo de españoles, en consideración a sus grandes méritos en defensa de la Santa Madre Iglesia, había solicitado que fuera nombrado cardenal. Se ignora si el Vaticano contestó a la petición, aunque, conociendo su proceder en estos casos, es de suponer que diera la callada por respuesta.

Desde que Franco lo puso a su lado, Carrero Blanco no volvió a pisar un buque de guerra, como no fuera de visita. Era reglamentario que los marinos cumplieran un tiempo de embarque antes de cada ascenso; sin embargo, desde que llegó al poder, Carrero ascendió cuatro veces navegando en una mesa de despacho. Cuando se lo reprochó su acérrimo enemigo el general Muñoz Grandes, respondió que había hecho las prácticas de embarque durante las vacaciones y en fines de semana. Lo cual no era un chiste, pero lo parecía.

Carrero Blanco fue el tercero de los validos de Franco, tras su hermano Nicolás y su cuñado Ramón Serrano Súñer. Siendo un desconocido capitán de fragata se lo recomendaron al dictador para ocupar el puesto de subsecretario de la Presidencia, que había quedado vacante. Allí se convirtió en la mano derecha de Franco e hizo crecer su poder en la sombra. Leal y trabajador, cumplió concienzudamente todos los cometidos que le encargaba su jefe hasta que, en 1950, sufrió un problema matrimonial. Carmen Polo se inquietó por la situación moral del marino, hasta el extremo de aprovechar el viaje de Franco a Canarias para intentar que su antiguo asesor jurídico, Lorenzo Martínez Fuset, ocupara el puesto de Carrero, pero Martínez Fuset declinó la invitación porque ocupaba una confortable notaría en su tierra.

Mientras tanto, buscando un abogado de confianza, Carrero entró en contacto con Laureano López Rodó, catedrático de Derecho Administrativo en la Universidad de Santiago y miembro del entonces desconocido *Opus Dei*. El abogado no sólo le asistió jurídicamente, sino que le restableció el matrimonio y le dejó agradecido de por vida y con una gran confianza asentada en la religiosidad, circunstancia que aprovechó López Rodó para presentarle a algunos miembros sobresalientes del Opus, que así penetraron en los círculos del poder.

Estos nuevos amigos acabarían tecnificando el poder de Franco, que realmente no era un político sino un mandamás profesional. Fue Jefe del

Estado durante casi cuarenta años, a pesar de lo cual despotricaba de los «políticos profesionales» y cuando un mandatario extranjero le preguntó qué debía hacer para perpetuarse, respondió: «Haga como yo: no se meta en política». Se había hecho con el poder antes de que sus propios compañeros se dieran cuenta y, como además era gallego, la gente se refería a su gobierno con lenguaje de meteorólogo: «Un fresco del Norte reina en España».

Resultaba un personaje singular, de mentalidad faraónica y costumbres casi estoicas excepto en el comer, donde le tentaba más la cantidad que la calidad. A diferencia de Carmen, su mujer, señorita de pueblo muy aficionada a las joyas, él sólo ambicionaba el poder y se rodeó del boato de los antiguos reyes. Cazaba como si fuera un monarca de la casa de los Habsburgo. Pescaba grandes peces a bordo de su yate, el *Azor*, donde hizo montar un cañón arponero que disparaba contra los cachalotes, lo que provocaba continuos chistes. Le gustaba pescar en los cotos del Estado, con especial predilección por una represa del Ulla donde abundaban los salmones, en un paisaje bellísimo junto a un robledal frondoso de viejos árboles nudosos. Hasta se hizo construir un puente metálico para pescar en una u otra orilla y, durante su mandato, sólo él tuvo derecho a hacerlo en esa zona. Ahora la pesca en este paraje idílico está sujeta a la regulación general y puede pescar todo el que tenga licencia, de modo que donde antes pescaba uno ahora lo hacen varios: está claro que los grandes perjudicados por la democracia han sido los salmones del Ulla.

Viviendo en un palacio real, se rodeó de una guardia formada por numerosos guardias civiles, marroquíes y un impresionante escuadrón de jinetes moros, hasta que la guerra de Ifni obligó a disolverlo y lo sustituyó por lanceros españoles igualmente aparatosos. Nunca supo conducir un automóvil, pero le encantaba viajar en un Rolls-Royce o en el Mercedes que le regaló Hitler, rodeado de motoristas en enormes Harley-Davidson y guardaespaldas en Cadillac descapotables. No era aficionado a la lectura, sino que pasaba el tiempo pintando paisajes y jugando al tresillo o al dominó con sus amigos más íntimos. Le gustaban la televisión, los partidos de fútbol, el cine y la música de zarzuela. Tuvo una sala de cine en El Pardo, pero nunca tuvo cocinero ni se fió de que nadie le guisara excepto guardias civiles dirigidos por un sargento del cuerpo que regía los fogones del palacio y sabía que los manjares preferidos del jefe eran la tortilla, la sopa y el *foie gras* de la marca Mina. No sospechaba a qué extremos subversivos llegaría esta marca con los años, porque una de las hijas del señor Mina se casó con Carlos Garaicoechea y la otra con Manuel Tuñón de Lara. De entre sus peculiares costumbres destaca que, entre tanto boato barroco y prácticas beatas, Franco y su mujer durmieran en un cuartito casi cuartelero y, contra la costumbre española de la cama de matrimonio, en camitas separadas por una simple repisa con un teléfono y un crucifijo.

Quedó enrocado casi cuarenta años en lo que él llamaba «el mando», sin

que nadie lo moviera un milímetro, ni siquiera en las contadas ocasiones en que simuló una consulta popular, que estaba muy clara antes de comenzar. Convocó la primera en 1947, un referéndum sobre el futuro del régimen. Oficialmente se trataba de que los españoles aceptaran o no la llamada Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado, mediante la cual él ocuparía el cargo hasta que, a su muerte, le sucediera una Monarquía de naturaleza no especificada. Esta primera consulta electoral del régimen establecido once años antes debía ratificar las cinco Leyes Fundamentales promulgadas hasta entonces, así como las que pudiera dictar el Gobierno en años sucesivos. Previamente se hizo un tanteo a cargo de la Falange. En cada delegación provincial y local del Partido se organizó una oficina que marcó la lista de los futuros votantes, señalando con una A a los supuestos adictos, con una D a los dudosos y con una E a los enemigos. Acto seguido, cada jefatura provincial elaboró un resumen de las estimaciones, que fue enviado a Madrid.

Dos semanas antes de la fecha prevista para la consulta, cada Gobierno Civil abrió una oficina para resolver las dudas que pudiera tener la población e inició una persistente propaganda, con los rudimentarios elementos de la época: consignas en la prensa, carteles pidiendo el «SÍ», discursos de jerarcas y hasta primitivas pintadas de cal con un «SÍ» gigantesco. Se extendió la idea de que votar «SÍ» era oponerse a las leyes anticatólicas, defenderse de la injerencia extranjera y mantener el orden y la estabilidad en el trabajo. Se repitió sistemáticamente el lema: «Franco SÍ, comunismo NO».

No existieron garantías de imparcialidad ni se permitió la propaganda en contra, y los votantes únicamente debían responder «sí» o «no» a una pregunta que no estaba clara. Aunque los resultados se adivinaban evidentes: «Votar "sí" significa que Franco se queda. Votar "no", que no se marcha».

El 4 de julio, Franco pidió por radio la participación en el referéndum, que se celebró sin incidencias. Según el escrutinio hecho exclusivamente por personal del régimen, la abstención fue del 11,1 por ciento; los votos afirmativos el 93 por ciento, los nulos el 2,3 por ciento y los negativos el 4,7 por ciento. Como era de esperar, Franco venció estrepitosamente y no se marchó, como ya estaba muy claro antes de celebrarse la consulta.

Durante todo su mandato Franco ejerció una presencia constante hasta en los menores intersticios del poder. Aparecía constantemente en el NO-DO, un noticiario obligatorio en todos los cines; la calle o plaza principal de todos los pueblos y ciudades de España se llamaba «del Generalísimo» y su efigie presidía tanto los despachos como las aulas, además de figurar en las monedas y en las estampillas de correos.

Marchaba Franco por una calle cuando una apisonadora lo atropelló y le pasó por encima. El asustado conductor paró la máquina y dijo a su ayudante.

—Bájate y mira la calzada, creo que hemos aplastado algo. No sé si era una persona.

El otro se apeó, miró detrás del último rodillo y regresó a su puesto.
—Tranquilo. No ha sido nada. Sólo era un sello.

No era un líder político como Hitler o Mussolini, aupado al frente de un partido que conquistaba el poder por procedimientos políticos, más o menos confesables. Era un militar, aupado por una guerra civil, que se apoderó de la Falange y la convirtió en su Partido personal.

Tuvo Franco algunos sobresaltos al respecto, como el originado por la aparición de la primera moneda de 25 céntimos. En su anverso figuraban las flechas, escudo de Falange, con las puntas hacia abajo, lo que se prestó a tantos comentarios sarcásticos que el Banco de España retiró las monedas y la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre hizo una nueva acuñación con las puntas de las flechas hacia arriba.

Carecía de la capacidad teatral de los líderes fascistas, hablaba mal y con una vocecilla desmovilizadora, pero contó con una propaganda exclusiva, en el exaltado ambiente de una contienda civil, muy enconada y dolorosa.

Él había sido uno de los responsables de esta guerra devastadora y su general más importante, lo cual no impidió que, en 1964, la propaganda organizada por Fraga Iribarne lo presentara como autor de la paz española, en una campaña que se llamó precisamente «25 años de paz» y que sus enemigos rebautizaron como «25 años de paz…iencia».

Gobernó durante casi cuarenta años y falleció a la edad de ochenta y tres, al término de una decrepitud que se hizo eterna para sus enemigos. Su deceso ocurrió a finales de 1975 y sus partidarios se consolaron con otro chiste:

Después de morir, Franco fue al cielo, desde donde emitió un comunicado de claro estilo militar:
—Acabada mi misión en la Tierra, me siento a la diestra de Dios Padre, donde seré inasequible al desaliento y mantendré el celo que siempre me ha distinguido en el servicio.
Al cabo de una semana, publicó un nuevo mensaje con el mismo tono cuartelero.
—En el día de hoy, habiendo fallecido Dios Padre, me hago cargo del mando que, por ordenanza, me corresponde.

No era extraño, porque siempre tuvo con la Divinidad una relación muy especial que diferenció a su régimen de los fascismos europeos. Hitler no creía en Dios, sino en Wagner, y daba por buenos sus delirios germánicos de Valquirias, Parsifales y demás leyendas. Mussolini no parecía creer en nada y consideraba al papa como un incómodo realquilado en Roma. En cambio, Franco entendió la fuerza política del sentimiento católico en España y se presentó como defensor de la religión. Presidía procesiones, participaba en la designación de los obispos, imponía la birreta a los cardenales y entraba en las iglesias bajo palio, distinción sólo reservada a la custodia en las ocasiones solemnes. En un pabellón de la prisión de Zamora, estableció la llamada

«cárcel concordataria», para encerrar a los curas y religiosos condenados. Por ella pasaron un centenar de religiosos presos, mayoritariamente curas vascos condenados por delitos políticos, aunque también llegaron, desde otras zonas, curas obreros, sindicalistas o comprometidos con la política: Mariano Gamo, Francisco García Salve, Francisco Botey, Lluís Maria Xirinacs, Vicente Couco y Carlos García Huelga.

## HUMOR Y CENSURA

La vinculación teológica del general provocaba no pocos equívocos, como le sucedió a Eva Perón, esposa del presidente argentino y mano derecha de su Gobierno, que llegó a España el 9 de junio de 1947, en plena campaña del Referéndum. Había exigido honores de Jefe de Estado y viajó en un avión de Iberia especialmente acondicionado, con cazas españoles escoltando la parte final del vuelo.

En el aeropuerto de Barajas le rindieron honores militares. La esperaban Franco con su esposa, el Gobierno y las máximas jerarquías civiles, militares y eclesiásticas. Luego atravesó Madrid entre una curiosa muchedumbre, porque se habían cerrado las escuelas a fin de que acudieran los niños, y la Falange y la Organización Sindical volcaron a sus afiliados en el recorrido.

En El Pardo, Franco le impuso la Orden de Isabel la Católica, primera de una serie de brillantes ceremonias y recorridos, en los que Carmen Polo y Eva Perón rivalizaron en una exhibición de vestidos y sombreros. Al parecer, venció la argentina, que tenía mejor percha, veintiocho años y un apreciable palmito, mientras que la española era seca como un palo, andaba por los cuarenta y siete y tenía la misma gracia que un cabo del cuerpo de Serenos.

Evita recorrió en triunfo buena parte de España y el 27 de junio emprendió vuelo desde Barcelona hacia Italia, con la intención de visitar varios países, circunstancia que ocultó a la prensa para que España pareciera el único motivo de su viaje.

> En el Vaticano, el papa Pío XII la recibió en audiencia privada.
> —Santidad, quiero entrar en las iglesias bajo palio —le pidió Evita Perón.
> —Querida señora, eso es imposible —respondió el papa.
> —Pero Franco sí que entra.
> —Es que Franco es la hostia.

La obsesión eclesiástica por los asuntos de la entrepierna tuvo consecuencias insospechadas. Así, se repartió en algunas escuelas un «Decálogo de la pureza» que afirmaba que San Jerónimo había estudiado el

hebreo para apartar de su mente los malos pensamientos. Ignoramos si el consejo surtió efecto y fomentó el estudio de las lenguas clásicas. Tampoco sabemos si los malos pensamientos remitieron desde entonces.

Durante el franquismo, las grandes canteras del sexo y la política hicieron nacer numerosos chistes. La censura cortaba de raíz cualquier intento de propasarse sexualmente, a pesar de que, durante los primeros años del régimen, la guerra y la miseria produjeron un incremento desbocado de la prostitución. Las profesionales del sexo estaban reglamentadas, censadas y obligadas a periódicas revisiones en la Sanidad pública. Las casas de lenocinio gozaban de una autorización oficial, y estaban toleradas las casas de citas, conocidas como *meublés*, que, dicho en francés, parecía más elegante, y cuya concesión lograban con mayor facilidad las viudas de guerra de cierto relieve.

De política, no se podía decir ni pío. La censura funcionó en la zona franquista inmediatamente después de comenzar la guerra y se institucionalizó el 14 enero de 1937, cuando la Delegación de Prensa y Propaganda recibió el encargo de revisar los libros y periódicos mediante una junta formada por un miembro de la Delegación, un abogado del Estado, un militar y un tesorero. El 21 de marzo de ese mismo año se instituyó la censura cinematográfica para las películas nuevas o recién importadas, con una junta en Sevilla y otra en La Coruña, formadas por el gobernador civil, un militar, un representante de los Centros Culturales del Estado y otro de la Asociación de Padres de Familia, empresas cinematográficas y la sociedad de autores.

La censura, desde entonces una amenaza permanente para todo tipo de creadores, castraba ideas y proyectos de acuerdo con los arbitrarios criterios personales de los censores, que, en lo que respecta a la literatura, se agrupaban en el Servicio de Orientación Bibliográfica, luego llamado Servicio de Ordenación Editorial. Este organismo no sólo prohibió la publicación de obras de republicanos exiliados sino también de los escritores cuya tendencia política se consideraba heterodoxa, especialmente Alfonso Sastre y, luego, Francisco Candel.

Resultó pintoresco que incluso escritores del régimen sufrieran los desmanes censores, como le sucedió a Camilo José Cela, que normalmente gozó de un demostrado favoritismo y hasta ha sido acusado de trabajar como censor. A pesar de todo, el vocal religioso de la junta de censura informó contra su novela *La colmena*, que fue prohibida, y tuvo que ser publicada en Argentina en 1951. Algo parecido ocurrió con *La fiel infantería*, del falangista Rafael García Serrano, una novela que exaltaba los valores militares franquistas en la guerra civil y que no sólo pasó la censura sin problemas, sino que un jurado en el que figuraban el ministro Gabriel Arias Salgado y el director general de Prensa Juan Aparicio le concedió el premio José Antonio Primo de Rivera. Aun así, un decreto del arzobispo de Toledo, Enrique Pía y Deniel, reprobó el libro por inmoral y pasó un calvario antes de su publicación

en 1943.

De entre todos los artificios de Satanás, el cine parecía el más peligroso, como argumentaba uno de los jesuitas más importantes, Ángel Ayala, para quien «el cine es la calamidad más grande que ha caído sobre el mundo desde Adán. Más grande que el diluvio universal, que la guerra europea, que la guerra mundial, que la bomba atómica». Lo cual no era moco de pavo, habida cuenta de que el padre Ayala era nada menos que el fundador de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, de donde procedían ministros como Alberto Martín Artajo, Joaquín Ruiz-Giménez y Manuel Giménez Fernández.

Las peripecias del cine se hicieron interminables. Luis García-Berlanga sólo fue autorizado a rodar *¡Bienvenido, Mister Marshall!* porque incluyó como protagonista a Lolita Sevilla, que mantenía una relación sentimental con un jerarca político. Pero esta dificultad no fue la última que encontró el director valenciano.

La Gran Vía era la avenida más emblemática de Madrid, donde tenían su sede los cines y salas de fiestas importantes, entre las que destacaban dos establecimientos de gran fama y mala nota: Chicote y Pasapoga. El primero era un señalado centro de reunión de estraperlistas, especuladores y caras chicas de alterne. El segundo, la más importante sala de fiestas de la ciudad, donde habían actuado Antonio Machín, Frank Sinatra y más adelante lo haría la francesa Coccinelle, primera transexual famosa en todo el mundo, que despertó apasionados cabildeos de los madrileños.

Sin nada que ver con todo aquello, García-Berlanga presentó un guión en el que se indicaba un «plano aéreo de la Gran Vía». Los censores argumentaron que este director, con la excusa de filmar la Gran Vía, era capaz de captar con la cámara a «un obispo saliendo de Pasapoga» y le tacharon la frase.

También Carlos Saura tuvo problemas con un guión en 1965. Lo presentó a la censura con el título *La caza del conejo*, referencia que la censura creyó libidinosa, por lo que autorizó únicamente la película si se cambiaba el título por el de *La caza*.

En defensa de la moral pública y privada, la censura prohibió la menor insinuación sexual, lo que hizo buena una conocida definición de los españoles: «Tipos bajitos, morenos, a menudo con boina y siempre con cara de mala baba, por estar convencidos de que folgan poco».

Este yermo panorama de los pecados amatorios consolidó la fortuna del chiste verde. Hasta los niños, a la vez que recitaban la tabla de multiplicar, aprendían sus primeros chistes de Jaimito. Al principio inocentes:

> El maestro lee las notas de clase.
> —Pedrito, ocho; Jaimito, cero.
> —Señor maestro, ¿por qué tengo esa mala nota?

—Por haber copiado de tu compañero. Tenéis todas las respuestas iguales, excepto una, en la que Pedrito ha puesto: «No la sé», y tú: «Yo tampoco».

Posteriormente, el humor infantil se adentró en el fértil territorio de los inocentes chistes verdes de Jaimito y de Quevedo, curiosa concordancia con el escritor conceptista y satírico del siglo XVII. Invariablemente, la estructura esencial de este ingenuo humor infantil consistía en un chascarrillo culminado por una de la media docena de palabras que los críos buscan en su primer diccionario.

La cosa prosperaba con la edad y los adultos encontraban solaz en los chistes verdes de mayor calibre, que unas veces tenían gracia y otras, ninguna, porque sólo eran pretextos para contar ordinarieces.

## LOS NOMBRES DEL AMO

El otro gran acervo del humor hispano fue la política, especialmente los chistes sobre Franco. Es probable que nadie haya generado tanto humor como aquel señor tan soso. A comienzos de los años ochenta, Fernando Morán, el ministro socialista de Asuntos Exteriores, que también soseaba mucho, alcanzó gran notoriedad chistosa. Decían que promovida por la CIA, porque el ministro no quería entrar en la OTAN. Cuando el PSOE reorientó su política internacional dejaron en paz a Morán, que era un diplomático preparado, culto y un tanto adusto. Cuando varió la postura atlantista se acabaron, para siempre, los chistes sobre él.

En cambio, los chascarrillos de Franco duraron toda su vida. Porque el chiste era una forma de vengarse de un dictador al que ni siquiera se podía nombrar ni apear del tratamiento. Sólo se le podía llamar Franco a secas en los llamados gritos de ritual de la Falange, como el «¡Viva Franco!» que finalizaba los actos oficiales o los «¡Franco, Franco, Franco!» de las manifestaciones organizadas por el poder, que eran las únicas permitidas.

El propio Franco nunca se tuteó con Carrero Blanco, aunque éste fue su hombre de confianza durante treinta años. Su única hija, Carmencita o *Nenuca*, contrajo matrimonio el 10 de abril de 1950 con Cristóbal Martínez-Bordiú, elevado a marqués de Villaverde y caballero de la Orden del Santo Sepulcro a fin de que pudiera casarse con un uniforme aparatoso. Después de la boda, el nuevo yerno propuso a su suegro tratarse de acuerdo con las normales relaciones familiares y Franco, horrorizado de que el otro pudiera tutearlo, se limitó a responder: «El tratamiento que me corresponde es el de Excelencia».

Dada su manía por los nombres y el protocolo, cuando Nenuca alumbró al primer nieto, le bautizaron alterando el orden habitual de los apellidos y, en lugar de llamarle Francisco Martínez-Bordiú Franco, le pusieron Francisco Franco Martínez-Bordiú. Refrendándolo solemnemente las Cortes para honra, gloria y satisfacción del poderoso abuelo. La única pega del asunto de los apellidos corrió a cargo del marqués de Villaverde, padre de la criatura y *Yernísimo* del Generalísimo, que comunicó el nacimiento a sus amigos con una frase rotunda: «¡He sido madre!».

Aprovechando la transposición, también *La Codorniz* echó su cuarto a espadas y, como si no pasara nada, uno de sus números se tituló *Codorniz, La*.

El dichoso yerno Martínez-Bordiú resultó un tipo poco de fiar y partidario de la *dolce vita* que acabó por empachar a su suegro. En uno de sus rifirrafes vino a la memoria del Caudillo que Mussolini había hecho fusilar a su propio yerno, el conde Ciano. Gallegamente y sin levantar aquella vocecita que Dios le había dado, miró a Villaverde y le dijo: «¡Mussolini sí que fue un gran hombre!».

Por lo demás, llamarle simplemente General Franco se consideraba propio de rojos. Los militares solían llamarlo «el Generalísimo» y los falangistas, «el Caudillo», un término que los diccionarios definen como jefe militar de los pueblos primitivos. Aunque la España de entonces no estaba para finuras semánticas y la obligación era llamarle «Generalísimo» o «Caudillo», aun a riesgo de que se produjeran chuscas situaciones:

> En una cacería, Franco se perdió en el monte y anduvo caminando solo hasta llegar a la casa de un pastor, que amablemente le invitó.
>
> —Pase usted, don Claudio, y considérese en su casa.
>
> Franco se sentó hasta que llegó su escolta y se dispuso a marchar. El pastor lo despidió con deferencia.
>
> —A su disposición, don Claudio, y vuelva cuando quiera.
>
> —¿No sabe usted quién soy yo? —preguntó Franco ya escamado.
>
> —Claro que lo sé, don Claudio. Todo el mundo le conoce.
>
> —Entonces, ¿por qué me llama don Claudio?
>
> —Es que no me atrevo a llamarle Claudillo.

Además de sus varias denominaciones, adoptó diversas apariencias a lo largo de su mandato. Durante los primeros años, aparecía vestido de militar con gorrillo legionario o con la camisa azul y la boina roja de la FET y las JONS. Cuando los aliados ganaron la guerra, adoptó un porte menos fascista y más solemne: militar con gorra de plato. Al final de su vida, aparecía vestido de civil, con aspecto de abuelito benevolente que nunca ha roto un plato. Entonces perdieron importancia los tratamientos de Caudillo y Generalísimo porque prensa, radio y televisión recibieron la consigna de llamarle «Su Excelencia el Jefe del Estado», que parecía menos dictatorial y más civil.

Conservó muy sólidas manías respecto al atuendo. Obligaba a usar chaqué

en los Consejos de Ministros. Durante muchos años, impuso las botas de montar y la guerrera cerrada a los oficiales del ejército, sin permitir la corbata más que a los generales, la Legión y los Paracaidistas. Cuando Eisenhower fue elegido presidente de los Estados Unidos, pronunció un dictamen favorable: «Por lo menos es un general».

Y, dispuesto a demostrarle que eran colegas, cuando, más tarde, visitó España, acudió a recibirlo de uniforme y de uniforme asistió a todos los actos, incluida la cena de gala. En contraste, el general Eisenhower, consciente de su papel de mandatario de una democracia, llegó vestido de civil y acudió a la cena con un discreto traje de etiqueta. Al día siguiente se marchó de España. Entre otros regalos pintorescos, le entregaron el nombramiento de ¡alcalde honorario de Marbella!

De todos modos era conocido que el Generalísimo era reacio a viajar en avión. Quizá porque Sanjurjo, Mola y su hermano Ramón habían muerto en accidente aéreo.

Iba el matrimonio Franco en un avión, cuando él le dijo a Carmen.
—Tiraré un billete de mil pesetas por la ventana y haré feliz a un español.
—Tira dos billetes y harás felices a dos —respondió ella.
Entonces intervino el piloto:
—Tírese usted y los hará felices a todos.

El dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo se autodenominaba «Generalísimo», aunque sus partidarios lo llamaban «El Jefe» y sus enemigos le apodaban *Chapitas* o *El Chivo*, cuando la policía no podía escucharlos. Franco, que también era Generalísimo, lo invitó a venir a España y el dominicano llegó al puerto de Vigo el 2 de junio de 1954, a bordo del transatlántico *Antillas*, acompañado de un gran séquito y numerosos familiares. Los recibieron con honores militares y al día siguiente fueron todos en tren hasta Madrid, donde los esperaban Franco y su esposa. Pasearon por las calles de la ciudad escoltados por la Guardia Mora, se alojaron en el Palacio de la Moncloa y continuaron visitando el país en régimen turístico de todo incluido, hasta el 14 de junio.

—¿Sabes quién es el mejor economista del mundo?
—Trujillo, porque con un solo franco ha pasado dos semanas de vacaciones en España con toda la familia.

## HUMOR IMPRESO

Durante los años treinta se había desarrollado la caricatura gráfica en revistas como *Fray Lazo, El Gato Negro y Gutiérrez*, que fueron terminantemente prohibidas durante los cuarenta. Los dibujantes tenían la mala costumbre de comer, así que se refugiaron en los periódicos de información general que, poco a poco, incorporaron sus chistes y tiras ilustradas. Después aparecieron algunas revistas humorísticas, como *Cucú, Don Venerando o Don José*, que no lograron sobrevivir, pero que abrieron camino a *La Codorniz*, la primera que fue capaz de mantenerse en la cuerda floja de la censura y ser aceptada por un amplio público lector.

El origen de *La Codorniz* hay que buscarlo el 25 de enero de 1937, fecha en la que la Delegación de Prensa y Propaganda había comenzado a editar *La Trinchera* en Salamanca. Como su nombre coincidía con el de una revista republicana, en su tercer número pasó a llamarse *La Ametralladora, Semanario de los Soldados*. Fue una más entre las mediatizadas publicaciones bélicas del momento: agresiva, procaz y burdamente propagandística. En noviembre, pasó a dirigirla Miguel Mihura y adoptó el tipo de humor escépticamente vanguardista que había popularizado Jardiel Poncela, hasta el extremo de que, durante el verano de 1938, algunos capitostes comenzaron a considerarla lesiva para la moral de la tropa.

El día de Navidad de aquel año debía aparecer el número 100 de *La Ametralladora*, pero la revista se convirtió en *La Codorniz*, abandonó definitivamente su basto humor para soldados y optó por los recursos humorísticos del absurdo, para solaz de civiles y militares.

Apareció al precio de cincuenta céntimos con la advertencia de Miguel Mihura de que «nunca se apoyaría en la actualidad ni en la realidad». Resultan innegables la audacia y el humor de *La Codorniz*, que tuvo osadías tan ciertas como la de dibujar un gran huevo en su portada, acompañado por un anuncio meridiano: «Éste es el huevo de Colón, la próxima semana publicaremos el otro».

En otro número apareció la viñeta de una pareja sentada en un banco y con las manos entrelazadas. Tras ellos había un árbol, al que estaba encaramado un gorila con una gran piedra en la mano. Inocentemente, escribía la revista, al pie de la pareja: «¿Se la tira o no se la tira?» Suposición que resultaba desternillante para una España casta por decreto y metida en el secarral de una prensa agostada por la censura.

Pese a que contaba con cierta bula de la censura (al fin y al cabo estaba hecha por los suyos), *La Codorniz* anunció su cierre el 21 de mayo de 1939, recién acabada la guerra, y se despidió de sus lectores advirtiendo que quizá un día volvería.

Pero no sólo se reían los críticos, los tibios y los rojos. También los franquistas

acérrimos tenían sus chistes. En 1946, las Naciones Unidas rechazaron el ingreso de España en la organización y recomendaron a los países miembros retirar sus embajadores en Madrid.

Para celebrar el fracaso del régimen, Stalin le envió a Franco un paquete con un par de cuernos.

El Generalísimo correspondió enviándole otro paquete que contenía un par de huevos, con una dedicatoria: «Cada país manda lo que le sobra».

# 2
# LA VIDA ENTRE BOINAS

## UNA PRENDA POLITIZADA

La boina era característica de los españoles, aunque no exclusiva, porque otros pueblos, como los franceses, escoceses e italianos, tenían también las suyas y las incorporaron a sus ejércitos durante la segunda guerra mundial. La tropa española había tenido asimismo, en la década de 1930, su propia boina de color caqui, que no conoció el éxito y pronto fue sustituida.

Hasta la década de 1950 ningún español civil, eclesiástico o militar salía a la calle con la cabeza descubierta. Entre los civiles, quienes pertenecían a la clase alta llevaban sombrero, gorra numerosos obreros industriales y boina todos los demás, con algunas excepciones profesionales, como los taxistas de las grandes ciudades y algunos empleados de ferrocarriles, cuyo reglamento imponía una incómoda gorra azul, signo de autoridad que aprovechaban los guardacoches y otras profesiones subalternas. Los militares llevaban una gorra de plato, la tropa, un gorrillo caqui con borla roja y los curas, un sombrero negro llamado «teja», que los obispos adornaban con borlas de colores. La boina era una prenda humilde, negra o azul oscuro, de plato pequeño ajustado en la cabeza y con un pequeño rabillo en el centro, cuyos fabricantes más acreditados estaban en Tolosa y Balmaseda. Los vascos fabricaban casi todas las boinas de España; en cambio, la suya característica, también llamada *txapela*, era mucho más grande.

Durante las guerras carlistas, las boinas habían cubierto las cabezas de ambos bandos en lucha. La de color rojo fue popularizada por los *txapelgorris*, una feroz milicia liberal mandada por Ramón Jáuregui, *el Pastor*, cuyo anticlericalismo gozaba en asaltar conventos, matar frailes y celebrar cuantas ceremonias sacrílegas salieran de su berroqueña mollera. Cuando supo que los frailes del convento de Abárzuza ayudaban a los carlistas, prendió fuego al edificio, e inauguró así la costumbre española de incendiar iglesias y conventos como parte esencial del folclore político. Y, como la vida es contradictoria, los

carlistas, que llevaban boinas de todos los colores, acabaron decantándose por las rojas de sus más feroces enemigos, mientras que las mujeres que compartían su causa llevaban boinas blancas.

## BLINDAJE A LA ESPAÑOLA

El carlismo fue, durante un siglo, el principal promotor peninsular de guerras civiles. Se trataba de un antiguo movimiento conservador y católico surgido en la década de 1830 por una cuestión dinástica que se convirtió en ideológica. El carlismo era partidario del absolutismo y del catolicismo más rancio. Localizado preferentemente en Navarra, Guipúzcoa, Vizcaya y las montañas catalanas y valencianas, a lo largo del siglo XIX se batió en tres contiendas contra la Monarquía liberal.

El novelista vasco Pío Baroja fue uno de sus grandes detractores y atacaba a los carlistas con toda la furia de su carácter liberal anárquico, pesimista, anticlerical y misógino. Descontento con su profesión de médico, durante un tiempo había regentado una panadería que su familia tenía en Madrid, de lo cual pretendió burlarse el poeta nicaragüense Rubén Darío, que dijo de Pío: «Es un escritor de mucha miga». La réplica de Baroja fue demoledora: «Darío es escritor de mucha pluma: se nota que es indio». Aunque mucho más feroces fueron sus definiciones del carlismo: «El carlista es un animal de cresta roja que vive en las montañas y, a veces, baja al llano y al grito de "¡Viva Cristo Rey!" ataca al hombre».

Cuando le preguntaron su opinión sobre *El Pensamiento Navarro*, principal periódico carlista, respondió con su vitriólica inclemencia: «*¿El Pensamiento Navarro*? Eso es imposible. No existe». Ni siquiera el folclore se libró de sus envenenados juicios: «La jota es la brutalidad hecha música».

Baroja veraneaba en su casa de Vera de Bidasoa cuando estalló la guerra civil. La curiosidad le llevó a contemplar a los carlistas del Tercio de Lacar que habían llegado al pueblo, donde alguien lo reconoció, quedó detenido y sólo se libró de ser fusilado gracias a Carlos Martínez Campos, que acompañaba a la tropa como oficial y le impuso la condición de pasar inmediatamente a Francia. Enemistado con ambos bandos, el novelista se exilió temporalmente y acabó regresando a España para pasar aquí los últimos años de su vida.

Los carlistas habían planeado sublevarse durante toda la Segunda República: compraron armas de contrabando, hicieron instrucción militar en la sierra de Urbasa, enviaron emisarios a Mussolini y encargaron a las mujeres carlistas (también llamadas «Margaritas») que les cosieran uniformes adornados con los viejos símbolos de flores de lis y cruces de San Andrés.

Finalmente se convencieron de que no podían rebelarse por su cuenta y, en 1936, los carlistas navarros y alaveses se unieron a la sublevación militar poniéndose a la órdenes del general Mola, que los militarizó, aunque permitió que conservaran los símbolos históricos de sus tercios, sus flores de lis, sus cruces de San Andrés y sobre todo sus boinas rojas, principal distintivo que llevaban orgullosamente. Comenzada la guerra, y a medida que las tropas sublevadas conquistaron Guipúzcoa y parte de Vizcaya, se les fueron uniendo los restantes carlistas vascos.

Fue inútil que los jefes militares intentaran hacerles abandonar sus vistosas boinas rojas, que los hacían excesivamente visibles en combate. Los requetés o milicianos carlistas deseaban distinguirse de la tropa corriente y quizá también sospechaban que no necesitaban el casco de acero, menos blindado que sus propias cabezas.

Estuvieron siempre muy apegados a los símbolos, y a la cabeza de sus unidades llevaban no sólo sus banderas sino también un gran crucifijo engastado en un mango de un par de metros, que lo hacía visible a distancia. El hombre encargado de llevarlo en alto era llamado «*cristero*», cargo que se consideraba de gran honor dado el acendrado catolicismo corporativo, lo cual no evitaba que, cuando llegaban a una ciudad de retaguardia, frecuentaran las calles donde ejercían las prostitutas, contradicción que resolvían asegurando ser verdaderos católicos… «de cintura para arriba».

En combate, contaban con una protección teológica suplementaria: el «*detente bala*», que era un trozo de paño blanco, generalmente con un corazón rojo bordado y la leyenda «Detente, el Corazón de Jesús está conmigo» u otra parecida.

Parece que lo inventó una monja santa del siglo XVII, Margarita María Alacoque, con la finalidad de alejar al diablo y proteger de sus tentaciones. Como en la guerra se aprovecha todo, comenzaron a usarlo los carlistas durante sus contiendas del siglo XIX, asegurando que paraba las balas liberales. Y tanta fue su fama que, en julio de 1936, cuando los moros de Regulares desembarcaron en Cádiz, algunas señoras de buena familia les entregaron «*detentes*». Hasta que algún militar, que conocía el paño, cortó sus piadosos regalos porque el Corazón de Jesús tenía un encaje muy difícil en el islamismo.

Hasta hoy, carecemos de datos estadísticos sobre los resultados militares del teológico blindaje carlista durante la guerra civil. Lo único cierto es que sus unidades se distinguieron por su valor, estuvieron frecuentemente en la primera línea y sufrieron una enorme mortalidad bajo el fuego de los descreídos adversarios que tenían enfrente.

## BOINAS PARA TODOS

En abril de 1937, Franco unificó a los carlistas y los falangistas, que eran medio aliados y medio rivales. El partido resultante, Falange Española Tradicionalista y de las JONS, tomó como distintivos la camisa azul de los falangistas, y la boina roja tradicionalista. Con disgusto para los falangistas, que no querían saber nada de la boina, hasta que el Caudillo los hizo pasar por el aro y se la impuso.

La Falange había jugado a ser un partido fascista, como se estilaba en Alemania e Italia, sin haberlo conseguido. Mientras que Hitler y Mussolini eran dos ganapanes curtidos en la lucha política, el fundador falangista, José Antonio Primo de Rivera y Sáez de Heredia, era un encantador señorito madrileño de raíz andaluza. Descendiente de una dinastía militar era hijo de un general que fue dictador entre 1923 y 1930 y lo enchufó como abogado de la Compañía Telefónica, que siempre ha sido un fecundo huerto de beneficiarios con discutibles méritos.

Después de la Dictadura, José Antonio se metió en política para defender la memoria de su padre y pronto comprendió que no podía tener como aliados a los aristocráticos habitantes de la caverna española, todavía convencidos de que la invención de la imprenta había arruinado los grandes valores de la Cristiandad.

Al no poder arar con tales bueyes, se inclinó hacia el fascismo italiano, que parecía más moderno, aunque sólo fuera porque Mussolini había mezclado el discurso de futurista de Marinetti, las exaltadas aporías de D'Annunzio y un patriotismo populista. Esto formaba una compota ideológica que ofrecía a la Falange una doble ventaja: los españoles entendían el italiano y, bajo una apariencia revolucionaria y moderna, el fascismo defendía las ideas tradicionales y autoritarias que José Antonio había mamado en su familia.

Dotado de este bagaje confuso y de un fuerte encanto personal, fundó la Falange Española, cuyos primeros militantes fueron sus hermanos, primos y demás parientes jóvenes. Todos ellos gente guapa que extendió entre sus congéneres un optimista mensaje poético e inconcretamente fascista.

Imitando las prácticas políticas de la época, estos primeros falangistas optaron por la violencia, captando a tipos poco recomendables para formar variopintas pandillas cuya principal finalidad era la «actividad escuadrista», definición tomada de la jerga mussoliniana que, en el lenguaje del propio José Antonio, se llamó «dialéctica de los puños y las pistolas». Menos poéticamente, hoy la calificaríamos de terrorismo de baja intensidad. Así entró la Falange en competencia con el mosaico de pandillas anarquistas, comunistas, socialistas, carlistas y hasta republicanas federales que entendían la política de los años treinta como una sucesión de algaradas, tiroteos y mamporros.

Los falangistas supieron ganarse un espacio en el gamberrismo político de la calle, aunque adelantaron poco en lo que no fueran tiros y puñetazos. Las

urnas les dieron la espalda y, en las elecciones de 1933, José Antonio sólo logró ser diputado integrándose en una candidatura de coalición derechista y, en 1936, los falangistas no lograron ni un solo escaño en el Parlamento y su jefe perdió la inmunidad parlamentaria.

## DE EXTRAPARLAMENTARIOS a PARTIDO ÚNICO

La guerra civil vino en ayuda del Partido. Hasta el último momento, José Antonio se resistió a integrarse en la sublevación militar, porque temía que los generales utilizaran a la minúscula Falange como machaca. Hasta que debió aceptar el golpe de Estado para no quedarse en tierra y los falangistas, como su jefe había sospechado, acabaron militarizados, desvirtuados y convertidos en el Partido personal del general Franco. En compensación, su militancia creció espectacularmente, admitiendo a toda clase de arribistas, tránsfugas y buscadores de protección política. Eran los llamados «camisas nuevas», afiliados al amparo del poder y mirados con desconfianza por los «camisas viejas» o falangistas de antes de la guerra, que habían predicado la Revolución Nacionalsindicalista.

José Antonio había quedado al margen porque estaba encarcelado en Alicante, acusado de tenencia ilícita de armas y lo que hoy se calificaría de pertenencia a banda armada. La vigilancia de la cárcel estaba en manos de milicianos desordenados y poco eficientes, y los nazis prepararon una operación de comando para liberar al preso. Pero Franco no la autorizó y José Antonio, juzgado con escasas garantías, fue condenado injustamente y se enfrentó al pelotón de fusilamiento con mucha dignidad el 20 de noviembre de 1936, el mismo día en que murió Durruti. La muerte del jefe falangista fue uno más entre los miles de asesinatos cometidos por ambos bandos durante la guerra.

Franco y los jefes del Partido acordaron ocultar la noticia y, durante dos años, los falangistas se refirieron al fundador como «el Ausente». Aconsejado por su cuñado, Ramón Serrano Súñer, el Generalísimo aprovechó la coyuntura y en abril de 1937 unificó a los falangistas y carlistas en la Falange Española Tradicionalista y de los JONS, de la que se nombró Jefe Nacional.

En 1938, cuando ya estimó que su poder personal estaba consolidado, con todos los líderes de la derecha exiliados o bajo la bota, anunció que José Antonio había sido fusilado dos años antes y permitió que los falangistas lo mitificaran. Ya no podía ser un competidor.

Serrano Súñer, su mentor en todo este proceso, fue llamado con razón «el *Cuñadísimo*». Era un tipo listo que fue haciéndose con el poder hasta controlar

directa o indirectamente cinco o seis ministerios.

El *Cuñadísimo* mandaba simultáneamente la policía y la Falange cuando tuvo un chusco diálogo con el embajador británico, Samuel Hoare, un elegante *gentleman*, miembro del Partido Conservador, dos veces ministro en su país y enviado por Churchill a Madrid con la misión de evitar que España entrara en la guerra para apoyar a Hitler. La cuestión no estaba nada clara y la Falange presionaba para que Franco se decidiera a alinearse con el Eje, para lo cual utilizó continuamente el pretexto de Gibraltar. Esta excusa servía a los falangistas para promover repetidos actos, convocatorias y algaradas antibritánicas, como la que su Sindicato Español Universitario (SEU) convocó para reclamar la devolución de la Roca. Unos cientos de jóvenes se reunieron ante la embajada británica y gritaron: «¡Gibraltar español!» y «¡Gibraltar para España!», con un entusiasmo en el que se mezclaban sus sentimientos de chicos de derechas, el ambiente exaltado del momento y la satisfacción de contar con un patriótico argumento para no asistir a clase. El Gobierno no prohibió la manifestación y envió a la policía, que en lugar de disolver a los gritones estudiantes, estableció un cordón para contenerlos, sin causarles molestias y permitiéndoles proseguir con su dirigido alboroto reivindicativo contra la Pérfida Albión. El escándalo ante la embajada de Su Graciosa Majestad no le hizo maldita gracia a mister Hoare, aunque tampoco le hizo perder sus nervios de caballero bien educado. Al cabo de un tiempo, cuando el escándalo ya duraba más de lo prudencial, Ramón Serrano Súñer, ministro de Gobernación, telefoneó personalmente a Hoare:

> —Señor embajador, estoy enterado de la manifestación que se produce ante su embajada. ¿Desea usted que le envíe más policías?
>
> —Muchas gracias, señor ministro. No es necesario que se moleste. Bastará con que no me envíe más estudiantes.

Ramón Serrano Súñer era un tipo listo y ambicioso. Conoció en la universidad a José Antonio Primo de Rivera, del que se hizo amigo. Poco después se licenció en Derecho con premio extraordinario y, cuando todavía no era mayor de edad ganó las oposiciones al cuerpo de abogados del Estado. Su primer destino le llevó a Zaragoza, donde se hizo novio de Ramona Polo, cuñada del general Franco, entonces director de la Academia General Militar. Se casaron durante la República, en febrero de 1932, y oficiaron de testigos Franco y José Antonio, que se conocieron entonces.

Admirador del fascismo italiano, entró en política con la Unión de Derechas de Zaragoza, expresión de los más sólidos poderes zaragozanos, pero no logró ganar un escaño hasta 1933, aliado a la candidatura de la CEDA, aunque discrepaba con Gil Robles. El inicio de la guerra civil le sorprendió en Madrid, donde fue internado en la cárcel Modelo. Dos de sus hermanos fueron asesinados, pero él logró ser trasladado a una clínica privada alegando

una úlcera gástrica. El 20 de enero se evadió disfrazado de mujer y se refugió en la embajada de Holanda. Dotado de un salvoconducto falso pudo llegar hasta Alicante, donde se reunió con su mujer e hijos, y embarcaron en un buque de guerra argentino que los llevó a Marsella. Desde allí viajaron a Salamanca, donde se encontraba el Cuartel General del Generalísimo, su cuñado, y la familia se instaló en su mismo palacio.

Con ayuda de Carmen Polo, Serrano Súñer desplazó a Nicolás Franco, hermano del futuro Caudillo, que fue enviado a Lisboa, y se convirtió en la mano derecha de su cuñado y su ministro más importante. A su mujer, hermana de Carmen Polo, la llamaban «*Zita*», diminutivo chic de Ramona, pues su nombre de pila resultaba algo rupestre.

> Y fue el caso que se encontró con unas amigas del colegio.
>
> —¡Ay, Zita! ¡Qué guapa estás!
>
> —Muchas gracias.
>
> —¡Y qué buena boda hiciste! ¡Cuánto manda Ramón, tu marido! Por cierto, ¿qué fue de Carmen, tu hermana?
>
> —La pobre tuvo mala suerte, ¡se casó con un militar!

No sabemos si Franco escuchó el chiste, pero acabó hartándose del *Cuñadísimo*, que echaba un pulso a los generales e intimaba demasiado con señoras de la *créme* madrileña, provocando la indignación de la mojigata Carmen Polo. No tardó en ser de dominio público la relación que el *Cuñadísimo* mantenía con Sonsoles de Icaza, la guapísima y jovencísima esposa del teniente coronel Francisco de Paula Diez de Rivera y Casares, marqués de Llanzol. A consecuencia de los ejercicios gimnásticos de la pareja, el 29 de agosto de 1942 nació Carmen Diez de Rivera e Icaza, que, andando el tiempo, sería jefa de gabinete de Adolfo Suárez y eurodiputada del PSOE.

Por fin, de tanto ir a la fuente, se rompió el cántaro. Cinco días después de nacer la niña, Franco cesó definitivamente a Serrano Súñer, desgastado por su acumulación de poder, sus peleas con los generales monárquicos Varela y Galarza Morante, respectivamente ministros del Ejército y de Gobernación, y rematado por sus líos de cama.

Franco nunca rehabilitó políticamente al *Cuñadísimo*, que mantuvo su romance con Sonsoles hasta 1955. Su caída acabó definitivamente con la independencia de la Falange, porque el Caudillo nombró nuevo secretario general a José Luis de Arrese, uno de sus pelotilleros, que redujo el Partido a una asociación con muchas palabras y cánticos, escasos hechos e innumerables enchufes.

## De la Revolución a la oficina

Después de la guerra, los falangistas, carlistas y ex combatientes en general coparon casi todos los empleos públicos y privados. La Ley de 25 de agosto de 1939 ordenó reservar el ochenta por ciento de los empleos civiles a los ex combatientes. Los puestos públicos, desde los municipales a los estatales, quedaron sujetos a oposiciones patrióticas, donde el veinte por ciento de las plazas se reservaba para oficiales provisionales, otro tanto para los mutilados de guerra, otro para los ex combatientes franquistas en general, un diez por ciento a los ex cautivos, otro tanto a los huérfanos de guerra y el veinte por ciento restante quedaba para los opositores libres, siempre que demostraran su adhesión al régimen.

Una notable oferta de empleo público fue el cuerpo de Prisiones, considerablemente ampliado, como decía el Boletín Oficial del Estado, por «las extraordinarias necesidades que en el orden penal impone la represión jurídica de los crímenes y delitos cometidos por las hordas marxistas». En 1940 ya se convocaron cien plazas de técnico-directivo de Prisiones, para oficiales provisionales con tres cursos o nueve asignaturas de Derecho aprobadas que se comprometieran a terminar la carrera, mil plazas de oficial de Prisiones para quienes carecieran de estos estudios y ochocientas plazas de guardián para guardias civiles, carabineros o similares.

La depuración de los docentes permitió igualmente ofrecer cuatro mil plazas de maestro a oficiales provisionales con título o bachillerato completo y seis meses en el frente. Quienes habían terminado los estudios superiores pudieron optar a plazas más sustanciosas, entre ellas noventa y seis de registrador de la propiedad, ciento cincuenta del cuerpo Técnico de Telecomunicación y 392 de notario. Una de estas últimas fue ocupada por Blas Piñar, que sólo tenía veinticuatro años y era hijo de un comandante defensor del Alcázar de Toledo.

Muchos de esos funcionarios entrados en la administración a punta de bayoneta consideraron su puesto como un botín de guerra, donde no tenían ninguna obligación de trabajar. A pesar de existir miles de empleados públicos que eran trabajadores y celosos, la pereza administrativa no era nueva, pues formaba parte de las más sólidas tradiciones españolas. Al fin y al cabo, ya cien años antes había escrito Larra su famoso artículo «Vuelva usted mañana».

Aunque parte de los nuevos mantenidos del Estado se tomaron en serio sus nuevos puestos burocráticos, el vicio histórico de la gandulería se vio reforzado por la actitud de los recién llegados, dispuestos a defender su ventanilla de los acosos ciudadanos con la misma bravura con que habían impedido a los rojos llegar a sus trincheras. En general, les pagaban poco, pero trabajaban menos, de acuerdo con una frase que se hizo sacramental: «En el sueldo podrán engañamos, pero no en el trabajo».

Llegó un ciudadano a la oficina pública y, como la encontró cerrada, preguntó al guardia de vigilancia:

—¿No trabajan por la tarde?

—No, señor —respondió el otro—. Por la tarde es cuando no vienen. Cuando no trabajan es por la mañana.

## LAS CHICAS TAMBIÉN

Por obra de la costumbre y la política, la España de los años cuarenta estuvo dominada por las boinas azules o negras, que cubrían las cabezas del pueblo llano, y las rojas, que coronaban las testas falangistas de ambos sexos. La Sección Femenina imitaba el atuendo de los varones del Partido, pero, como era de esperar, sólo de cintura para arriba. Las mujeres falangistas vestían la boina roja y la camisa azul de los hombres, pero sustituían los pantalones, botas altas y calzones *breeches* por faldas como Dios manda y, cuando se trataba de hacer gimnasia, por unos castos pantalones bombachos, llamados «pololos».

Ellas integraban el feudo de Pilar Primo de Rivera, hermana del fallecido fundador de la Falange, la cual aceptó que Franco se apropiase de su herencia política y recibió, a cambio, el mando indiscutible de la Sección Femenina del Partido. En un país donde las mujeres no pintaban nada, Pilar acumuló un considerable poder: controló el Auxilio Social, la prestación del Servicio Social, todas las plazas de profesoras de gimnasia y de Formación del Espíritu Nacional y hasta hizo reconstruir el castillo de La Mota, que se encontraba en ruinas en la provincia de Valladolid, para establecer su propia Escuela de Mandos. Provista de cargo, sueldo y privilegio sin fecha de caducidad, la gente murmuraba: «Pilar Primo de Rivera con la camisa vieja de su hermano se ha hecho sostén para toda la vida».

La prepotencia de las falangistas irritaba a las «Margaritas», que ridiculizaban el *Cara al sol*, el himno de la Falange, con una letra espuria:

—Cara al sol te volverás morena
y tu novio no te va a querer.
—No me importa que no me quiera,
me quiere un requeté.
Requeté me compra caramelos
y me lleva al cine cuando quiero.
¡Arriba escuadras a vencer
que mi novio es cabo requeté!

Sin embargo, las canciones, los caramelos y el cine de su novio no pudieron impedir que las «Margaritas» acabaran arrolladas por la tropa femenina de Pilar.

## EL AMOR Y NO LA GUERRA

Pilar Primo de Rivera parecía ofrecer otras utilidades apreciables. Por lo menos para Ernesto Giménez Caballero, un escritor ingenioso y bien dotado, padre del primer cine-club en España, donde se estrenó *La edad de oro*, de Buñuel. Más tarde, Giménez Caballero fundó también *La Gaceta Literaria*, la más importante revista de vanguardia de entonces, donde escribió la Generación del 27. Después de ser surrealista, ultraísta y futurista, acabó definiéndose como fascista y explicó, a quien quisiera escucharle, que, para evitar la guerra civil, Pilar Primo de Rivera debía haberse casado con Indalecio Prieto.

La solución llegó tarde y el hombre abogó entonces por casarla con Hitler a fin de evitar la segunda guerra mundial. Ignoramos si tal himeneo hubiera tranquilizado al Führer o, al contrario, lo habría enfurecido e impulsado a la guerra ABQ. El caso fue que, con tales proposiciones, la chica Primo de Rivera se quedó para vestir santos y Giménez Caballero anduvo pariendo sus exaltados y visionarios escritos y lanzó sus enloquecidos discursos hacia los cuatro puntos cardinales. Hasta que Franco se lo quitó de encima enviándolo como agregado cultural a Paraguay, luego a Brasil y en 1958 lo nombró embajador en Asunción, cargo en que lo mantuvo catorce años a fin de tenerlo a un Atlántico de distancia. Ya jubilado en Madrid, en 1979 publicó sus recuerdos, con un título provocador como él mismo: *Memorias de un dictador*.

## CHICOS DE PANTALÓN CORTO

Como ya había sucedido en la Alemania y la Italia fascistas, también los *boy scout* fueron prohibidos en España, a fin de hacerle hueco al Frente de Juventudes, la organización falangista que encuadraba a los niños y adolescentes. Su canción característica fue *Montañas nevadas*, vestían el uniforme del Partido, con el pantalón corto propio de la infancia, y estaban organizados en centurias, cada una mandada por un falangista adulto vestido con el mismo uniforme de pantalón corto que sus infantiles subordinados. Esta imagen provocó una desgarrada definición:

> —¿Qué es un jefe de centuria?
> —Un gilipollas vestido de niño, que manda a cien niños vestidos de gilipollas.

La alianza política con Hitler y Mussolini no llevó a España a la guerra

mundial porque estaba arrasada por su propia guerra civil y, para implicarse en otro barullo, necesitaba una cuantiosa ayuda económica y militar que Alemania e Italia no podían proporcionarle. A pesar de todo, Franco mantuvo su simpatía por las potencias fascistas, procurando no jugarse el bigote, situación que propició comparaciones entre los tres dictadores.

> Se reunieron Hitler, Mussolini y Franco en un balcón, bajo el que formaban sus partidarios. Hitler dijo a sus colegas:
>
> —Para demostrar la lealtad de las SS tiraré a la plaza una moneda de un marco y el hombre que la vea caer más próxima se pegará un tiro.
>
> Lanzó la moneda y se oyó gritar «*Heil Hitler!*», seguido por un disparo.
>
> Mussolini hizo lo mismo con una moneda de cien liras lanzada a la Milicia Fascista, y se escuchó «*Viva il Duce!*» y un segundo disparo.
>
> Franco rebuscó en sus bolsillos. Sólo tenía un billete de peseta y lo tiró por el balcón hacia donde formaba la Falange. No se oyó nada.
>
> Se asomaron los tres al balcón. El papel de peseta volaba en el aire y todos los falangistas soplaban hacia arriba.

Los primeros años de la España de la boina fueron difíciles por las consecuencias de la guerra civil y la mundial. Los vencidos estaban atenazados por la derrota, el hambre, la cárcel, los consejos de guerra y el miedo. Los vencedores se animaban con la esperanza de que vencieran Alemania e Italia y, poco a poco, fue ganándoles la inquietud, porque los Estados del Eje iban de capa caída. La tentación fascista de la Falange resultaba innegable, aunque el régimen de Franco no era exactamente un sistema fascista, porque los falangistas no eran sino una parte, uno de los grupos políticos que, más tarde, fueron llamados impropiamente «familias del régimen».

Franco era demasiado anticuado para ser un jefe fascista y tampoco su poder se basaba en el partido único. Hitler y Mussolini habían llegado mediante procedimientos políticos; él, en cambio, gracias a la guerra, y no fue un líder político, sino un general africanista que había pasado todos sus años de formación en Marruecos.

Los Estados fascistas tenían el centro del poder en el Partido. En la España de Franco, el centro del poder correspondió al ejército, que el dictador tenía sujeto bajo su propia bota. La Falange era sólo una oficina de colocación y uno de los administradores de la burocracia y, sobre todo, un disfraz para el primitivo poder africanista, que así quería aparentar ser tan europeo y moderno como el fascismo y el nazismo. Ésta fue la careta que Franco comenzó a quitarse cuando los aliados ganaron la guerra. Sin lograr engañar a nadie, porque las Naciones Unidas rechazaron el ingreso de España.

Al saber que la ONU se disponía a condenarlo, el régimen organizó a sus partidarios para una gran manifestación en la plaza de Oriente de Madrid, en la que una pancarta presumía de recónditos atributos: «¡Si ellos tienen ONU, nosotros tenemos DOS!». Era una muestra del humor cuartelero y machista,

entonces en boga, y del escuálido reír de unos años terribles, cuando malvivir costaba tanto esfuerzo.

Desde entonces, cada vez que el régimen se sentía en peligro la madrileña plaza de Oriente era escenario de grandes concentraciones franquistas. La última se celebró el 1 de octubre de 1975. En el amplio espacio de la plaza, interrumpida por parterres y monumentos, caben entre 250.000 y 300.000 personas. No obstante, las crónicas periodísticas afirmaron una y otra vez que un millón de españoles se había manifestado en la plaza de Oriente. Lo cual presenta una evidente alternativa: o la prensa mentía, o un franquista abultaba la tercera parte que un ciudadano corriente.

La España de las boinas perduró bastante. Franco abandonó la boina roja cuando el Eje perdió la segunda guerra mundial; en cambio, hasta el final de su vida la conservaron sus escoltas, que la llevaban adornada con una enorme bola amarilla.

A partir de los años cincuenta, ganó terreno el «sinsombrerismo» o arte de transitar con la calva al aire. Poco a poco, boinas, gorras y sombreros fueron confinados en los armarios y los falangistas con mando aprovecharon la ocasión para desprenderse del símbolo carlista que Franco y Serrano Súñer les habían impuesto. Los altos jerarcas optaron por una gorra de plato parecida a la militar, de la que también acabaron prescindiendo para vestir el uniforme del Partido sin nada en la cabeza, lo cual estaba lleno de significados.

## ¡OFICINISTAS TODOS!

El aislamiento internacional fomentó los chistes nacionalistas, un género que existe en todos los países, excepto en el Vaticano. Se trata de reunir a un español con cuatro o cinco personas de varias nacionalidades: «Iban un español, un chino, un americano y un inglés, y dijo el americano…». Invariablemente, se proponía una prueba en la que triunfaba el español y los demás hacían el ridículo.

En todos ellos, la Falange, que prometía marchar «por el Imperio hacia Dios y buscar su destino por los caminos del mar», acabó convertida en una gran matriz administrativa que paría continuamente funcionarios capaces de colapsar la administración.

> Llegó al infierno un nuevo condenado, a quien el diablo recepcionista preguntó su nacionalidad. El hombre, cansado de pasar penurias en su patria, mintió buscando mejor acomodo.
>
> —Soy norteamericano.
>
> En respuesta, el diablo le indicó una puerta rotulada «USA», que el condenado

atravesó satisfecho de su argucia.

Al cruzar el umbral, una acera rodante le llevó hasta una tolva desde donde cayó a una caldera de aceite hirviendo. Lo sacó de allí una pinza de acero inoxidable, que lo metió en un horno. Desde allí pasó a una trituradora, una centrifugadora, otra caldera de aceite, un baño de alquitrán, un ambiente de azufre y toda una colección de máquinas infernales, brillantes, perfectas, grandes y precisas que lo torturaron de mil modos. Hasta que, pasando de nuevo junto a la puerta, saltó de la máquina y escapó para regresar al vestíbulo.

—Perdone, señor diablo, he sufrido un error entrando por la puerta de Norteamérica. No soy americano, sino español.

—Pues vaya usted a la puerta de España.

Penetró por la indicada en un local pequeñito donde, en lugar de la brillante maquinaria norteamericana, había una caldera herrumbrosa con el fuego apagado. No se oía gritar a nadie ni parecía que hubiera nadie, hasta que pasó un tipo con aspecto de condenado, al que preguntó:

—Aquí, ¿qué pasa? ¿No os torturan? ¿No os meten en la caldera de aceite hirviendo?

—Pues no. La caldera nunca funciona, porque cuando hay aceite no hay carbón y cuando hay carbón no hay aceite. Y, además, los diablos llegan a las once, firman y se van.

Durante la guerra civil, la principal cantera de falangistas fue la provincia de Valladolid, mientras que el Cuartel General del Generalísimo estuvo en Salamanca y su primer Gobierno en Burgos. Quizá por eso, aunque el dictador era gallego, su régimen consideró que la submeseta Norte constituía el núcleo esencial de la españolidad y propició unos chistes que zaherían a los habitantes de otras regiones, explotando sus estereotipos. Una nutrida colección pretendidamente graciosa se explayó con los aragoneses tozudos, los gallegos quejicas, los catalanes peseteros, los vascos brutos, los andaluces fuleros, los valencianos traicioneros y los madrileños chulos, sin que en esta antología de la injuria geográfica se mencionara a los castellanos y leoneses. Lo cual podía obedecer a una reminiscencia literaria del 98 o simplemente a una mala voluntad. Ahora ya es imposible saberlo.

El caso fue que los chistes «regionales» circularon sin problemas, porque oficialmente estaba fuera de toda duda «la unidad de los hombres y las tierras de España». Frase acuñada en medios oficiales y machaconamente repetida, aunque poco de fiar. Porque una cosa eran las afirmaciones políticas y sus disposiciones administrativas y otra, las realidades cotidianas. Entre bastidores, hasta los franquistas ironizaban: «España es una dictadura moderada por el incumplimiento general de las leyes».

Haciendo caso omiso de su perversa intención subliminal, los chistes «regionales» podían tener su gracia.

Un bilbaíno tuvo un hijo y le requirieron en la clínica con urgencia:

—Ha ocurrido un desgraciado error y se han confundido los papeles de tres recién nacidos. Ignoramos cuál de ellos es su hijo, sólo sabemos que uno es vizcaíno, otro

guipuzcoano y otro negro. Deseamos que reconozca cuál de estos tres niños es el suyo.

El bilbaíno, que había llegado acompañado por un amigo, señaló al niño negro y dijo, sin dudarlo:

—Éste es mi hijo.

—Si no sabes cuál es el tuyo, ¿por qué eliges al negro y no a uno de los blancos? —dijo el amigo.

—Prefiero el negro. ¡Imagínate que elijo un blanco y me toca el *giputxi*!

Un millón de gallegos se perdió en el bosque y cuando llegaron a rescatarlos, dijo uno de ellos:

—Suerte que han venido ustedes a buscarnos, porque estábamos muy inquietos.

—¿Por qué tenían ustedes miedo?

—¡Es que estábamos solos!

Un vasco se sentó en el sillón del barbero.

—Aféiteme, pero no me enjabone, que soy de Bilbao.

Cuando ya llevaba media cara rasurada en seco y le sangraba la piel, dijo, sin darle mucha importancia:

—Pensándolo bien, no soy propiamente de Bilbao sino de un pueblo de al lado. O sea que, si es más fácil para usted, puede ponerme un poco de jabón.

Un extranjero tomó en Sevilla una tapa de lengua de toro y, como le gustó, intentó repetir en otra tasca. Pero no sabía español y lo pidió por señas: sacó la lengua y se puso los índices en la frente, imitando dos cuernos.

El camarero no lo entendió y preguntó a un compañero:

—Oye, Pepe, aquí hay un *inglé*, que no *zé* lo que quiere, saca la lengua y se pone *doz cuerno* en la frente.

—*Pue eztá mu* claro: el *inglé* quiere *hablá* con *er* dueño.

Hablaban un cura catalán y otro madrileño sobre el reparto de las colectas.

—Yo pinto una raya en el suelo —dijo el cura madrileño—, tiro el dinero al aire y, cuando cae, lo que queda a la derecha es para Dios y lo que queda a la izquierda, para la parroquia.

—Creo ser más generoso —respondió el catalán—, yo tiro el dinero al aire, Dios coge lo que quiere y lo que cae al suelo es para la parroquia.

Contar chistes políticos resultaba peligroso; por lo que durante un tiempo hicieron fortuna las historietas de Otto y Fritz, que se podían contar ante extraños sin despertar suspicacias.

No eran nada nuevo, porque habían estado muy en boga en Argentina y Chile allá por 1900, para burlarse de los inmigrantes alemanes, considerados cuadriculados, simplones y cortos de ideas. Nadie habrá podido ver en esos chistes de poca gracia un mensaje subversivo, de modo que hasta se contaban en los juegos de campamento del Frente de Juventudes.

Iban Otto y Fritz por el campo.

—Oye, Otto, ¿por qué no vuelan las vacas?

—No lo sé, Fritz.

Entonces pasó un gorrión y dejó caer sobre Fritz un pestífero y pegajoso recuerdo.
—Oye, Otto, ya sé por qué no vuelan las vacas.

Estos idiotas chascarrillos, políticamente correctos, poco tenían que ver con la equívoca ironía de *La Codorniz*, cuyo lema era «El humor más audaz para el lector más inteligente» y había reaparecido dirigida por Miguel Mihura, con Álvaro de Laiglesia de redactor jefe. Propietario y director de la revista, Mihura padecía un sentido patrimonial del humor y vetó sus páginas a numerosos escritores y dibujantes. Manía que acabó por dejarlo casi solo y obligado a escribir gran parte de la publicación.

La revista, único oasis en el soso desierto del humor franquista, se vendía razonablemente bien entre un público que le era adicto. No obstante, el papel de artista casi exclusivo acabó agotando a Mihura, que, en marzo de 1944, vendió *La Codorniz* a una sociedad presidida por el conde de Godo, propietario de *La Vanguardia*.

El nuevo propietario nombró director a Álvaro de Laiglesia, que aquel mismo año publicaría su primer libro, *Un náufrago en la sopa*. Una vez puesto al frente de *La Codorniz* dio un aire nuevo a las páginas, gracias a la colaboración de su segundo, Fernando Perdiguero, los dibujantes Nácher, Goñi, Mingóte, Gila, Tilu y Chumy Chúmez y los redactores Rafael Azcona, Ángel Palomino, Rafael Castellano, Evaristo Acevedo, Óscar Pin, Alfonso Sánchez y la Baronesa Alberta. La revista se renovó con la parodia de los periódicos más importantes que hacía en *El Diario Semanal* y en *Papelín General*, además de crear secciones que se hicieron famosas como *La Crítica de la Vida, La Cárcel, La Comisaría de Papel, ¿Está Vd. seguro?* y *Tiemble Después de Haber Reído*.

Como era la única sonrisa impresa posible, *La Codorniz* dobló su tirada y consiguió lectores tanto entre los franquistas como entre sus adversarios, gracias a su crítica, acerba en ocasiones, aunque siempre «dentro de un orden». Tan dentro que algunos de sus redactores eran gente liberal y otros, acérrimos franquistas, como Ángel Palomino, un ex combatiente de la guerra civil y militar en activo, que escribía con permiso de sus superiores. La censura militar controlaba implacablemente las expresiones de la gente de caqui, los militares *tenían* rotundamente vedado escribir en los periódicos, salvo cuando fueran de rotunda confianza política. Y, sin duda, Palomino lo era.

*Mancheta de* La Codorniz *en 1941.*

En cierto sentido, *La Codorniz* siguió la estela del dramaturgo Jardiel Poncela, autor de numerosas obras que ya eran divertidas desde el título. Entre ellas: *Los siete asesinatos y medio del castillo de Hull; Amor se escribe sin hache; Espérame en Siberia, vida mía; Pero… ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?*; *La tournée de Dios; Usted tiene ojos de mujer fatal; El amor sólo dura 2.000 metros; Madre (el drama padre); El sexo débil ha hecho gimnasia; Como mejor están las rubias es con patatas,* o *Cuatro corazones con freno y marcha atrás*. Álvaro de Laiglesia lo imitó con una verdadera catarata de libros humorísticos, nueve, contando sólo la década de los cincuenta: *La gallina de los huevos de plomo, Se prohíbe llorar, Sólo se mueren los tontos, Dios le ampare, imbécil, Todos los ombligos son redondos, Más allá de tus narices, ¡Qué bien huelen las señoras!* y *En el cielo no hay almejas*. Sin duda, el panorama ceñudo y gris del falangismo obligaba a desplegar un humor surrealista como el que mostró De Laiglesia al descubrir una casa de citas, en cuyas camas presidía un letrero automovilístico de

transporte público: «Prohibido apearse en marcha».

Tanta fue la fama de *La Codorniz*, que la gente le atribuía procacidades y chistes que no había publicado. Algunos eran realmente ocurrentes, pero nunca habían pasado por la imprenta y sólo existían en la imaginación de los españoles. Parece que también fue apócrifo uno de los más ingeniosos acertijos aritméticos atribuidos a la revista:

> Regla de tres: bombín es a bombón como cojín es a X.
> Nota de la redacción: si nos cierran la edición, nos importa tres X.

Las contradicciones del falangista Álvaro de Laiglesia y su revista eran muy lógicas, porque el falangismo y el régimen eran contradictorios en sí mismos. Ambos empleaban un lenguaje futurista para defender uno de los sistemas más reaccionarios y arcaicos de Europa, combinando las apelaciones al futuro, el mensaje «En España vuelve a amanecer» y las promesas de la «revolución pendiente» con la exaltación del Siglo de Oro y la Edad Media. El escudo del yugo y las flechas se tomó de la iconografía de los Reyes Católicos, El Escorial constituía el territorio sagrado y los miembros del Parlamento franquista no se llamaban diputados sino procuradores, como en la Edad Media. Franco convocó el primer Consejo Nacional de Falange en el marco medieval del monasterio de las Huelgas, lo cual no dejaba de tener su guasa, porque las huelgas estaban prohibidas en España.

Tanto medievalismo traía sin cuidado a quienes eran ajenos a las ensoñaciones oficiales. Para el ciudadano corriente, el mundo barbudo de los antiguos caballeros y los nobles sólo servía de motivo para la burla y el chiste.

> Marchaba un conde a las Cruzadas y dijo a su mayordomo:
>
> —Mientras esté fuera, cuida de la señora condesa. Como no me fío de nadie, le he puesto un cinturón de castidad. Sólo tú eres de confianza, toma la llave del cinturón y no se la entregues a nadie.
>
> —Descuide, señor conde, que defenderé la llave con mi vida hasta que su señoría regrese al castillo —respondió el fiel mayordomo.
>
> Partió el conde a la cabeza de sus guerreros y ya remontaban el primer altozano cuando vieron que el mayordomo les seguía corriendo y detuvieron los caballos.
>
> —Señor conde, hay un error —dijo el mayordomo cuando llegó a su altura—. ¡Ésta no es la llave del cinturón!

# 3
# LOS ÁRBOLES DE JAUJA

## A HUMO DE PAJAS

A treinta kilómetros de Lucena, entre los olivares y las huertas del Genil, hay un pueblo no muy grande llamado Jauja. Quizá por eso se dio también ese nombre a una ciudad peruana, cuyo suelo fértil y clima saludable la hicieron lugar de reposo al que acudían para curarse muchos enfermos, sobre todo tísicos y bronquíticos.

Seguramente en su honor, el actor y dramaturgo sevillano Lope de Rueda escribió, en el siglo XVI, una comedia llamada *La tierra de Jauja*, imaginaria isla del oro donde los árboles daban buñuelos; los ríos, leche; las fuentes, manteca y las montañas, queso. Tan nutritiva combinación tuvo éxito en una España históricamente parca en proteínas y patria de la novela picaresca, cuyos protagonistas pasaban la vida con el estómago vacío. De modo que, andando el tiempo, Jauja fue sinónimo de la abundancia y de la buena vida.

Quizá durante la década de 1940 fue cuando más desearon los españoles vivir en Jauja o en un país semejante de cuyos árboles colgara comida. No fue así, porque de los árboles no colgaron ni jamones ni buñuelos; aunque sí tabaco, o, más propiamente, un sucedáneo.

Sustitutivos, falsificados e imitaciones de todo tipo prosperaron, a falta de los productos auténticos. Había sucedáneos en todos los órdenes, incluso en la política, porque, desde 1942, el franquismo se definió como una Democracia Orgánica y, como todas las democracias que se añaden un apellido, también era una falsificación.

Faltaba de todo mientras el régimen daba tumbos entre la segunda guerra mundial, la condena de las Naciones Unidas y el aislamiento internacional. Los fumadores españoles pasaban una época de vacas flacas, hasta el extremo de que los de posibles más escasos fumaron hojas secas de los árboles. Trituradas éstas entre las manos, después de sacarles los palitos, las liaban en un fino papel de arroz, hecho en Alcoy. Como si estos cadáveres de hoja

fueran tabaco de verdad, porque éste se racionaba a razón de dos cajetillas de cigarrillos negros o un paquete de «picadura» por ciudadano y semana.

Este suministro de tabaco sólo correspondía a los varones mayores de edad, porque las buenas costumbres no permitían fumar a las ciudadanas, que fueron radicalmente excluidas de la distribución. Las señoras honradas de pata quebrada y en casa el único humo que podían producir era el de su cocina.

Las únicas mujeres fumadoras eran las de mala vida, ovejas descarriadas capaces de todo. Fumar siempre se había considerado medio pecado y, en los años treinta, las descarriadas finas se llamaban *cocottes* y fumaban con larguísimas boquillas que incrementaban su pecaminosa apariencia. Tanto fue el impacto de las boquillas que, en 1957, Sara Montiel conmocionó a media España humeando con una de ellas mientras cantaba *Fumando espero*, imparable excitación de la sensibilidad de un país donde el tabaco y el amor habían sufrido estricto racionamiento. La chica no se llamaba entonces Sara sino Sarita y se convirtió en un mito nacional bajo la dirección de Juan de Orduña, que ya en *Locura de amor* y *Agustina de Aragón* había dirigido a Aurora Bautista, metida en otros papeles más castos, rancios y menos glamurosos que los de la despampanante Sara de la época.

Quizá por eso, aquel mismo 1957, el cardenal Pía y Deniel prohibió a los clérigos «fumar en público, asistir a cines, teatros, fútbol y, mucho menos, a espectáculos consistentes en exhibiciones de bailes modernos».

La maniquea moral española sólo veía las cosas en blanco o en negro y hasta en el humo hacía divisiones. Porque no todos los humos eran malos; el de los incensarios utilizados en las iglesias durante los actos solemnes era un humo santo, anticipo del Paraíso. En cambio, el de tabaco muy cerca andaba de lo pecaminoso. De modo que no sólo los eclesiásticos tenían prohibido fumar en público, sino también los soldados «fuera de los cuerpos de guardia», como decían las Ordenanzas de Carlos III, ya en el siglo XVIII.

## LA COLILLA, ANTECEDENTE DEL RECICLADO

Fumar estaba muy arraigado en España y en torno al tabaco existía un completo glosario de frases hechas: fumarse un puro significaba despreocuparse de un asunto; de quien tenía mal genio se decía que fumaba en pipa; si era presumido, que tenía muchos humos y si estaba irritado, que echaba humo. El tabaco se consideraba atribución de los hombres hechos y derechos, hasta el extremo de que, en algunas regiones, cuando un mozo era llamado al servicio militar, la familia celebraba una fiesta de despedida, llamada «el quinteo», donde el futuro recluta se fumaba solemnemente el

primer cigarrillo ante su propio padre, en prueba de madurez varonil.

Entre las mujeres, no sólo fumaban las de mala vida, sino también las de vida buenísima. En la Cuba colonial, ya habían quemado puritos largos y delgados llamados *señoritas*; en la España franquista fumaron cigarrillos rubios norteamericanos Chesterfield y Philip Morris de contrabando y, en ocasiones, Player's Navy Cut o Camel, estos últimos con un camello, una palmera y las pirámides dibujados, para evocar los exclusivos cigarrillos egipcios, ovalados y vendidos en cajitas metálicas que incendiaba la gente chic a comienzos del siglo XX.

A muchos hombres españoles les gustaban los puros, que, cuando eran caros, pregonaban a los cuatro vientos la potencia económica del fumador. Cualquier comida que se preciara debía terminar con «café, copa y puro». Este último, únicamente para los caballeros, que bebían *brandy*, mientras que las señoras tomaban anís. Como en todo hay clases, la elegante familia de los puros tenía también un miembro descarriado y pobre, los «farias», denominación vulgarizada de la marca de Heraclio Farias, primera fábrica mecanizada que acabó prestando su nombre a canutos pestilentes, no fabricados por ella.

Los fumadores con pocos recursos que no se resignaban a la abstinencia ni deseaban fumarse las hojas de los árboles acudían al mercado de las colillas. Poca gente dejaba las puntas de cigarrillo en los ceniceros y era costumbre tirarlas directamente al suelo, de donde las recogían los colilleros, una profesión que se desarrolló y prosperó después de la guerra.

Estos industriales de la miseria, tras su cosecha diaria en aceras, estaciones y bares, separaban la ceniza del poquito tabaco no fumado, mezclaban el resultado de todas las colillas y liaban la pestífera mezcla en nuevos cigarrillos que se vendían en los bares uno a uno. El resultado no podía ser más insano y repulsivo para cualquier sensibilidad elemental, pero la necesidad apretaba y los vendedores y propietarios de bares aseguraban que sólo vendían tabaco «depurado». Aunque nunca vio nadie ni tuvo noticias de una depuradora de colillas.

Este beneficio miserable era también ilegal. Porque sólo podían vender tabaco los estancos, que, en el universo del monopolio, despachaban también cerillas, sellos y papel timbrado. Este tipo de administraciones era un negocio reservado a los ex combatientes, sus viudas y similares, exclusivos expendedores de los papeles y de los humos del Estado.

## EL MILAGRO DEL PAN

No sólo escaseaba el tabaco. Escaseaba casi todo, especialmente el pan. España no producía bastante trigo, las importaciones de alimentos resultaban difíciles y «comerse un pollo» era una expresión del Edén alimentario.

Para paliar la escasez, los cereales fueron intervenidos por el Estado y los campesinos fueron obligados a entregar su cosecha al Servicio Nacional del Trigo, mientras que los alimentos almacenados o transportados entre provincias necesitaban un permiso escrito, llamado «Guía». Una orden del Ministerio de Industria y Comercio del 14 mayo de 1939 ordenó la intervención de todas las cosechas, que, en adelante, distribuiría la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes. Los funcionarios encargados de fiscalizar el suministro eran conocidos popularmente como «los de abastos» y la Fiscalía de Tasas enviaba inspectores a los pueblos para comprobar que se entregaba todo el grano. Y, como la necesidad aguza el ingenio, los campesinos escondían los sacos de trigo en los tejados, conducían los cerdos al monte y hasta construían paredes dobles para ocultar sus nutritivos tesoros.

Se establecieron entonces las Cartillas de Racionamiento, que iban a durar hasta 1952. Inicialmente fueron familiares y consistieron en talonarios con hojas de cupones recortables, dedicadas sucesivamente al pan y a cada tipo de alimentos. El titular de la cartilla debía pagar los géneros al contado y el tendero le recortaba el cupón correspondiente. Predominaban las legumbres, tubérculos, bacalao y, ocasionalmente, pastas para sopa, carne de membrillo, chocolate y jabón, entregados con tal irregularidad que una semana podía entregarse bacalao, lentejas y jabón; otra, azúcar, un huevo y boniatos; otra, pasta para sopa, azúcar y garbanzos. La necesidad hizo el resto, y se multiplicaron los cocidos con huesos y verduras, las tortillas sin huevos y las patatas viudas con pocas patatas.

Todos los estómagos son iguales, aunque unos son más iguales que otros, y hubo cartillas de primera, segunda y tercera categoría, en función del nivel social, el estado de salud y el tipo de trabajo del cabeza de familia. De cara a la alimentación, la población fue clasificada en cuatro categorías: hombre adulto, mujer adulta, niño y niña hasta catorce años, hombre y mujer de más de sesenta años. El 30 de enero de 1941, el Ministerio de Trabajo ordenó organizar economatos en ciertas empresas y el 30 julio se estableció un suministro especial para mineros. Los economatos organizados por las delegaciones de los ministerios y las grandes empresas recibían más suministros que los comercios, lo que hacía que algunos empleados lo revendieran o lo facilitaran a sus parientes.

El hambre superó muy pronto los esfuerzos de la burocracia distributiva y el racionamiento provocó falsas migraciones y altas duplicadas en los pueblos donde era posible conseguir comida gracias a la parte de la cosecha que se sisaba a la Administración o la existencia de huertas, frutales o animales, aunque fueran gallinas o conejos. Para acabar con ello, el 6 de abril de 1943 las

autoridades cortaron por lo sano y establecieron la Cartilla Individual de Racionamiento en sustitución de la Familiar. Con el resultado de que los 28.045.045 inscritos que figuraban en las cartillas familiares en mayo de 1943, en junio se habían reducido a 27.071.978. El cambio administrativo había descubierto un fraude de un millón de personas.

La famosa cartilla iba a tener otras utilidades. Gran parte de la población no tenía otro calzado que alpargatas con suela de esparto, muy frágiles y sólo adecuadas para el verano. Ante el frío, la lluvia y la nieve, llevar alpargatas era como caminar descalzo y comenzó a venderse una variedad que tenía la suela de goma. La necesidad hizo que numerosos zapateros montaran sandalias y otras clases de calzado primitivo utilizando trozos de neumático, hasta que, en 1948, el Gobierno ordenó fabricar un millón de pares de zapatos, llamados «Calzado Nacional», en varios modelos, a precios asequibles, pero no de venta libre. Debían adquirirse con la Cartilla de Racionamiento y llevárselos puestos para evitar especulaciones.

Fuera del círculo del racionamiento, la gente se las ingeniaba. Así se extendió en los barrios obreros de Madrid y Barcelona el consumo de almortas, una leguminosa parecida a los garbanzos que localmente recibe hasta dieciséis nombres distintos y cuya harina constituye la base de las gachas manchegas. Consumida sistemáticamente provoca una grave enfermedad llamada latirismo, que paraliza los músculos y causa la muerte. Su consumo regular provocó una verdadera epidemia de latirismo, cuya existencia ocultaron las autoridades.

Quien tuviera dinero podía comprar de todo en el mercado negro, que fue origen de considerables fortunas. El estraperlo contaba con almacenes secretos, que todos conocían, representantes que visitaban a los detallistas y sólidos canales de distribución para introducir sus productos en las grandes ciudades.

Así, a menudo era imposible utilizar los lavabos de los trenes, no a causa de la suciedad, que era mucha, sino por la imposibilidad de abrir la puerta. La reducida habitación estaba atestada de bultos introducidos por la ventanilla. Allí podían encontrarse pellejos de aceite y sacos de azúcar, harina, arroz o legumbres. También se utilizaban los restantes espacios de los vagones de tercera clase, y se colocaba género incluso bajo las piernas de los pasajeros. Cuando el convoy comenzaba a aproximarse a la estación de destino, se iniciaba la frenética actividad de descargar el estraperlo y los sacos comenzaban a salir por las ventanas para caer junto a la vía, donde esperaba parte de la organización. La policía parecía no darse cuenta del trasiego, porque también necesitaba comer.

La venta al detalle corría a cargo de los mismos tenderos y panaderos que vendían el suministro oficial, de modo que sus conversaciones con los clientes estaban llenas de frases convenidas y misteriosas, como si fueran asuntos del

espionaje. Existían también numerosos vendedores callejeros, a menudo mujeres, que escondían las barras de pan o las bolsas de legumbres en bolsillos ocultos bajo la falda e, incluso, simulaban embarazos para camuflar el estraperlo sobre la barriga.

Cualquier recurso servía para traficar con alimentos, porque, fraudulentamente, en los pueblos se vendía la harina o el aceite escamoteados a la entrega oficial, que se enviaban a las ciudades con toda clase de trucos.

Los efectos de la escasez resultaron prodigiosos para el pan, que dejó de fabricarse con harina de trigo exclusivamente. Se le añadía harina de cebada, avena o habas, en los mejores casos, y de serrín de madera o similares, en los peores, lo cual prestó a las barras sospechosas tonalidades oscilantes entre el marroncillo claro y el ocre. El pan estaba racionado, también se compraba con las correspondientes hojas de la cartilla y sus nuevas fórmulas fueron tan sistemáticas que desapareció el pan blanco. Sólo pervivió entre la gente rica, que lo compraba de matute, los campesinos que escamoteaban harina y los enfermos de algunos hospitales. Sin embargo, la gente corriente nunca olvidó el pan blanco de antes de la guerra e hizo fortuna la frase político-alimenticia: «Menos Franco y más pan blanco».

## LA BUROCRACIA Y LA LÍNEA RECTA

Antes de la guerra existían dos grandes sindicatos obreros: la Unión General de Trabajadores, socialista, y la Confederación Nacional de Trabajadores, anarcosindicalista. La derrota del bando republicano había acabado con ambos, así que, en 1940, los vencedores organizaron un sindicato jerárquico y unitario al modo de los alemanes e italianos. Para ello desarrollaron el minúsculo sindicato creado por los falangistas antes de la guerra, llamado Confederación Obrera Nacional Sindicalista (CONS), que había fundado el cenetista reconvertido Germán Álvarez de Sotomayor.

Su nombre estaba inspirado en la anarcosindicalista CNT, porque los falangistas pensaban que el sindicalismo libertario podría servirles de ariete contra el marxismo, y hasta adoptaron los colores rojo y negro de su bandera, sin conocer sus verdaderos orígenes.

La bandera roja era utilizada por los antiguos soldados franceses cuando actuaban como fuerzas de orden público. El 17 de julio de 1791, dispararon contra una multitud revolucionaria y ocasionaron la llamada «matanza del Campo de Marte». En conmemoración de la masacre, la bandera roja fue adoptada como símbolo de la revolución. En cambio, la bandera negra simbolizaba la libertad absoluta, porque carecía de colores, al no pertenecer a

ningún rey. Motivo por el que se hizo apreciar por los piratas.

Por eso, las banderas rojinegras de los anarquistas expresaban simultáneamente la revolución y la libertad. Los falangistas las copiaron demagógicamente, colocando los colores en franjas verticales para expresar que su movimiento no era clasista y encuadraba a toda la sociedad de arriba abajo, desde los patronos hasta los peones, en una convivencia más propia de un cuento de hadas que de la vida real.

Durante la guerra, el Partido aceptó a cuantos acudieron en busca de un carné que les ofreciera protección y enchufe. Parece que, entre tales advenedizos, prófugos de sus ideas, no faltaban los antiguos afiliados de la CNT y la FAI, esta última la organización anarquista más radical. Oportunidad que no desaprovecharon las derechas antifalangistas para desprestigiar al Partido llamándolo «FAILANGE».

En diciembre de 1940, una ley creó la Confederación Nacional de Sindicatos (CNS), regida por un delegado nacional que nombraba directamente Franco y una constelación de subordinados designados a dedo. Después de la guerra, el delegado nacional de sindicatos fue Gerardo Salvador Merino, un falangista de orientación nazi que viajó incluso a Berlín para promover oscuras conspiraciones. Poco después de regresar, se casó, se fue de viaje de bodas y, mientras estaba fuera, los franquistas lo acusaron falsamente de masón, y lo procesaron. Una vez destituido, expulsado del Partido y condenado, pasó a dirigir una de las empresas más importantes de Cataluña, Motor Ibérica, durante la década de los setenta.

Al frente de la CNS lo sustituyó Fermín Sanz Orrio, que ocupó el cargo desde 1941 y se dedicó a domesticar la organización sindical, que afiliaba obligatoriamente a todos los grados de la escala laboral, ya fueran empresarios, técnicos u obreros.

Esta Confederación Nacional de Sindicatos quedó tan desprestigiada que se ganó una contundente interpretación de sus siglas: para la gente común, CNS no significaba «Confederación Nacional de Sindicatos», sino «Comemos Nosotros Solos».

La mala fama de los sindicatos falangistas era compartida por los ayuntamientos, tradicionales veneros del mangoneo y la corrupción administrativa. Ya en 1915, Alejandro Pérez Lugín, un escritor gallego de derechas, publicó *La casa de la Troya*, una divertida comedia de costumbres en la que los estudiantes aludían al «*Untamiento*» de la ciudad. Y parece que la corrupción municipal no sólo se dio en los tiempos de Pérez Lugín, sino que continuó por los siglos de los siglos, como si asumiera la capacidad infinita de la línea recta: por mucho que se prolongue, nunca termina.

Los ayuntamientos administraban las cartillas de racionamiento y, frecuentemente, su personal retenía las de ciudadanos fallecidos, que no fueron dados de baja a fin de que siguieran devengando alimentos en beneficio

de los estómagos municipales. Gracias a ello, algunos ciudadanos ya enterrados tardaron varios años en morir oficialmente. Era la vía española a la inmortalidad.

## Querido Carpanta

La escasez, consolidada en 1941, posibilitó el desarrollo de la nueva clase mercantil de los estraperlistas. Contra ellos se establecieron durísimas leyes y tribunales especiales que podían condenarlos a muerte o enviarlos a batallones de trabajos forzados, medidas que acabaron siendo papel mojado, porque los estraperlistas prosperaron y establecieron compañías comerciales, con sus almacenes, oficinas y representantes. «Estraperlista» pasó a ser sinónimo de un tipo de nuevo rico que no ocultaba su dinero, sino que hacía continua ostentación.

El mercado negro estaba castigado con graves penas, pero apenas se detenía a nadie por ello. Los alimentos circulaban secretamente por toda España bajo mil subterfugios, a pesar de la vigilancia de la policía secreta, que vestía siempre traje con corbata y sombrero y una chapa tras la solapa izquierda de la chaqueta que utilizaban para identificarse.

> Todos los domingos llegaba un hombre a la puerta del fútbol, volvía ante el portero la solapa izquierda de su chaqueta y, como lo creían policía, entraba sin pagar.
>
> Hasta que, un día, el portero se fijó bien y vio que bajo aquella solapa no había una chapa de policía sino una galleta María.
>
> —¡Oiga! ¡Ha estado engañándome haciéndose pasar por policía!
>
> —No, señor, yo no he engañado a nadie. Vengo al estadio y le enseño a usted que tengo una galleta María. Si me deja pasar, me la como dentro y, si no me deja, me la como fuera.

*El eternamente hambriento Carpanta.*

El personaje humorístico más representativo de la época fue Carpanta, nombre que en el diccionario ha acabado siendo sinónimo de «hambre violenta», y que se convirtió en uno de los últimos picaros de nuestro imaginario. Apareció en 1947, dibujado por Escobar para *Pulgarcito*, publicación infantil que, como tantas otras, editaba la editorial Bruguera de Barcelona. El pobre Carpanta era consuelo de tontos entre el mal de muchos y pasó todas sus historietas suspirando por un jamón o, por lo menos, por un pollo asado, que nunca logró comerse.

## PENURIAS IMPERIALES

Durante los primeros años del franquismo los españoles vivían peor que antes de la guerra, porque los precios habían subido mucho y los salarios habían bajado. No sólo las hojas secas sustituían al tabaco, sino que múltiples artículos habían desaparecido del mercado y se consumían todo tipo de productos indigestos que ocupaban el lugar de los auténticos.

Ni siquiera era pura la leche, que entonces se vendía a granel. Lo comentaban dos extraterrestres en un programa radiofónico:

—Los terrícolas son gente muy rara. Tienen prisioneros a unos grandes animales pestilentes, con cuatro patas, rabo y cuernos. Todos los días los manosean hasta que sacan un líquido blanco que recogen en un cubo. Después lo mezclan con agua y se lo beben.

Cuando la leche estaba mezclada con agua —que era siempre—, el público la llamaba «bautizada». La práctica se extendió tanto que las lecherías vendían leche de distintos precios, según la cantidad de aguas bautismales que hubiera recibido.

—¿Tienen leche de peseta?

—No, señora, sólo la tenemos de una cincuenta, pero si quiere de peseta vuelva dentro de un rato, que la habremos hecho.

Y, como la leche pura, el café desapareció del horizonte, sustituido por toda clase de torrefactos, especialmente raíces de achicoria y de malta o cebada tostada.

Un caballero pidió un café en una taberna de Sevilla.

—*Ce* va a *tostá* —oyó decir al camarero, pero pasó un cuarto de hora sin que le sirvieran y el hombre se impacientó.

—Oiga, le he pedido un café hace mucho tiempo.

—Y yo le he dicho que *ce* va a *tostá* —replicó el otro, sin alterarse.

Siguió pasando tiempo, hasta que el parroquiano, ya harto de esperar, preguntó:

—Pero ¿cuánto tardan en tostar el café?

Y el otro, casi deletreando, le aclaró:

—Le he dicho que café no hay. Sólo tenemos ceba *tostá*.

La cosa tuvo que ver con la segunda guerra mundial. En el Norte de África combatían los italianos y alemanes contra los ingleses, que, por entonces, poseían la isla de Malta. Las tropas alemanas e italianas que combatían en los desiertos de Libia y de Egipto necesitaban recibir armas, vehículos, municiones, gasolina, comida y todo tipo de pertrechos. Los ingleses dominaban el mar y además podían acudir desde la India, a través del mar Rojo. En cambio, los italoalemanes tenían que llevar suministros desde los puertos italianos a los norteafricanos a través del mediterráneo.

Desde su base de Malta, los aviones británicos hundían a los barcos

italianos, privando a sus enemigos de los vitales convoyes. Los ingleses se defendieron con bravura de los ataques alemanes, pese a que éstos arreciaron a partir de 1942.

En la desabastecida España, esta batalla por la isla acabó sonando a chiste.

—Me han dicho que Churchill ha mandado a Hitler un barco cargado de café.
—¿Con qué intención?
—Para que no se vea obligado a tomar Malta.

La escasez no sólo afectaba a los alimentos sino también a las medicinas y a todo tipo de productos industriales. Una de las grandes ilusiones femeninas eran las medias de *nylon*, llamadas «medias de cristal», que llegaban de contrabando desde Estados Unidos. Se vendían por unas trescientas pesetas y la gente decía que hacían las piernas ricas a quienes tenían rica la bolsa. Los contrabandistas no sólo importaban medias, sino también tabaco, penicilina, café y piezas de recambio para talleres y fábricas, porque faltaban herramientas y suministros industriales.

Iba un pequeño industrial por una calle oscura cuando notó cómo le clavaban el cañón de una pistola en los riñones.
—¡Deme la cartera o le pego un tiro!
—Se ha equivocado usted, amigo. Mi cartera está vacía. La vida está muy mala y ni siquiera puedo comprar herramientas para mi taller.
—¡Cuéntemelo a mí, que le estoy encañonando con un grifo!

En 1947, el Gobierno norteamericano puso en marcha el European Recovery Program, conocido como «Plan Marshall», a fin de reconstruir los países europeos devastados por la segunda guerra mundial. España fue excluida de la ayuda, situación que sirvió de argumento, en 1953, para *¡Bienvenido, Mister Marshall!*

La situación económica era crítica, pero el Caudillo insistía en sus discursos en que, gracias al Régimen, no habría «ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan». La gente murmuraba insatisfecha y cada vez se contaban más chistes políticos.

La Guardia Civil detuvo al hombre que inventaba los chistes. Franco quiso verlo y pidió que lo llevaran a su presencia.
—Así que es usted quien se inventa todos los chistes que circulan sobre mí.
—No, señor; todos, no —respondió el otro, humildemente—. El de «Ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan»…, ése no es mío.

Como la situación no se arreglaba, se reunió el Consejo de Ministros y dijo Joaquín Benjumea, el titular de Hacienda:
—El análisis económico hecho por mi departamento es catastrófico. No tenemos más solución que declarar la guerra a Estados Unidos.
—¿Estás loco? —preguntó el general Fidel Dávila, ministro del Ejército.

—No. La cosa es muy sencilla —respondió Benjumea—. Declaramos la guerra a los americanos, nos derrotan en dos o tres días y luego nos incluyen en el Plan Marshall.

Intervino entonces Franco, que había permanecido en silencio hasta ese momento:

—Existe un problema, Benjumea. ¿Qué haremos si, a causa de mis grandes capacidades militares, ganamos la guerra?

# 4
# HISTORIA DE UN GUANTE

## A VUELTAS CON LAS RELIGIONES

La afición de los españoles por el cine se emparejaba con la que había por el fútbol y superaba a la de los toros, llamados entonces «la fiesta nacional», aunque era un espectáculo caro al que no todos podían asistir, excepto en las fiestas de pueblo, donde se toreaba con mejor precio y hasta gratis en la plaza pública.

El fútbol se desenvolvía bastante mejor, aunque los campos de juego eran rudimentarios y durante muchos años, Portugal fue el único contrincante internacional posible. A pesar de todo, el juego llegó a convertirse en una religión laica y monoteísta en la que once jugadores se encarnaban en el equipo preferido y único dios verdadero.

En cambio, el cine era una religión politeísta, con dioses que cambiaban semanalmente. Un domingo tras otro, los espectadores adoraban a un *cowboy*, a un tahúr del Misisipi, a un marino, a un policía o a un gánster. Por si fuera poco, era barato y alejaba de la rijosa realidad diaria, por lo que, para muchas personas, las sesiones de los domingos por la tarde eran el hecho más importante de toda la semana.

Frente a esas religiones de la modernidad, estaba la Iglesia de siempre, que ya la Constitución de Cádiz de 1812 había calificado de única verdadera. Su artículo 12 decía: «La religión de la Nación española es y será perpetuamente la Católica, Apostólica y Romana, única verdadera. La Nación la protege por leyes sabias y justas, y prohíbe el ejercicio de cualquiera otra».

El Glorioso Movimiento Nacional al principio no llegó a tanto, para no dar carta blanca al Vaticano, que era un aliado seguro, aunque peligroso. No obstante, el 17 de julio de 1945 convirtió en ley el Fuero de los Españoles, cuyo artículo 6 decía: «La profesión y práctica de la Religión Católica, que es la del Estado español, gozará de la protección oficial. Nadie será molestado por sus creencias religiosas ni el ejercicio privado de su culto. No se permitirán

otras ceremonias ni manifestaciones externas que las de la Religión Católica».

La situación fue aceptada por el Vaticano en el Concordato del 27 de agosto de 1953, que estableció: «En el territorio nacional, seguirá en vigor lo establecido en el artículo 6 del Fuero de los Españoles».

Años después, la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento de 17 de mayo de 1958, además de establecer que tales principios eran permanentes e inalterables por su propia naturaleza, declaró: «La Nación española considera como timbre de honor el acatamiento a la Ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única verdadera y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirará su legislación».

## ESPAÑA EN DOMINGO

Para el pueblo católico, apostólico y romano, el domingo comenzaba con la misa mañanera. En ciertas ciudades se celebraba una sobre las cuatro o las cinco de la madrugada, destinada a los cazadores que deseaban ir a pegar tiros con la conciencia tranquila. Unas horas después, entre las siete y las ocho, se oficiaban misas para quienes iban a comulgar y estaban en ayunas desde la medianoche anterior. A las doce se decía la Misa Mayor, destinada a las fuerzas vivas que llegaban vestidas de punta en blanco y daban a las señoras de orden motivos de conversación para toda la semana.

El descreído rojerío no iba a misa y podía levantarse a deshoras haciendo buena la primera mitad del refrán: «Quien se levanta tarde ni oye misa ni come carne». La segunda parte era más discutible, porque carne se comía poca en España, y no por cuestión de horarios o de misas, sino de posibles. Los ricos la comían aunque se levantaran los últimos y los pobres consumían poca incluso madrugando, pues sólo asimilaban proteínas procedentes de los conejos y gallinas criados en casa o, los más afortunados, del cerdo.

Mientras la mañana estaba ocupada en la misa y un paseo por la calle principal, casi siempre llamada del Generalísimo, la tarde era para los toros, el fútbol o el cine. Este último resultaba muy complicado para quienes se preocupaban por la salvación del alma y debían atenerse a los criterios morales establecidos por la Iglesia.

En la puerta de todos los templos se fijaba un cartel con los nombres de las películas que se proyectarían aquel fin de semana, acompañados de su calificación moral. En principio, en función de su potencia pecaminosa, existieron cuatro clases de películas: «blancas», aptas para todos los públicos; «azules», para jóvenes y adultos; «rosas», sólo para adultos, y «granas», «gravemente peligrosas» para todos. Los productores cinematográficos debían

de ser tipos pecaminosos, porque casi no había películas «blancas», las «azules» eran escasas, y muy abundantes las «rosas» y las «granas». De modo que los cinéfilos, por el mero hecho de serlo, estaban en un tris de acabar en el fuego eterno. Más tarde, el sistema de calificación sustituyó los colores por los números: 1,2, 3 y 4, desdoblando el antiguo «rosa», en 3 y 3R, respectivamente «apto para mayores» y «mayores con reparos».

## EL NEGRO GUANTE DE RITA

En la época en que aún regía la calificación por colores, se proyectó *Gilda*, filme de Hollywood que marcó una época. Había llegado a España con mucho retraso, porque databa de 1946, cuando lo dirigió Charles Vidor, con Glenn Ford y Rita Hayworth como protagonistas. Ella era una *sex symbol* famosa desde 1941, cuando compartió pantalla con Tyrone Power y Linda Darnell en *Sangre y arena*, filme basado en una novela de Vicente Blasco Ibáñez que ha sido llevada al cine tres veces.

Aunque *Gilda* era una película de género negro, el escándalo llegó por otro lado. En una secuencia memorable, una guapísima Rita Hayworth con un vestido hasta los pies se quitaba lentamente un larguísimo guante negro y dejaba desnudo nada menos que todo su brazo derecho, en un breve y sugerente *striptease*. El primero que se viera en una España ignorante de qué diablos significaba esa palabreja extranjera, pero que valoraba que las señoras tuvieran la epidermis en buen estado.

Sin otra cosa a la vista, los brazos femeninos eran considerados pecaminosos. Quizá, como decía un ocurrente, porque el codo daba mucho de sí con sólo cambiarle la letra D. De hecho, la moral al uso imponía que las mujeres ocultaran sus brazos para entrar en las iglesias, a las que debían acceder con manga larga o tapadas con unos manguitos que las elegantes llevaban a juego con el vestido.

El antebrazo acabó convertido en cuestión de Estado porque las chicas de la Sección Femenina de Falange pretendían entrar en la iglesia con la camisa azul remangada, según era costumbre del Partido. Motivo por el que recibieron recriminaciones eclesiásticas y la consiguiente prohibición de mostrar en los templos que también ellas tenían los brazos de carne y hueso.

El escándalo de *Gilda* no se redujo al indecente acto de quitarse un guante. Pocas escenas después, la señorita Hayworth le pega un bofetón a Glenn Ford, que éste replica con un tortazo memorable. Quitarse un guante de aquella forma y luego liarse a mamporros con un caballero resultó intolerable para las buenas conciencias españolas. Eclesiásticamente, la película se ganó la peor

calificación posible: «grana».

La cual aún pareció liviana a un señor párroco, que no había visto la película, y que corrigió la coloración oficial de «grana» por la de «negra», color que, según él, expresaba con más justicia las satánicas artes de Rita Hayworth.

Entre tantas escandalizadas reacciones, un lunes por la mañana, la inocente monjita de un colegio preguntó a sus alumnas:

—¿Quién fue ayer a ver la película *Gilda*?

Sólo una de las niñas levantó la mano, mientras aclaraba los hechos.

—Yo fui porque mis padres me llevaron. Pero no vi nada, hermana, porque cerré los ojos.

A pesar de todo, el patriotismo es el patriotismo y alguien descubrió que Rita Hayworth se llamaba realmente Margarita Carmen Cansino Hayworth y era hija de Eduardo Cansino, nacido en el pueblo sevillano de Castilleja de la Cuesta, y de la irlandesa Volga Hayworth. Sólo el escándalo ya desatado evitó que los círculos oficiales la considerasen una gloria nacional. Por su parte, el pueblo contaba un chiste:

—Dicen que Rita Hayworth tiene asegurada la pierna derecha en un millón de dólares y la izquierda en otro tanto.

—O sea que entre las dos piernas tiene un tesoro.

## GRACIOSOS DE CELULOIDE

El cine era una notable fábrica de humor. En los primeros años después de la guerra se proyectaban viejas cintas y bastantes cortos mudos de Charles Chaplin, *Charlot*, que encantaba al público con su peculiar caminar y su emotividad melancólica. Su película políticamente más importante fue *El gran dictador*, rodada en 1940 con Paulette Goddard, su tercera mujer. En ella, Chaplin ridiculizaba los fascismos, encamando a dos personajes que se parecían físicamente: el dictador Astolfo Hynkel, trasunto de Adolf Hitler, y un barbero judío. En el reparto, el actor Jack Oakie encarnaba a un tal Benzino Napaloni, parodia de Benito Mussolini. La película fue prohibida en España, donde no se proyectó hasta 1976, treinta y seis años después de su estreno.

Acompañó a Chaplin en el éxito la pareja formada por Stan Laurel y Oliver Hardy, conocidos en España como *El gordo y el flaco*, que aprovechaban las posibilidades del cine sonoro. Habían comenzado rodando películas mudas y lograron constituir dos personajes complementarios perfectamente

sincronizados que hacían reír utilizando la violencia física, un recurso habitual en los dibujos animados. Sus películas partían de ideas muy sencillas que ellos desarrollaban en sucesivas situaciones cómicas. Parecían dos caballeros bien vestidos y con un distinguido bombín inglés, tontos, ridículos, optimistas e ingenuos que hacían feliz al público burlándose de personajes poderosos como los ricos o los policías. Aunque no hablaban español, doblaban directamente sus películas, ayudados por especialistas, con un acento inglés que los hacía doblemente graciosos.

—Oli, ¿las olivas negras tienen patas?
—No.
—Entonces me he comido una cucaracha.

El cine excitaba la imaginación y, hasta sin ser humorístico, propiciaba el humor. En la época de oro de las películas del *Far West*, proliferaron los chistes de indios, vaqueros, pistoleros y soldados.

Estaban los soldados del Séptimo de Caballería en el fuerte cuando gritó el centinela:
—Mi capitán, ¡qué vienen los indios!
—¿Son amigos o enemigos?
—Deben de ser amigos, porque vienen todos juntos.

—Mi capitán, ¡qué vienen muchos indios!
—¿Cuántos son?
—Unos mil dos.
—¿Cómo que unos mil dos?
—Sí. Vienen dos delante y unos mil detrás.

Un pistolero le preguntaba a un tipo cualquiera:
—¿Cómo te llamas, forastero?
—John Taylor.
¡Pum, pum!
—Te llamabas…

Una intensa bocanada de oxígeno llegó de la mano de Miguel Gila, que empezó hacia 1943 como humorista gráfico en la revista *La Exedra*, editada en Salamanca por un grupo de universitarios, y pasó después a *La Codorniz* y *Hermano Lobo*. En 1951 se arrancó como espontáneo en el teatro Fontalba, de Madrid, donde improvisó un monólogo sobre su experiencia en la guerra. Esta actuación lo hizo famoso:

Advierte el capitán pirata a su tripulación:
—Y si antes del sábado no me presentan ustedes un certificado de mala conducta, no tendré más remedio que despedirlos.

El jefe de los cirujanos riñe a sus ayudantes:

—¡No tenéis cuidado! ¡Habéis operado a un chico que venía a entregar un telegrama!

Dice un fotógrafo:

—Esta máquina saca muy favorecido: el otro día retraté a un pobre y salió la fotografía de un ingeniero agrónomo.

Según aseguraba Gila, su origen fue algo peculiar, porque, cuando nació, su madre no estaba en casa, así que cuando regresó la saludó con un: «Hola, mamá, he nacido».

Gila logró sus mayores éxitos con diálogos militares y simulaciones guerreras:

—Oiga, ¿está la guerra?

—…

—Pues que se ponga.

—Oiga, ¿es el enemigo? ¿Cuántos van a venir?

—…

—¡Huy, cuántos! No vamos a tener balas para todos. Hagamos una cosa: nosotros se las tiramos y ustedes se las reparten.

Menos éxito lograron las películas de Fernandel, aunque era uno de los cómicos más conocidos de Francia, y tampoco arrasaron las del argentino Luis Sandrini, muy popular y respetado en su tierra. En cambio, el público se desternillaba con los Hermanos Marx.

Todavía desconocemos por qué razón la censura no les cambió el apellido. Había intervenido en casos más inocentes, como el de *Tim Tyler's Luck*, un cómic norteamericano de aventuras cuyos protagonistas eran los muchachos Tyler y Spud. La edición española los rebautizó como Jorge y Fernando, y los personajes secundarios también recibieron una recalificación patriótica. Los buenos obtuvieron apellidos españoles como Martínez, Rodríguez o Fernández, mientras que, los claramente perversos conservaron sus patronímicos anglosajones, como Smith, Taylor o Adams.

Curiosamente, los hermanos Marx conservaron el apellido. Siguieron siendo Marx, aunque estaba prohibido todo cuanto tuviera que ver con el marxismo. Inicialmente fueron cuatro: Groucho, de potente bigote y caminar extravagante; Harpo, que simulaba ser mudo y tocaba una bocina; Chico, que hablaba con acento italiano, y Zeppo, que parecía el más guapo y presentable. Zeppo desapareció más adelante, y los hermanos quedaron en tres, pese a que eran las frases de Groucho las que tenían más enjundia (para muestra, su famoso «No quiero pertenecer a un club donde admiten a gente como yo»).

Pese a todo, el cómico de mayor éxito de la época fue el mexicano Cantinflas, cuyo humor radicaba en sus gestos y aspecto desastrado, unidos a

complicadas explicaciones en una jerga disparatada con la que embrollaba a su oponente en una conversación imposible de entender. El público estaba encantado y las risas desatadas por un chiste impedían escuchar el siguiente.

—¿Cómo le gustan a usted los toros?
—A mí me gustan en adobo.

Un anciano manifestaba a Cantinflas su voluntad de casarse con la joven y guapa Lupita, y el cómico preguntaba:

—¿Y cuántos hijos van a tener?
—Veinte, con ayuda del Espíritu Santo.
—Con ayuda tendrá que ser.

También tuvieron una buena carga humorística actores y escritores como Fernando Fernán Gómez, Tono, Edgar Neville y, sobre todo, Enrique Jardiel Poncela, cuyo teatro intelectual, inverosímil, lleno de situaciones grotescas y ridículas despertó muchas críticas. A pesar de ser favorable al franquismo, tuvo bastantes problemas con la censura. En los años cuarenta estrenó su mejor obra, *Eloísa está debajo de un almendro*, tras la que continuó escribiendo incansablemente. No obstante, tropezó con problemas que no pudo superar, y murió en 1952, pobre y abandonado por muchos de sus amigos, cuando sólo contaba cincuenta años. En su nicho se escribió una frase suya: «Si queréis los mayores elogios, morios».

Ya antes de la guerra, el cine y el teatro españoles habían abusado de un humor folclórico y pretendidamente popular en los sainetes de Carlos Arniches, el teatro costumbrista andaluz de los hermanos Álvarez Quintero, las astracanadas de Pedro Muñoz Seca y una serie de películas plagadas de tópicos que gustaban situar a un gracioso junto a la cantante folclórica en un ambiente falsamente andaluz. Aunque también las había situadas en otras regiones. Sirva como ejemplo la película *Nobleza baturra*, de 1935, en la que un campesino aragonés cabalga en su burro por la vía del tren cuando llega un convoy y comienza a pitarle. El otro, sin inmutarse, continúa caminando con su burro entre los raíles y le dice al tren: «Chifla, chifla, ¡qué como no te apartes tú!».

Este humor estereotipado permaneció hasta que la sonrisa colectiva recibió la corriente renovadora de Miguel Mihura, fundador y primer director de *La Codorniz*, dedicado también al teatro, el cine y el dibujo humorístico para *Gutiérrez, Buen Humor* y *Muchas Gracias*. Trabajó como periodista y tardó mucho tiempo en ser reconocida su obra escénica, inspirada en Jardiel Poncela. Adelantó aspectos del futuro teatro del absurdo, utilizando enredos situacionales y lingüísticos, tanto en la comedia social como en el costumbrismo, el género policíaco y el enredo.

La risa iba también por edades, clases sociales y hasta ideologías. Se editaban publicaciones infantiles como el *TBO* y *Pulgarcito* bajo el impulso de la editorial Bruguera, mientras que los payasos y cómicos de circo cultivaban su disparatado histrionismo clásico y los teatros religiosos se anclaban en las obras de Pedro Muñoz Seca y los sainetes de Carlos Arniches.

*Cabecera de* Pulgarcito *a finales de los años cincuenta.*

Un humor cinematográfico inesperado llegó de Italia en la segunda mitad de los años cincuenta a través de una serie de películas costumbristas con argumentos tomados de la sociedad y personajes reales, interpretados por una nutrida nómina de desconocidos en España como Vittorio De Sica, Totó, Aldo Fabrizi Alberto Sordi, acompañados por una colección de señoras mortíferas para la pacata moral al uso: Monica Vitti, Gina Lollobrigida, Sofia Loren, Silvana Mangano o Claudia Cardinale.

En esta línea se movieron Luis García-Berlanga y Juan Antonio Bardem con *Esa pareja feliz* (1951) y *¡Bienvenido, Mister Marshall!* (1952), a las que siguieron obras de García-Berlangaen solitario, como *Calabuch* (1956) y *El verdugo* (1963). Poco a poco, el cine español abandonaba el humor folclórico seudoandaluz para confiar en personajes encarnados por Pepe Isbert, Manolo Morán o Tony Leblanc, que acabaron siendo tópicos.

El turismo es un gran invento *(1968), uno de los grandes éxitos de Paco Martínez Soria.*

Isbert procedía del teatro anterior a la guerra y comenzó a destacar en el cine de la década de los cuarenta interpretando personajes que hacían reír por lo esperpéntico, como el alcalde sordo de *¡Bienvenido, Mister Marshall!*, o por lo patético, en *El verdugo*. Aunque no formaban pareja, en muchas cintas coincidió con Manolo Morán, que interpretaba a un personaje castizo y contrapuesto a Isbert: voluminoso frente a la escasa corpulencia de Isbert, de hablares rotundos frente a su embarullado parlamento.

Más jóvenes que ellos, Tony Leblanc y José Luis Ozores se incorporaron a una nutrida lista de actores compuesta por José Luis López Vázquez, Alfredo Landa, Paco Martínez Soria, Andrés Pajares y Lina Morgan, entre otros, que,

en el teatro, la revista o el cine, se empeñaron en la sacrosanta tarea de que los españoles fueran más felices, por lo menos los domingos por la tarde.

## REÍR SOBRE RUEDAS

No sólo hacían reír el circo, el cine, la revista y el teatro. También la desgraciada realidad de los ferrocarriles impulsaba a la chirigota, frecuentemente combinando su funcionamiento con la obsesión sexual española.

Las chicas jóvenes recibían predicaciones tanto religiosas como civiles sobre su virginidad, principal tesoro de su existencia, con las que se trataba de convencerlas de que era preferible perder la vida que el himen. Convicción que constituyó el más eficaz anticonceptivo de la época, porque, tras largos años de interminable noviazgo, casi todas se casaban de blanco, sin que fuera un eufemismo. Lo cual se pagaba con grandes dosis de impulsos contenidos, que la pareja aliviaba con desahogos parciales y grandes esperanzas puestas en la lejana noche de bodas.

De modo que, combinando el sexo y el ferrocarril, la realidad podía ser surrealista.

> Iba una pareja de recién casados en viaje de novios para pasar su primera noche en Zaragoza. Viajaban en el tren correo, porque el expreso no paraba en su pueblo, y el muchacho se recomía de impaciencia, pues el convoy marchaba a la escasa velocidad habitual y paraba interminablemente en todas las estaciones. Hasta que en una de ellas vieron un hotelito muy próximo y le preguntó a la moza:
>
> —¿Prefieres que te deshonre aquí o esperamos a Zaragoza?

Un viaje en tren podía arruinar la más sólida paciencia, incluso sin ser recién casado. Los ferrocarriles españoles fueron privados hasta la guerra civil, que destrozó las locomotoras, vagones, vías y obras públicas. Para remediarlo, una ley en 1941 reunió todos los ferrocarriles, excepto los de vía estrecha, en una compañía estatal llamada RENFE, aunque no pudo evitar que el desbarajuste y la penuria continuaran durante muchos años, en medio de una suciedad, impuntualidad, lentitud e incomodidad que se hicieron proverbiales. Como decía una canción:

Los viajes de la RENFE
sólo tienen una pega:
que se sabe cuándo sales,
pero nunca cuándo llegas.

El desastre era mayor en los ferrocarriles de vía estrecha, que, faltos de recursos, vegetaban ante la paciencia de los pasajeros, resignados a eternizarse en convoyes que, a menudo, no superaban la velocidad de un caminante. Los usuarios de la vía estrecha entre Zaragoza y Las Cinco Villas contaban lo siguiente:

Iba el tren a su velocidad normal cuando se paró en mitad del campo y la máquina comenzó a silbar.

—¿Qué pasa? —preguntó un pasajero sacando la cabeza por la ventana.

—Hay una vaca tumbada en la vía y silbo para que se aparte —respondió el maquinista.

Poco después, reanudaron la marcha hasta que, al cabo de una hora, el tren volvió a pararse y a silbar.

—Y ahora qué, ¿hay otra vaca? —preguntó el pasajero.

—No, señor, es la misma.

El estado de los tranvías aún era más calamitoso que el de los trenes, como cantaba el personal:

En un carro de basura
me subí el otro día,
que por viejo y por cochino
me creí que era un tranvía.

Estos tranvías estaban llenos de letreros conminatorios: «Prohibidas la blasfemia y la palabra soez», «Prohibido fumar y escupir», «Prohibido hablar con el conductor».

Un muchacho quería establecer una relación con una joven:

—Pili, quisiera salir contigo.

—Pues habla con mi padre.

—No puedo, es conductor de tranvía y hablar con él está prohibido.

Tenía su gracia que, entre tantos carteles conminatorios de «Prohibido, prohibido, prohibido», figurase uno de desmañada y autoritaria publicidad primitiva: «Tome agua de Carabaña». Como si los viajeros tuvieran también la obligación de purgarse.

# 5
# LÁGRIMAS DE COCODRILO

## UN INVENTO TURBADOR

La radiodifusión fue uno de los grandes inventos desarrollados y popularizados durante la década de 1930. Ya tenía por entonces unos cuantos años de vida, porque su primer ensayo en España databa de 1923, cuando creó la primera emisora un grupo de fabricantes que producían radios a galena, rudimentarios artefactos que funcionaban sin pilas ni conexión a la red eléctrica, y primitivos receptores a lámparas, más aproximados a lo que hoy entendemos como una radio.

A pesar de la buena voluntad, el progreso fue muy lento en España y aquellas primeras emisiones de 1923 sólo sirvieron para que dos nuevas emisoras, Radio Madrid y Radio Libertad, reutilizaran el material con nuevas experiencias, que tampoco fueron coronadas por el éxito.

La verdadera historia de la radio en España empezó a las seis de la tarde del 14 de noviembre de 1925, en el Hotel Colón de la Ciudad Condal, cuando María Sabater presentó el primer programa de Radio Barcelona, fundada el 17 de julio anterior. Sus siglas, EAJ-1, significaban, en el código internacional, «España, telegrafía sin hilos, n. 1», es decir, la pionera del incipiente negocio, en el que pronto la acompañaron EAJ-2 Radio España de Madrid, EAJ-3 Radio Cádiz, EAJ-4 Estación Castilla, EAJ-5 Radio Club Sevillano y EAJ-6 Radio Ibérica.

Por aquel entonces, Nicolás María de Urgoiti era un empresario vasco de la industria del papel, fundador y principal accionista de los periódicos *La Voz* y *El Sol*, donde publicaba Ortega y Gasset. Su hijo, Ricardo de Urgoiti, aprovechó la legislación de Primo de Rivera para crear en 1924 la emisora EAJ-7 Unión Radio, contando con el apoyo de la compañía norteamericana AT&T y las alemanas Allgemeine Elektrizitáts-Gesellschaft (AEG) y Telefunken. La nueva emisora fue inaugurada el 17 de junio de 1925 y se extendió mediante compras y fusiones, de modo que, en 1930, había creado

una red de emisoras que integraba Radio Madrid, Radio Barcelona, Radio San Sebastián, Radio Sevilla, Radio Valencia y Radio Santiago, financiadas con algo de publicidad, las cuotas de la Unión de Radioyentes y la venta de la revista *Ondas*. Unión Radio creó el programa *La palabra*, uno de los primeros informativos españoles, iniciado el 7 de octubre de 1930, con tres ediciones diarias de veinte minutos. Aquel mismo año una iniciativa de la Asociación Nacional de Radiodifusión hizo aparecer la EAJ-15, Radio Asociación de Cataluña, que inició una dura competencia con Radio Barcelona.

## RADIOS PARA NO REÍR

La radiodifusión se extendía por el mundo y pronto fue aprovechada por los políticos para introducir sus consignas en los hogares. Especialmente en Alemania, donde Goebbels, el ministro nazi de Educación Popular y Propaganda, impulsó la fabricación de receptores baratos y fundó emisoras muy potentes, que combinaban la música y la voz para mantener la atención. Gracias a esta política, en 1934 en Alemania había ya unos cinco millones de receptores y quince millones de oyentes; en 1937, veinticinco millones de alemanes escuchaban la radio a través de 8.167.975 receptores.

La guerra civil desbarató el panorama radiofónico en España, porque las ondas también tomaron parte en el conflicto. Ya el 19 de julio de 1936 resultó crucial la radio en Barcelona y, durante todo el conflicto, fueron famosas las emisiones del general Queipo de Llano desde Sevilla, donde trataba sarcásticamente a sus adversarios políticos. Su tono lo adoptó también el citado «El miliciano Remigio *pa* la guerra es un prodigio», de Joaquín Pérez Madrigal desde Radio Nacional de España. Durante los tres años de guerra, todas las radios propagaron aquel humor vitriólico destinado a desprestigiar al adversario y excitar el fanático entusiasmo del bando propio.

Después de la guerra, Radio Nacional tuvo la exclusiva de los servicios informativos, que obligatoriamente reproducían todas las demás emisoras, públicas y privadas. Entre éstas destacó la antigua Unión Radio, que pasó a llamarse Sociedad Española de Radiodifusión, conocida popularmente como Cadena SER.

## YO SOY EL ZORRO

España había perdido el buen humor y la radio era su reflejo, porque todo se reducía a música, propaganda e información dirigida. No era posible importar programas humorísticos de las radios extranjeras, como se hacía con las películas. El humor radiofónico en español sólo podía proceder de Hispanoamérica, sobre todo de Argentina, un país, amante del teatro, que no había sufrido la segunda guerra mundial, gozaba de prosperidad económica y cuyo humor incidía en un público razonablemente feliz.

En el humor radiofónico argentino destacaba Marina Esther Travesó, de nombre artístico *Nittí Marshall*, cuyo principal recurso eran las imitaciones de tipos característicos, entre ellos la gallega Cándida Loureiro Raballada y la italiana Catita Pizzafruola Langanuzzo. Niní Marshall apareció por primera vez en Radio Splendid en 1937. Decía uno de sus diálogos con Juan Carlos Thorry:

> —Veo que su abolengo es tan rancio…
> —… que ya huele mal, porque mis antepasados vienen…
> —… del Arca de Noé.
> —No, mis antepasados tenían bote propio.
>
> —Cuando llegó la Revolución, mis antepasados franceses fueron guillotinados.
> —¡Ay, qué horrible!
> —¿Por qué?, si es un honor. La guillotina sólo rebanó cuellos aristocráticos. Y de esos marqueses guillotinados la única que quedó con la cabeza puesta era mi tátara-tátara, porque como estaba ida, en el momento del guillotinado tenía la cabeza en otra parte.

En 1940, el Gobierno argentino prohibió a Niní Marshall trabajar en la radio porque, decían, deformaba el lenguaje, motivo por el cual permaneció algún tiempo exiliada en México, antes de regresar a Argentina.

En esta escuela de humor argentino se formó Pepe Iglesias, *el Zorro*, que actuaba en la radio y el cine, y en 1944 recibió el premio al mejor actor por *Mi novia es un fantasma*, su mayor éxito cinematográfico. Llegó a España el 2 de mayo de 1952 para rodar la película *¡Ché, qué loco!*, con Pepe Isbert y Emma Penella.

Pronto fue contratado por la SER y revolucionó el humor radiofónico en una España que bien lo necesitaba. Imitaba a personajes como Don Tapadera y el Finado Fernández, con quienes convivía en el imaginario Hotel La Sola Cama (donde hay bronca toda la semana), y silbaba canciones con gran habilidad. Iniciaba sus programas con una frase que se hizo famosa: «Yo soy el Zorro, zorro, zorrito, para mayores y pequeñitos; yo soy el Zorro, señoras, señores, de mil amores voy a empezar». A continuación silbaba una de sus melodías características. Sus coletillas pronto fueron imitadas y pasaron al lenguaje cotidiano: «Seré *bereve*», «Está loca la pelota», «¡Ay, qué risibilidad me dan las cosas risibles!», «Del Finado Fernández nunca más se supo».

Regresó a Argentina durante un tiempo, pero más tarde volvió a España, donde permaneció un total de veinticinco años. Durante todo este tiempo creó treinta y tantos personajes que dieron un giro radical al humor de la radio. Su programa fue balsámico para la traumatizada sociedad de la posguerra, hizo reír sin indisponerse con nadie y supo orillar tanto las prohibiciones de Franco como las de Perón, y luego las de la revolución que derrocó a éste. «Se definió como "un comediante, un payaso" y estoy orgulloso de ser un payaso, porque la gente debe sentirse orgullosa de lo que es».

Y redactó un sencillo epitafio para su tumba: «Hizo reír al mundo».

## HISTORIAS DE LA RADIO

Una de las primeras muestras de humor radiofónico autóctono se debió a Josep Maria Tarrasa, que con su personaje Maginet de la Canya creó una especie de Jaimito catalán:

—¿Qué es sintaxis?
—El fenómeno que nos encontramos a la salida del fútbol.

Desde 1945, la revista infantil *TBO* publicaba historietas de la familia Ulises, de la clase media barcelonesa, con guiones de Joaquín Buigas y dibujos de Marino Benejam. Cinco años después, exactamente el 30 de marzo de 1955, la radio creó su propia familia de clase media, con guiones de Eduardo Vázquez, formada por Matilde, Perico y Periquín, un niño que siempre decía la verdad y ponía a sus padres en evidencia. Tuvo enorme éxito y se radió por las tardes durante dieciséis años, hasta que en 1971 falleció Pedro Pablo Ayuso, que encarnaba a Perico, y el programa dejó de emitirse.

En la década de 1940, los actores Luis Sánchez Polack y Joaquín Portillo se conocieron en los estudios de Radio Madrid, de la Cadena SER, y formaron una pareja cómica con el nombre de *Tip y Top*, cuyas intervenciones radiofónicas pronto hicieron popular un humor absurdo y surrealista. Sus conversaciones en un restaurante podían desconcertar a cualquiera:

—¿Qué tiene usted para comer?
—Los dientes.

—¿Tiene usted pan duro?
—Sí.
—Que se lo coma el dueño. A mí póngamelo fresco de pasado mañana.

—¿Tiene usted piernas de cordero?
—No, señor, mis piernas son de camarero.

—¿Tiene usted vino?
—Supongo que sí, aquí viene mucha gente.

En la película *Tarde de toros*, de 1956, simulaban dos aficionados que discutían violentamente las faenas desarrolladas en la plaza. Tip, que tenía una aparatosa dentadura, decía irritadamente a Top:

—¿Me lo va usted a decir a mí, que me han salido los dientes viniendo a la plaza?
—Pues vivirá usted muy lejos.

Destacó su intervención en el famoso programa *Cabalgata fin de semana*, que conducía Bobby Deglané, locutor chileno que había llegado a Radio Barcelona en 1934 para cubrir los encuentros de *catch*, boxeo, lucha libre y baloncesto. Ya era célebre en América, y su éxito fue enorme en España. Radio Madrid lo contrató a finales de 1935 para que transmitiera los combates de *catch* que se celebraban en el Circo Price. Mantuvo contactos con la Falange y, al estallar la guerra civil, se integró en el servicio de Prensa y Propaganda de los sublevados, que lo envió a los frentes de Andalucía para levantar la moral de la tropa a través de la radio. En 1939 se adelantó a las tropas franquistas que iban a tomar la capital y ocupó Unión Radio de Madrid.

Convertido en locutor conocido y protegido, popularizó los concursos radiofónicos y creó programas-espectáculo, como la citada *Cabalgata fin de semana* en 1951 y *Carrusel Deportivo* en 1954.

Participó en una película emblemática que fue un homenaje a la radio de su tiempo: *Historias de la radio*, de José Luis Sáenz de Heredia, con Paco Rabal y Margarita Andrey interpretando a una pareja de locutores que iniciaban su trabajo diario con una sesión radiofónica de gimnasia y prestaban ligazón a tres historias sucesivas urdidas alrededor de la radio.

La primera era probablemente la mejor, con Pepe Isbert interpretando un inventor entregado y pobre que acudía a un concurso radiofónico para ganar las tres mil pesetas necesarias para patentar su invento. Debía llegar el primero a los estudios disfrazado de esquimal y, por el camino, sorprendía a otro concursante animado con sus mismas intenciones. Luchaban ambos esquimales en la escalera de la emisora hasta que, exhaustos ambos, el adversario preguntaba:

—¿Para qué quiere usted las tres mil pesetas?
—Para un invento. ¿Y usted?
—Yo las quiero para una señorita.
—¿Está mala?

—No. ¡Está estupenda!

La historia concluía con la derrota del esquimal-inventor Pepe Isbert, que llegaba en segundo lugar. Sin embargo, al contar su historia, enterneció a Bobby Deglané y «este pobre locutorcito» le entregaba otras tres mil pesetas de su propio bolsillo para financiar la patente.

## LA VICTORIA DE LAS LÁGRIMAS

Siempre es más fácil hacer llorar que hacer reír. Por eso la radio fue más trágica y sentimental que humorística. Y, por si fuera poco, un chiste estalla y se extingue como un relámpago, mientras que una historia lacrimosa puede captar al público durante meses.

Ése fue el gran recurso radiofónico de la época. La radionovela ocupó el espacio que había tenido la novela por entregas durante el siglo XIX, cuando los grandes novelistas publicaban muchas de sus obras en los folletines o suplementos literarios de los periódicos, en entregas que solían escribirse a medida que progresaba la publicación. En las clases populares decimonónicas, parcialmente analfabetas, el miembro más letrado leía en voz alta las desventuras sentimentales que relataba la última entrega comprada en sábado.

La radio repitió el esquema, pero no dedicado a familias reunidas alrededor del brasero, sino a las mujeres que permanecían solas en su casa y eran un excelente público de románticas e interminables novelas seriadas, radiadas por el cuadro escénico de la emisora. Los seriales se escribían sobre la marcha y acabaron imponiéndose los argumentos de «novela rosa», con un éxito arrollador entre el público femenino. Las emisoras perpetuaban durante meses interminables historias lacrimosas de desventuras femeninas que sirvieron de entretenimiento a los miles de mujeres marginadas por el machismo social imperante.

La época dorada del género arrancó en los años cuarenta y se mantuvo en auge hasta que el progreso de la televisión fue robándole el público. Los dos principales autores españoles fueron Antonio Losada y Guillermo Sautier Casaseca, que desencadenaron ríos de lágrimas y, como a la gente le gusta llorar, mantuvieron en vilo a su audiencia por tiempo interminable. Losada y Sautier eran personajes muy distintos en su carácter y su producción. Ambos trabajaban para la SER y generaban océanos de lágrimas, aunque el primero en Radio Barcelona y el segundo en Radio Madrid.

La moralina de las radionovelas de Losada era en cierto modo comprensiva, pues consideraba consecuencias del amor los deslices de sus

personajes. Había sido hombre de teatro y fue tan innovador que una de sus radionovelas se tituló *Un espía en Cabo Cañaveral*, porque prefería los escenarios cosmopolitas; tanto era así que pasó su jubilación en Miami, donde falleció. En cambio, Sautier era un hombre de granítica moral cuaternaria, que defendía a capa y espada los inmutables principios de la intransigencia al uso nacionalcatólico y consideraba los tropezones sexuales de sus heroínas como execrables frutos del pecado.

## EL CONFESIONARIO LAICO

También dirigido al público femenino existió un género igualmente exento de humor: el consultorio radiofónico, en el que se distinguieron Elena Francis y Montserrat Fortuny, ambas personajes de ficción, aunque su público entregado las creía auténticas señoras de carne y hueso. Los consultorios funcionaban gracias a las mujeres acuciadas por algún problema que pedían consejo a las supuestas Elena Francis y Montserrat Fortuny. Muchos escépticos creían que todo era un completo montaje, pero no era así. Las cartas se recibían efectivamente, algunas se seleccionaban para contestarlas por el micrófono y las demás eran respondidas por escrito por el equipo encargado del programa, en el que intervinieron diversas personas, la más conocida, el crítico taurino Juan Soto Viñolo. Mientras el programa de Montserrat Fortuny diversificó sus objetivos, el de Elena Francis tuvo una finalidad publicitaria más concreta, porque se le había ocurrido a Francisca Bes, miembro de una familia de fabricantes de cosméticos.

La picardía local intentó varias veces introducir un tanto de humor en los consultorios enviando cartas malintencionadas, que se detectaron fácilmente y no fueron contestadas. En realidad, tales programas sirvieron de descargo y de solaz a numerosas mujeres que intentaban sobrevivir psicológicamente en una sociedad que las consideraba personas de segunda.

Mientras tanto, las inquietudes morales de la época apenas circulaban más allá de la entrepierna.

—Oye, Pedro, ¿tus padres se casaron por la Iglesia?
—Creo que se casaron en un campo de fútbol.
—¿Cómo puede ser?
—No lo sé, pero mi abuela dice que se casaron de penalti.

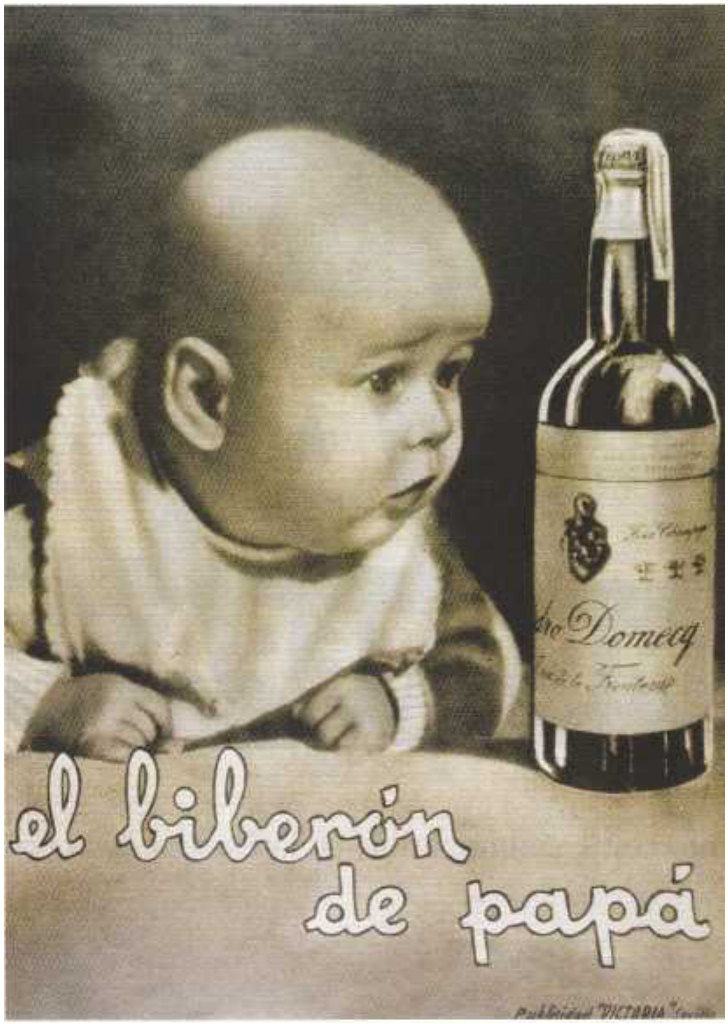
Aunque, entre tanta obsesión lacrimosa, sobrevivían los destellos de la risa independiente, como fue la moda de los chistes «¿Qué le dijo?»:

—¿Qué le dijo una pulga a la otra cuando salían del cine?
—¿Vamos andando a casa o tomamos un perro?

—¿Qué le dijo el cepillo a la chaqueta?
—¡Vaya polvo que tienes!

—¿Qué le dijo el huevo a la sartén?
—Negra, ¡me tienes frito!

Argumento comercial imbatible en la España de la posguerra.




Un niño con futuro definido.

El fascismo explicado a los niños: «El flecha guerrero», historieta aparecida en *Flechas y Pelayos* (1939-1949).

Todavía estaba lejos aquel anuncio de «Atún claro, Calvo».

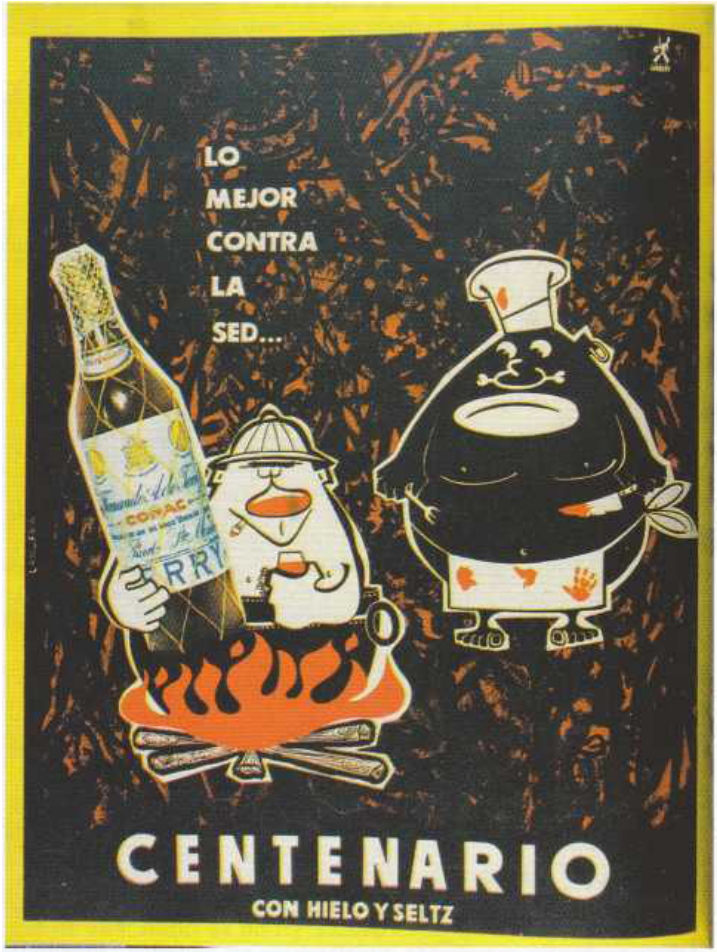
Orwell no entendió así *Rebelión en la granja*.

El dramatismo de las cosas diarias.

La revista *Cucú* (1944-1948), semanario festivo para una época muy oscura.

«Los grandes inventos del TBO», o cómo tomarse con humor la pobreza industrial española.

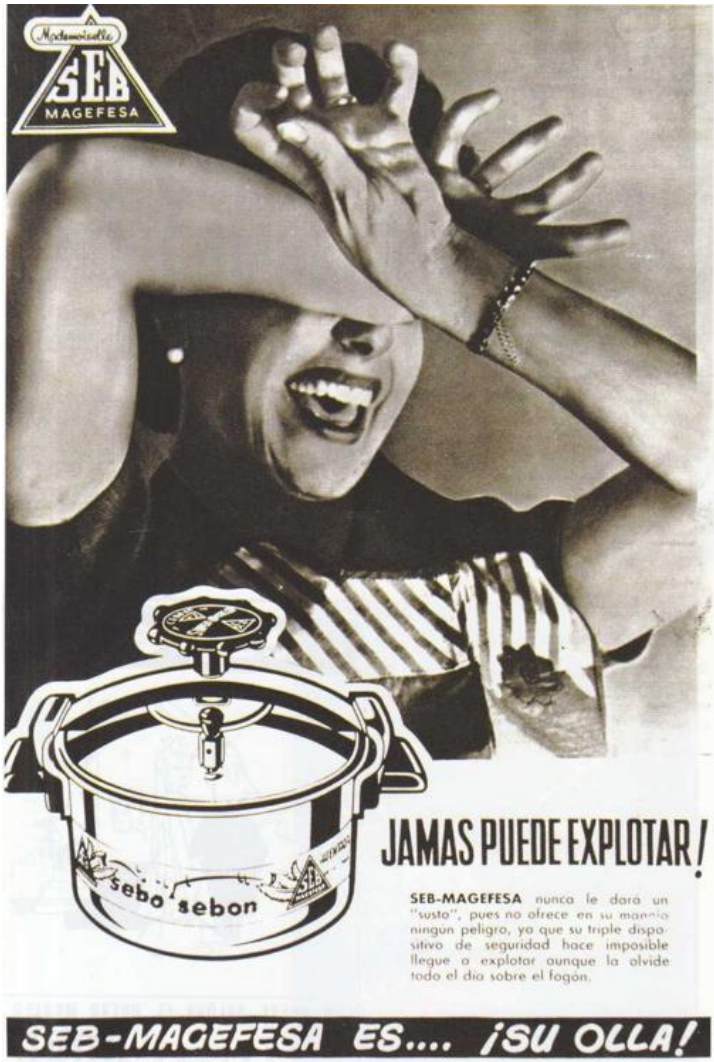
Anticonsumismo *avant la lettre*.




Un modo muy peculiar de anunciar coñac.

La lavadora, revolución *antiaging*.

¿Cómo es una nevera eléctrica sin motor? Imposible casarse sin saberlo.




No sabemos si, además, cocina bien.

# 6
# EL REY BALTASAR

## GUARDIAS Y GITANOS

Acostumbrada a ver ejemplos de racismo en las películas de Hollywood, creía la gente que aquí no había de eso y que era una canallada que sólo se ejercía en Estados Unidos y con los negros. De modo que todos estábamos satisfechos porque no éramos racistas. Aunque racismo sí lo había, lo que no había era negros. El único era el rey Baltasar que salía en la cabalgata de los Reyes Magos, que era el más popular de los tres y al que los niños pedían más juguetes. Claro que no era un negro auténtico, sino un concejal o un jefecillo de Falange con la cara tiznada con un tapón de corcho quemado, uno de los cosméticos teatrales de la época.

En este país poco moderado todo se veía en blanco y negro. La huella de ese corcho quemado sobre la cara de Baltasar era como la antítesis de las castizas rayas blancas hechas con cal para delimitar los campos de fútbol de los pueblos. Trazas que, poco antes de comenzar el partido, se marcaban sobre la tierra con una regadera llena de lechada y que acotaban el yermo donde se celebraría el partido. Un partido en el que, con el pretexto de disputarse una pelota, los vecinos jóvenes se divertirían dando patadas en la espinilla a los del pueblo vecino, bajo la sabia mirada de un par de guardias civiles encargados de garantizar el orden, es decir, de evitar que le rompieran la cara al árbitro cuando perdían los de casa.

*Anuncio de lavadoras apenas racista.*

Los guardias civiles estaban, como Dios, presentes en todas partes y eran los encargados de ejercer la represión elemental del régimen. Solían ser hombres sencillos que vivían de un sueldo pequeño, habitaban una mala vivienda en la casa-cuartel, vestían siempre de uniforme y estaban sujetos a una disciplina militar que imponía servicios interminables, sin un horario sensato ni festivos previsibles. Este conjunto de servidumbres tenía a los guardias civiles en un permanente estado de derrota psicológica, lo que los hacía funcionarios acobardados, abnegados y leales.

La Guardia Civil, tradicionalmente también llamada «la Benemérita», cubría toda España con una red bien estructurada y con pocos agujeros, cuyo eslabón fundamental eran los comandantes de puesto de los respectivos pueblos, donde, en realidad, tenían más poder que el alcalde. Y como, al parecer, aquí no había racismo, ya en el siglo XIX sus reglamentos ordenaban

vigilar y perseguir a los gitanos. Más o menos en la misma línea de Carlos III, un rey que protegió a los ilustrados, pero estableció que no quería en sus ejércitos «murcianos, gitanos ni gentes de mal vivir». Como si, en lugar de reclutar una tropa mercenaria, estuviera invitando a un baile en la Corte.

Los gitanos llevaban cinco siglos en España, sin que generalmente aceptaran la forma de vivir de los payos, que habían hecho las mil y una para domesticarlos. Los Reyes Católicos iniciaron la persecución con una pragmática de 1499, seguida siglo tras siglo por disposiciones sin cuento y de escaso resultado. De modo que no podían ser peores las relaciones entre la Guardia Civil, rígido representante del orden constituido, y los gitanos, protagonistas de todo lo contrario. Todo lo cual prestaba al humor popular infinitas posibilidades, pues se suponía que la sola mención de la Benemérita espantaba a la gitanería.

> Dos gitanos, hartos de pasar hambre y calamidades, se habían hecho guardias civiles. Patrullaban ahora por el campo cuando vieron a dos ladrones saltando una tapia y uno de los guardias dio el grito reglamentario: —¡Alto a la Guardia Civil!
>
> Al oírlo, los dos guardias tiraron el fusil y salieron corriendo.

La literatura, especialmente en el Romanticismo, idealizó a los gitanos como paradigmas de la independencia, dado que los escritores románticos se entusiasmaban con los bandoleros, contrabandistas, piratas o todo bicho viviente capaz de darle un corte de manga a la sociedad estructurada. Es el caso de Prosper Mérimée y su novela *Carmen* (1845), que treinta años después sirvió de argumento a Georges Bizet para la ópera del mismo nombre. También Verdi dio papel a los gitanos en *Il Trovatore*, basándose en el relato romántico de Antonio García Gutiérrez, y, unos cuantos años después, García Lorca escribió su *Romancero gitano*, donde reflejaba las penas de los gitanos perseguidos por la autoridad encarnada en la Guardia Civil.

Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
con una vara de mimbre
va a Sevilla a ver los toros.
Moreno de verde luna
anda despacio y garboso.
Sus empavonados bucles
le brillan entre los ojos.
A la mitad del camino
cortó limones redondos,
y los fue tirando al agua
hasta que la puso de oro.
Y a la mitad del camino,
bajo las ramas de un olmo,
guardia civil caminera
lo llevó codo con codo.

Culminando las ensoñaciones poéticas del Romanticismo, Lorca contraponía dos imágenes idealizadas: la brillante de los gitanos, símbolo de la libertad, contra la oscura de los guardias representantes del orden.

Los caballos negros son.
Las herraduras son negras.
Sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.
Con el alma de charol
vienen por la carretera.

Contraponiendo un tópico con otro, se ganó las admiraciones y también los odios que finalmente le dieron muerte. La vida de los gitanos y su choque con los guardias era un lugar común en la sociedad española que en numerosos chistes encontró una expresión menos poética y patética:

Una pareja de guardias sorprendió a un gitano con un saco de aceitunas al hombro. El hombre juró no haberlas robado sino habérselas encontrado en el camino.

—Si no confiesas la verdad, te vamos a meter las aceitunas, una a una, como si fueran supositorios.

El gitano los miró preocupado y, al poco, comenzó a reír a mandíbula batiente.

—¿De qué te ríes ahora, si puede saberse?

—Pienso en mi compadre que viene un poco más atrás y se ha encontrado un saco de melones.

Los guardias dominaban todas las situaciones, parecían saberlo todo, ser capaces de estar en todos sitios y conocer todas las tretas, pues sorprendían a los gitanos cuando menos lo esperaban.

Iban de camino un gitano joven y otro viejo cuando se encontraron un tricornio de guardia civil tirado en el suelo. Movido por sus impulsos ancestrales, el joven se adelantó para chafar el sombrero de un pisotón. Pero el viejo conocía las tretas de sus adversarios y lo contuvo.

—Déjalo, chaval, no vaya a ser un enano.

La Guardia Civil fue creada a mediados del siglo XIX por el Partido Moderado con la doble finalidad de sustituir a la Milicia Nacional, que estaba dominada por los progresistas, y de contar con una policía eficaz desvinculada de los intereses y caciquismos locales. Con todos los defectos que se quiera, el invento funcionó y el cuerpo se distinguió por su eficacia y disciplina. Aunque sus miembros tendían a ser conservadores, como grupo obedecían a los diferentes gobiernos, hasta el extremo de que durante el Sexenio Revolucionario (1868-1874), cuando España conoció cuatro sistemas políticos

con el consiguiente recambio de autoridades y funcionarios, únicamente los coroneles de la Guardia Civil siguieron en su puesto y obedecieron siempre al que mandaba.

Esta disciplina profesional se puso dramáticamente a prueba en la sublevación de julio de 1936. Pese a que la Guardia Civil tenía un doble carácter civil y militar y los sublevados eran militares, su jefe, el general Sebastián Pozas Perea, fue fiel al Gobierno legalmente constituido, y el cuerpo se escindió entre la obediencia a los militares sublevados y a las autoridades republicanas, quedando la mitad en cada bando.

Después de la guerra, Franco disolvió los cuerpos de Carabineros y Seguridad y Asalto, que tenían fama de republicanos, y expurgó la Guardia Civil. Casi todos los guardias que habían quedado en territorio republicano fueron expulsados y sus plazas cubiertas por ex combatientes franquistas. El cuerpo se reformó por la Ley de 15 de marzo de 1940, que le impuso militares para su Estado Mayor, el mando de los tercios más operativos, y eliminó sus escalas de oficiales; medida, esta última, que no se llevó a efecto.

La Guardia Civil se convirtió así en la policía de confianza del régimen y sus parejas, siempre serias y frecuentemente con bigote, patrullaban todos los caminos y campos de España. En invierno, la silueta de sus figuras enmarcadas por la capa verde y el negro tricornio parecía formar parte del paisaje, controlándolo todo, al tanto de los menores acontecimientos. Observaban la disciplina más exigente.

> Ante el temor de un terremoto, un coronel de la Guardia Civil puso un telegrama a los comandantes de puesto: «Se espera seísmo para la próxima noche. Tomen las disposiciones oportunas».
>
> A la mañana siguiente, recibió contestaciones de los diversos puestos. Uno de los telegramas decía: «Se ha producido un terremoto sin novedades apreciables. El llamado Seísmo no se ha presentado en el pueblo, mantenemos vigilancia para detenerlo en cuanto aparezca».

A pesar de los chistes, nadie negaba la eficacia de los guardias civiles, aunque sus métodos pudieran ser discutibles, según el dicho popular de «Paso corto, vista larga y mala leche».

> Se descubrió en Egipto una tumba que ningún arqueólogo supo datar ni clasificar. Hasta que, como último recurso, llamaron a la Guardia Civil, que envió a una pareja. Los dos guardias penetraron en el sepulcro y pasaron varias horas sin denotar actividad. Al fin, salieron a la superficie y el jefe de pareja se dirigió al director de las excavaciones.
>
> —Se trata del enterramiento de Amenehat, un cortesano del faraón Sesostris III, muerto el año 1875 antes de Cristo.
>
> —¿Cómo han podido averiguarlo? —preguntó asombrado el arqueólogo.
>
> —Nos ha costado un poco, pero, al final, la momia ha cantado.

Creada en la década de 1840, ha sido una de las policías más eficientes del mundo y su tradicional disciplina logró que, a pesar del golpe de Tejero el 23-F, fuera el cuerpo de seguridad español que más rápidamente se adaptó a las formas democráticas. Sin embargo, nunca ha estado bien dotada para el humor, hasta extremos en los que la realidad supera a la ficción. Como demuestra un chusco sucedido en 1977, tan cierto como que existe el sol.

Un avión norteamericano de reconocimiento P-3 Orion, de la base de Lages, entonces la principal instalación militar norteamericana en las Azores, seguía en el Atlántico el rastro de un submarino nuclear soviético cuando sufrió un accidente y cayó en la isla canaria de El Hierro, en el municipio de La Frontera, cerca de la cueva del Monacal. Sus catorce tripulantes perecieron. Como siempre, la Guardia Civil fue la primera en llegar al lugar del suceso, en una noche de niebla espesa, acompañando a los vecinos que buscaban a las víctimas a lo largo de la carretera de Valverde a La Frontera. Poco después, con su habitual diligencia, la Benemérita comunicó a Madrid que, entre los restos del aparato, había encontrado un libro en inglés titulado *Operación Manuel*, que se supuso que era el plan de una operación secreta que los norteamericanos llevaban a cabo sobre el espacio aéreo español sin haberlo comunicado previamente. El Alto Estado Mayor, el Ministerio de Asuntos Exteriores, la Embajada de los Estados Unidos en Madrid y la Secretaría de Estado entraron rápidamente en acción. Los norteamericanos aseguraron que ni la US Aire Forcé ni la US Navy USA tenían tal operación en marcha y enviaron expertos a la isla de El Hierro para investigar sobre el terreno.

Una vez allí, solicitaron el libro en cuestión, que no resultó ser una Operación Manuel sino el *Manual Operating* (Manual de operaciones) del avión siniestrado. Poco después llegó a la isla un buque de la US Navy para recoger los cadáveres y las partes esenciales del aparato, y el alcalde recibió una condecoración norteamericana por la ayuda prestada. Las autoridades españolas no informaron del accidente, que apenas tuvo espacio en la prensa, aunque la revista *Cambio 16* publicó un artículo breve sobre la Operación Manuel.

## AMOR DE VECINOS

La vecindad es, a veces, fuente de conflictos, como refleja un viejo chiste:

Sonó el teléfono en el cuarto piso a las cuatro de la madrugada y el soñoliento usuario oyó una voz irritada: —Soy el vecino del tercero y le llamo para decirle que su perro me molesta y no me deja dormir.

—¡No se preocupe usted! Lo tendré en cuenta —respondió el hombre adormilado, y colgó el aparato.

A las cuatro de la noche siguiente, sonó el teléfono en el piso tercero.

—¿Es usted el señor que me llamó anoche para quejarse de mi perro?

—Sí. ¿Para qué me llama? —gruñó el otro recién despertado.

—Es para decirle que nunca he tenido perro.

Cuando los curas predicaban contra los siete pecados capitales —soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza— no hablaban de una figuración eclesiástica sino de la cruel realidad. Aunque, en la práctica, la condenaban parcialmente, porque los eclesiásticos habían sentido debilidad por caer en la gula y despotricar contra la lujuria, único pecado que desaparece con la edad. Curiosamente, tampoco parecían sentirse inclinados a condenar el conjunto formado por la soberbia, la ira y la envidia, que son los tres mosqueteros de la violencia.

Violentos, sí lo éramos. Y, sin saberlo, también racistas. No sólo con los gitanos, sino que también éramos xenófobos municipales, porque cada pueblo parecía encorajinado con el municipio vecino, sentimiento cuyos disparatados antecedentes se remontaban hasta tiempos inmemoriales. Cerca de Barcelona existía y existe Castelldefels (Castillo de Fieles), inmediato a Viladecans (Villa de Perros); en Segovia hay un pueblo llamado Matabuena y el inmediato Matamala. Sin contar con que existe otra Matabuena en Palencia, una Matamala de Almazán en Soria y una Santa María de Matamala en Girona.

La rivalidad entre pueblos o ciudades era fruto de la incomprensión y la envidia, dos de nuestros defectos capitales, capaces de llegar al esperpento. Como sucede entre Tarragona y Reus. La primera fue capital de provincia romana y lo es de la española; la segunda es capital de la comarca del Baix Camp, y lugar de nacimiento de Prim, Fortuny y Gaudí. Los naturales de Reus, siempre conscientes de la capacidad emprendedora de la ciudad, utilizaban el lema «Reus, París y Londres». Cada una con sus glorias distintas, cuando lo más parecido a un reusense es un tarraconense y viceversa, cuestión, al parecer, difícil de aceptar. En el sorteo de la Lotería de Navidad de 2009, Reus fue más afortunada que Tarragona y *El Periódico de Catalunya* tituló: «Reus derrota a Tarragona con un cuarto premio». En esta línea, la universidad no se llama de Tarragona ni de Reus, sino Rovira i Virgili y tiene un campus en cada ciudad, asunto que se refleja también en cuestiones tan prácticas y rutinarias como el ferrocarril. La estación del AVE se llama Camp de Tarragona y está situada en plena quietud rústica, alejada de las dos ciudades y exactamente en mitad de ningún sitio, para pitorreo y molestia de los viajeros y asombro de quienes ignoran las ternezas del cariño vecinal.

El mal es antiguo. Las investigaciones históricas han demostrado que durante la guerra civil de 1936-1939 la represión hizo muchas más víctimas en los pueblos que en las ciudades, porque en aquéllos el enemigo tenía nombre, apellidos y domicilio conocidos y la guerra prestó la ocasión de vengar los odios recíprocos, las envidias, las chulerías y los desprecios o de compensar con la fuerza desde deudas impagadas hasta los litigios de las lindes.

La vecindad es complicada hasta para el humor y en la España de la boina rural se estilaron bromas bastante pesadas, sobre todo cuando eran obra de mozos cargados de vino. Gila dedicó una de sus series chistosas a esas

malhadadas gracias rurales, todas salidas de su imaginación, aunque las bromas pueblerinas aún vigentes no les iban a la zaga. Cuando se casaban dos viudos, los vecinos solían amargarles la noche de bodas con una cencerrada. En algunos casos, las bromas resultaban trabajosas para los mismos bromistas: un sábado por la noche, unos mozos empujaron durante cinco kilómetros el remolque de un vecino conocido por su malhumor, le sacaron las ruedas y, rodando, las devolvieron al pueblo. El pesado remolque quedó abandonado en pleno campo y sin ruedas. Toda una gracia.

## MOROS Y CRISTIANOS

La población española se formó con aportaciones de muchos pueblos, al socaire de las invasiones. Cuando los musulmanes invadieron la Península, a comienzos del siglo VIII, la dominación romana y su heredera, la Iglesia católica, habían prestado cierta uniformidad a los cuatro millones de descendientes de celtíberos y romanos que, desde hacía doscientos años, vivían dominados por unos 150.000 visigodos.

Los guerreros musulmanes se impusieron fácilmente a ese mosaico sometido a la inestable aristocracia visigoda y se hicieron dueños de la Península, desplazando a los antiguos dominadores. Haciendo honor, sin saberlo, al proverbio del Génesis que afirma que «no es bueno que el hombre esté solo», los invasores se emparejaron masivamente con las naturales del país.

El resultado fue lo que llamamos la España musulmana, habitada por una sociedad de siervos, esclavos, eunucos y libres, donde se entremezclaban los guerreros y sus acompañantes llegados de África, los mozárabes o cristianos que habitaban en un barrio aparte y pagaban un impuesto especial, los muladíes o musulmanes hijos de matrimonios mixtos y los maulas o renegados cristianos. Entre todos campaba como podía una mayoría de autóctonos que acabaron convertidos al islam que mandaba, en aras de la humana voluntad de arrimarse al poder. Fuera del conjunto, pervivían, en las montañas del Norte, núcleos de cristianos gobernados por nobles visigodos que serían el origen de la Reconquista.

El confuso galimatías alimentó ocho siglos de guerras, rebeliones, batallas, degollinas recíprocas y también de buenas relaciones. Entre tanto barullo proliferaron los mestizos, y los conflictos violentos se mezclaban con relaciones de buena convivencia que fueron reflejadas por la literatura:

Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste

grandes señales había…

El tal Abenámar era hijo de un moro y una cristiana cautiva, como también Mudarra, hijo de un caballero cristiano prisionero y una hermana de Almanzor, que vengó a sus siete hermanastros cristianos matando a un noble castellano que había tramado su asesinato. La leyenda llega hasta Muley Hacén, penúltimo sultán de Granada y padre de Boabdil el Chico, enamorado de Isabel de Solís, cautiva cristiana convertida al islam con el nombre de Zoraya y esposa favorita.

Desgraciadamente, tanta combinación de batallas y camas, de fanatismo y convivencia, degeneró en una recíproca incomprensión que aún perdura, pese a que tantos rasgos de caras españolas son herencia de los antepasados africanos, que la Navidad, principal fiesta cristiana, se celebra con turrón y mazapán musulmanes, y la fiesta de Todos los Santos se endulza en Cataluña, Valencia y Baleares con *panellets*, que son tres cuartos de lo mismo.

Con los años, los musulmanes, ya fueran moriscos, turcos, piratas berberiscos o guerreros rifeños, se convirtieron en enemigos tradicionales y no se prestaban interpretaciones graciosas. Ya en 1936, Franco atrajo a miles de moros a sus filas, mientras unos cuantos marroquíes y argelinos militaban en el campo contrario con las Brigadas Internacionales. Por razones de proximidad, probablemente donde se contaban más chistes de moros era en el Norte de África.

Un niño musulmán de Melilla llega a su casa tras el primer día de colegio.

—¡Papá, papá! ¡Me ha dicho la maestra que soy español!

—Anda, niño, no digas tonterías y déjame tranquilo —responde su padre.

El niño, desconsolado, se acerca llorando a su madre.

—¿Qué te pasa, Ahmed? —pregunta la mujer intrigada.

—Que sólo hace un día que soy español y ya tengo problemas con los malditos moros.

## AMISTAD DIPLOMÁTICA

Durante muchos años, la «tradicional amistad hispano-árabe» fue uno de los lemas de la política española. Algunos malpensados decían que tal amistad resultaba discutible, teniendo en cuenta que Franco se había pasado la juventud matando moros. Pero el caso fue que, en 1936, los trajo a matar republicanos.

Claro que hay que recordar que el patrón de España, Santiago Matamoros, es una versión castellana del universal san Jorge, que, bajo los cascos del caballo, no tiene a un dragón sino a un guerrero moro. Transformación que no

es única en el mundo, pues, en ciertas representaciones polacas de san Jorge el jinete es un lancero con uniforme nacional y su caballo, en vez de aplastar a un dragón, patea a un ruso.

En un principio, la cuestión no generó grandes problemas y los soldados marroquíes hicieron la guerra civil española sin mostrar problemas de conciencia. Quizá porque José María Pemán aseguraba en verso que habían llegado para defender a Alá de los rojos sin Dios. Lo cual era gran cosa.

Sin embargo, se cuenta que unos soldados moros, deambulando por Santiago de Compostela, entraron a curiosear en la catedral y quedaron estupefactos ante la imagen de Santiago acuchillando a un musulmán bajo las herraduras de su caballo blanco. Los sorprendidos soldados se arrancaron en irritadas exclamaciones: «¡Santiago matar moros! ¡Santiago no estar de Franco! ¡Santiago estar rojo!». Hasta que sus gritos de guerreros, salvadores de la civilización cristiana, lograron que una bandera española tapara la imagen del sarraceno caído bajo el caballo.

Sólo habían pasado diez años desde el final de la guerra del Rif, pero los moros ya habían hecho las paces con Franco. De hecho, al inicio de la guerra civil, el Segundo Tabor de los Regulares de Melilla fue destinado a Salamanca y sus jinetes se encargaron de escoltar al Generalísimo. En febrero de 1937, el escuadrón marroquí se convirtió en guardia permanente y fue dotado de un vistoso uniforme. Después de la guerra, se organizó el Regimiento de la Guardia con falangistas, guardias civiles y soldados, más una unidad de infantería y un escuadrón de lanceros marroquíes, la conocida como la Guardia Mora, que escoltaba a Franco en sus desfiles y acompañaba a los embajadores extranjeros cuando llegaban a España. No podemos saber qué pensarían aquellos extranjeros recién llegados al verse rodeados por todo un escuadrón de lanceros africanos.

Incluso hubo un moro general, Mohamed ben Mizziam, que, en 1953, fue nombrado capitán general de Galicia. Pero surgió un problema: era costumbre que este cargo entregara el anual voto de Santiago, antiguo compromiso de los reyes de Castilla en reconocimiento a la protección del Apóstol durante la guerra contra los sarracenos y, aunque el general Mizziam era un *bon vivant* que bebía vino, era también musulmán y resultaba esperpéntico que ofreciera el tributo a Santiago Matamoros. Solución: en 1955 fue destinado a Canarias para evitarse el lío.

La «tradicional amistad hispano-árabe» fue explotada a fondo, porque, al acabar la segunda guerra mundial, las Naciones Unidas habían condenado al régimen español, de modo que los principales Estados retiraron sus embajadores en Madrid y ningún mandatario extranjero quería visitar España. El único que lo hizo fue en 1949, Abd Allah ibn Husayn, llamado aquí Abdullah de Jordania. Era nada menos que un rey, un jefe de Estado, y fue recibido de forma apoteósica. Se lo paseó por Madrid y luego por Toledo,

Córdoba, Sevilla y Granada, para que sintiera las nostalgias de Al-Ándalus, lo cual podía resultar peligroso a largo plazo, aunque, a corto, España mimaba a los árabes que podían votar a favor suyo en la Asamblea de las Naciones Unidas.

Cuatro años después, a finales de mayo de 1953, llegó a Madrid una visita musulmana con más *charme*, la emperatriz Soraya de Persia, desde 1951 esposa del *sha* Mohammad Reza Pahlevi. El 10 de abril de 1950 se había casado Carmencita, la hija única de Franco, y era marquesa consorte de Cristóbal Martínez-Bordiú, marqués de Villaverde. Era una chica agradable de veintisiete años, aunque no podía competir con la guapísima Soraya, de veintiuno, resultona hija de un iraní y una alemana que al llegar a Madrid deslumbró al personal. La inclemencia de *La Codorniz* no dejó escapar la oportunidad y publicó un inocente anuncio: «Cambiaría marquesina nueva por persiana en buen estado».

## JUDIADA

Una de las grandes contradicciones del fascismo español fue ser antisemita sin judíos. Éstos habían vivido su vida durante la Edad Media, hasta el extremo de que, en el siglo XV, Samuel-ha-Levi Abulafia, almojarife o tesorero del rey Pedro I de Castilla, levantó en Toledo la capilla de Palacio, conocida hoy como Sinagoga del Tránsito. Pero la derrota y muerte de su rey llevó al poder a la dinastía Trastámara, y una de sus reinas, Isabel de Castilla, expulsó a los judíos no conversos, con lo que se ganaría, cinco siglos después, la admiración de los falangistas, aunque los había dejado sin el que podía ser su gran pretexto para ser antisemitas. Ni siquiera podían contar con los conversos, ya que se habían perdido de vista, integrados en el anónimo masivo de la población y sólo en Mallorca siguieron marginados y señalados durante siglos con el nombre de *xuetas*, como ya hemos mencionado.

A pesar de todo, primero la Inquisición y luego otras intransigencias llevaban años buscando judíos o judaizantes hasta debajo de las piedras. A los niños se les decía que los judíos habían matado a Jesús, sin decirles que Jesucristo, sus padres, los apóstoles, evangelistas, primeros papas, obispos y santos eran también judíos. En algunos lugares, durante la Semana Santa, los niños hacían sonar unas matracas, diciendo que mataban judíos. Y, aunque casi ningún español había visto jamás a uno de ellos, la palabra judío era un calificativo insultante que denotaba avaricia y desconfianza.

Samuel dijo a su hijo pequeño.

—Ven conmigo, que ya has cumplido cinco años y necesito enseñarte una cosa.

Seguidamente, subió al muchacho a un armario y se puso ante él con los brazos extendidos.

—Salta, que te cogeré en el aire.

—Papá, tengo miedo.

—Salta y no te preocupes, que aquí estoy para ampararte.

Confiadamente, el niño se lanzó al aire y Samuel retiró los brazos dejando que se diera un batacazo contra el suelo. Luego le dijo, sentencioso: —¡Así aprenderás a no fiarte ni de tu padre!

## REFLEJOS DE AMÉRICA

Nuestro racismo sin negros ni judíos necesitaba exaltar la propia importancia, pese a que internacionalmente nadie nos hacía caso. Y así surgió *El Coyote*, personaje que hizo furor entre un público acostumbrado a alquilar novelas del Oeste. Su autor fue José Mallorquí, que había traducido novelas de héroes norteamericanos como Búfalo Bill, Doc Savage y Nick Cárter y, tras adquirir gran experiencia en la novela popular, creó *El Coyote* inspirándose en *El Zorro*, de Johnston McCulley. Tuvo tan buena aceptación del público que en 1953 habían aparecido 192 títulos. Entre las novelas de *El Coyote* y las innumerables dedicadas al *Far West*, los escenarios de la costa oeste americana aparecían como propios a muchos españoles que nunca los habían visto. Además, coincidieron con el incremento de la fama mexicana y el éxito de la música de ese país, cuyo momento álgido fue la llegada a España de Jorge Negrete, el más famoso cantante de mariachis.

Negrete llegó a España en 1948 para rodar la película *Jalisco canta en Sevilla*, para la que un *casting* le escogió como pareja cinematográfica a una joven artista local casi desconocida, María del Carmen García Galisteo, que tomó el nombre artístico de Carmen Sevilla.

La llegada del charro mexicano había provocado un fenómeno de fanatismo femenino que inquietó a los capitostes políticos españoles, porque México acogía a los exiliados republicanos y reconocía a la República Española en lugar del régimen de Franco. No sólo la política sino el machismo local se asombró ante aquel inesperado entusiasmo femenino que desbordaba los límites conocidos. Las mujeres habían perdido los derechos conquistados durante la Segunda República: no tenían derecho a voto, necesitaban la firma de su marido o de su padre para abrir una cuenta bancaria y estaban obligadas a cumplir el servicio social para conseguir un permiso de conducir o un pasaporte. Habían sido reducidas al papel de esposas y madres y ahora se atrevían a mostrar públicamente su entusiasmo por aquel mexicano de buena planta, rompiendo todos los sacrosantos esquemas establecidos.

Incluso el propio Jorge Negrete estaba asombrado ante el entusiasmo de las jovencitas y, al aparecer, preguntó: «¿Qué pasa, no hay machos en España?». Lo cual propició un chiste de desquite.

A su llegada a España, Jorge Negrete aseguró:

—En México somos todos machos.

—Aquí no —le respondieron—. En España somos mitad machos y mitad hembras, que es más divertido.

Por estas u otras razones, se extendió la moda de contar chistes de mexicanos.

Los peones de un rancho iban a la casa del patrón, para felicitarle por su cumpleaños y, como estaba lejos, caminaban bajo el ardiente sol animándose con gritos: —¡Qué viva el patrón!

—¡Qué viva!

—¡Qué viva el patrón!

—¡Qué viva!

Uno de los peones, gordo y corto de piernas, sudaba por los cuatro costados y respondía a los vítores medio reventado: —¡Qué viva el patrón!

—¡Qué viva…, pero que viva más cerca!

Un peón jovencito estaba enamorado de la hija de un ricachón y, como ella le correspondía, decidieron que el muchacho acudiría a pedir su mano. Así lo hizo y el padre de la chica preguntó al enamorado cuál era su sueldo mensual.

—Veinte pesos, señor.

—Eso lo gasta mi hija en papel higiénico.

Marchó desconsolado el pretendiente y, al día siguiente, se encontró con la muchacha.

—¿Qué te dijo mi padre?

—¡Anda allá, cagona!

# 7
# HUMORES AMARGOS

## HIJOS DE LA MALA BABA

Algunos estímulos positivos producen satisfacciones momentáneas que expresamos exteriormente mediante la sonrisa, la risa y la carcajada. Sin embargo, también existe un humor malsano que es producto de los defectos de los demás y, sobre todo, de las frustraciones y la angustia.

Ciertas personas, huérfanas de solidaridad y comprensión, sienten satisfacción ante la infelicidad ajena. Ver al prójimo en mala situación les produce sensación de seguridad y la convicción de encontrarse por encima de las desgracias ajenas. A la vez, la humillación de los inferiores refuerza la soberbia de quienes están arriba y parece añadir escalones a su fatua peana.

De modo que es posible reírse de lo que es gracioso, pero también «reírnos de la gente», costumbre que tiene menos gracia. Porque el humor puede nacer de cosas tan variadas como una expansión de espíritu, una pequeña venganza contra el poder y también una morbosa satisfacción de los poderosos o de los que creen serlo. Por eso existen miles de chistes especializados, tanto contra los de arriba como contra los de abajo: abogados, médicos, políticos, militares, millonarios, curas, jefes, o bien gitanos, vagabundos, borrachos, locos, negros…

En nuestra sociedad, tan cultivadora de la mala baba, ha sido común burlarse de los débiles, entre quienes se contaban las mujeres y los marginados por causas diversas, los afectados por dolencias o limitaciones motoras o psíquicas. Así, en cierta época fueron frecuentes los chistes de locos y de borrachos.

Visitaba un médico un manicomio cuando vio a un interno mirando por el ojo de la cerradura de una puerta cerrada y preguntó, picado por la curiosidad:

—¿Me dejas mirar?

—Mira —respondió el loco dejándole sitio.

—No veo nada —dijo el visitante tras mirar por el agujero.

—¿Pues qué te habías creído? Llevo yo diez años mirando sin ver nada y tú querías verlo nada más llegar.

Estaba un borracho en una esquina cuando pasó una mujer.

—¡Fea!

—¡Borracho!

—Sí, yo borracho, pero a mí se me pasa mañana.

Los homosexuales han recibido una carga de burlas importantes, porque los consideraban a medio camino entre la anormalidad y el vicio. Sobre todo en los pueblos, donde todo el mundo se conoce, eran víctimas frecuentes de las bromas pesadas y la burla sistemática, cuando no de la agresión directa.

El machismo, tan proclive a exaltar a las madres, arremetía contra las demás mujeres, comenzando por la propia y la suegra, sobre las cuales se han vertido cataratas de vinagre. Durante muchos años, algunas tiendas de *souvenirs* de la plaza del Pilar de Zaragoza, situadas frente al templo dedicado a la Virgen, vendieron cuadritos y platos decorados con ese humor de machismo paleolítico, donde se comparaba a las mujeres con las burras y otras lindezas por el estilo.

*Oda a la mujer.*

Como era de esperar, en toda la geografía el repertorio chistoso contra las mujeres, los tontos y los homosexuales resultaba interminable. Éste era uno de

los menos feroces:

> Se subieron dos homosexuales al tranvía y, deseando disimular, uno de ellos preguntó al otro:
> —Oye, Pepe, ¿y tu novia?
> Y su amigo, que estaba despistado, respondió sin pensar:
> —Está en la mili.

La mayoría de estos sarcasmos solían ser mucho más crueles, despreciativos y humillantes. En 1989, la película *Las cosas del querer*, aunque en una versión muy libre, desveló al público español la historia de Miguel de Molina, seguramente el mejor cantante de coplas de los años treinta, cuando cobraba por actuación la entonces fabulosa cantidad de cinco mil pesetas. Durante la guerra estuvo en el bando republicano y siguió actuando en el Madrid de la posguerra, mal mirado por su pasado político y cobrando sólo una décima parte de lo que habían sido sus honorarios. Un día, después de una actuación, fue agredido, por ser homosexual, por el conde de Mayalde y otros dos falangistas que se hicieron pasar por policías. Maltrecho por la fenomenal paliza se exilió a Buenos Aires, donde estuvo trabajando hasta que la embajada de España lo hizo expulsar del país. Vivía en México cuando Eva Perón logró que regresara a Buenos Aires, donde asentó su fama en importantes contratos. El conde de Mayalde, hombre de Serrano Súñer, sería sucesivamente director general de Seguridad, embajador en el Berlín nazi, gobernador civil y alcalde de Madrid hasta 1965.

En 1992, el Gobierno democrático de España reconoció el arte de Miguel de Molina en el mundo concediéndole la Orden de Isabel la Católica. Falleció en Buenos Aires al año siguiente. Su tragedia había sido paradigma de la tragedia de numerosas personas, cuyas angustias jamás fueron conocidas.

Entre los abusos de la vida diaria, existieron grandes y pequeñas persecuciones de todo tipo, no menos condenables por ser anónimas. Entre ellas puede anotarse la costumbre de las novatadas, una plaga que perduró largamente en los colegios mayores y cuarteles.

## TODOS A LA MILI

El ejército actual es una organización profesional y moderna, encargada de misiones de paz internacionales, que tiene poco en común con el de tiempos pasados, cuando la mili obligatoria era crucial en la vida de los hombres.

Se basaba en el principio democrático e igualitario de que todos los ciudadanos contribuyeran personalmente a la defensa exterior del Estado,

aunque la realidad nunca había sido igualitaria y la aplicación real distó mucho del primitivo planteamiento. Desde el siglo XIX, cuando se estableció el sistema de quintas, existieron mil modos de eludir la obligación, entre ellos, la «redención a metálico», que permitía librarse del servicio pagando cierta cantidad de dinero. De modo que sólo quedaban obligados a defender el sistema con su vida quienes menos participaban de sus beneficios.

Y, a lo largo del tiempo, nunca afectó la mili a todos por igual. Antes de la guerra, gracias a los llamados «soldados de cuota» y después, por los privilegios concedidos a los universitarios, que disfrutaban de un trato especial, hacían la mili a plazos, más corta y eran promovidos finalmente a oficiales, percibiendo un sueldo mientras que la tropa ordinaria servía gratis. Los pescadores, marineros y demás vinculados a los oficios marítimos no eran llamados a la mili *normal*, porque figuraban en la «matrícula de mar», que desde tiempo casi inmemorial hacía servir en la Marina de Guerra. En cambio, no se destinaban reclutas forzosos a la Aviación, porque el servicio en el Ejército del Aire gozaba de bastantes ventajas y las plazas se cubrían con voluntarios.

El español corriente, al cumplir los veinte años «entraba en caja», es decir, acudía a una dependencia del ejército donde lo filiaban, tallaban y reconocían dos médicos militares, con formación específica para detectar las argucias más corrientes para proclamarse incapaz de ser soldado.

Un mozo se presentaba al médico militar alegando ser inútil.

—¿Qué alega usted? —preguntó el médico.

—Soy muy corto de vista. Fíjese en aquel clavo clavado en la pared, al otro lado de la habitación. ¿Lo ve usted?

—Sí —respondió el médico.

—Pues yo no lo veo.

No era fácil eludir el ojo clínico de los médicos militares y la mayoría de los mozos acababan recibiendo una cartilla militar, que consignaba sus datos en espera del gran sorteo que decidiría su futuro destino como soldados.

A los reclutas, la gente común los llamaba *quintos*, denominación que no era oficial, pero que todos aceptaban. El toque de diana, el primero que sonaba en los cuarteles para que se levantara la tropa, contaba con una falsa letrilla que todos conocían.

Quinto levanta,
quítate la manta,
quinto levanta
y ponte el pantalón.
Que viene el sargento,
que viene el sargento,
que viene el sargento,
con el cinturón.

Lo cual se ajustaba a la verdad estricta, porque los sargentos de semana tenían a gala que su compañía formase velozmente al toque mañanero. Para lo cual arremetían a cinturonazos contra los pobres reclutas, todavía legañosos, que corrían en manada, vistiéndose por el camino hasta llegar al punto de formación, abuso que fue repetido impunemente, un día tras otro, durante muchos años. Y los mismos soldados veteranos secundaban la brutalidad, descargando también sus propios cintos contra los aterrorizados reclutas. Golpes que se aceptaban con la conformidad con que soportamos la nieve, la lluvia, el viento y demás fenómenos naturales. Y no puede argumentarse que fuera una brutalidad desconocida, porque la letra y el asunto del cinturón eran bien sabidos.

## CONFIANDO EN LA SUERTE

Antes de convertirse en soldados, los mozos útiles pasaban una prueba de nervios. Existían en España dos sorteos muy importantes y antitéticos: la Lotería de Navidad y la de los quintos. La participación en el primero era voluntaria y en el otro, forzosa. La Lotería de Navidad funcionaba sobre la base de los números naturales distribuidos en series, décimos y papeletas; el sorteo de los quintos obedecía a una única lista por orden alfabético y numerada correlativamente. Se extraía una bola de un bombo y la suerte designaba un número que correspondía a un nombre de la lista de reclutas. Era el primer premio. Un premio al revés.

El agraciado con el *gordo* de la Lotería podía convertirse en millonario; en cambio, el mozo cuyo número salía del bombo era enviado a Marruecos y los destinos restantes se asignaban en orden descendente, los primeros para África, siguiendo las demás guarniciones, de la más lejana a la más próxima al domicilio del sorteado. De modo que los últimos números eran los buenos y los primeros servían en África, que era mucho más duro y, en algunas épocas, fue muy peligroso.

## MALETAS DE MADERA

La mili no era cosa de broma y los futuros reclutas abandonaban sus hogares con sentimientos que oscilaban entre el miedo y la curiosidad. Muchos de ellos jamás habían salido de su pueblo o, como máximo, habían llegado hasta

la capital de la provincia y aquel viaje se les antojaba como la vuelta al mundo.

Llevaban sus cosas, pocas cosas, en una maleta hecha por el carpintero del pueblo. Desde mucho tiempo atrás, estas maletas de madera acompañaban a los soldados, porque eran baratas y sólidas. Los españoles pobres viajaban con sus efectos metidos en pañuelos farderos, de cuadros estampados, y, los más modernos, con maletas de cartón prestadas o heredadas de parientes y que, a fuerza de trajines, perdían la consistencia y necesitaban ser reforzadas con una cuerda para no morir desventradas en cualquier estación ferroviaria. El cartón no podía soportar una vida de soldado, por muchas cuerdas que se le abrazaran, y no resistía la humedad, ni el mal trato ni las presiones que superaban las de madera, reforzadas con cantoneras de metal en las esquinas.

Además de maleta podían servir también de mesa, de asiento y de escritorio, de modo que pasaron a ser inseparables de la tropa. Y, ya dotados de su maleta de madera, los mozos abandonaban su pueblo rumbo a la mili, la temida y esperada aventura.

El encanto desaparecía en la estación de ferrocarril, donde los integraban en una gran expedición de quintos, custodiada por un par de oficiales y un destacamento armado. Allí descubrían a los sargentos, que ordenaban las filas a grito pelado, auxiliados por los soldados de escolta, que unos meses antes eran reclutas como ellos y ahora se sentían superhombres y los llamaban borregos.

El viaje resultaba interminable. Iban hacinados en los peores vagones disponibles, en trenes que dejaban paso a cualquier otro convoy, y permanecían horas y horas en las vías muertas de estaciones perdidas. Hasta que finalmente llegaban a la ciudad de destino, donde, para los enviados a Baleares, Canarias o África comenzaba lo peor, porque, tras su interminable viaje en tren, los montaban en un barco.

La mayoría jamás había navegado, muchos ni habían visto el mar y subían cargados con su maleta por una pasarela inestable, hasta ser acomodados —es un decir— en la cubierta. O sea, sobre las puras tablas, al aire libre, sin cama, hamaca, silla, toldo, protección ni nada parecido. Como les habían entregado una manta, con ella y la maleta se organizaban un espacio donde pasar la travesía, que, en el verano, resultaba húmeda y fría, y en el invierno, un tormento insoportable. Sólo en las ocasiones extremas de lluvia fuerte u oleaje barriendo la cubierta los bajaban a la bodega, a resguardo del viento, el agua y el frío, aunque allí eran martirizados por hedores que los asfixiaban.

Entre los malos olores y el movimiento de barco, se mareaban como sopas y devolvían en el primer rincón. Con el resultado de que llegaban al puerto de destino hechos una desgracia, sobre todo quienes iban a Canarias, una travesía que duraba tres días.

# EL GRAN CIRCO

En tren, en barco o camión, los reclutas acababan llegando a su destino, y, con la manta terciada al cuerpo y la maleta de madera cargada al hombro, entraban en el patio del que sería su primer cuartel o campamento.

Era el momento que los soldados veteranos esperaban desde hacía tiempo, porque su principal regocijo era reírse de los reclutas que ellos mismos habían sido meses antes. Se trataba de una forma clásica de humor cruel e insensato, repetida año tras año y hecha posible por la inferioridad de los recién llegados, molidos por el viaje, asustados ante lo desconocido e impotentes frente a la multitud de veteranos que los acosaban con un escándalo de gritos, balidos y rebuznos para resarcirse de las burlas que ellos mismos habían soportado.

Comenzaban entonces las ceremonias para integrar a los recién llegados. En el mismo patio se instalaban una fila de sillas, cada una con un barbero. Barbero era un decir, porque los habituales resultaban insuficientes para la ocasión y se ofrecían soldados veteranos que nada sabían del arte de los pelos. No tenía importancia, porque se trataba de rapar a los reclutas en el menor tiempo posible y cada voluntario recibía una máquina de pelar al cero con patente de corso sobre las cabezas de recluta.

El pelo al rape no era una moda como hoy, sino una especie de signo infamante y, después de pelados, los reclutas eran conducidos a una ducha colectiva. Muchos eran chicos de pueblo que no se habían duchado nunca, porque se lavaban en un barreño. De modo que los chorros cuarteleros los intranquilizaban, contando también con que, independientemente de la estación y la temperatura ambiente, el agua podía estar helada, ardiendo o alternativamente ambas cosas, según las gracias del veterano que manejaba los mandos de la ducha colectiva.

Una vez pelados y duchados, los reclutas recibían su uniforme y empezaban a sufrir el despotismo de los soldados veteranos, que, a lo largo del día, los machacaban en la instrucción militar y, durante la noche, los crujían a novatadas.

En una compañía de reclutas recién llegados desapareció un reloj y el capitán reunió a los hombres.

—Acaba de perderse un reloj. En esta compañía no hay ladrones, alguien se lo ha guardado sin mala intención. Estoy seguro de que está arrepentido y de que, movido por el compañerismo, desea devolverlo, pero no se atreve por temor al castigo.

Calló un momento, antes de proseguir.

—Que no tema. Nadie lo descubrirá. Pondremos una manta en el suelo y apagaremos la luz durante cinco minutos, para que pueda echar el reloj sobre la manta. Estoy seguro de que lo hará, porque aquí no hay ladrones.

Desplegaron una manta en el suelo y apagaron la luz, hasta que dijo el capitán.

—Ahora encenderemos la luz y estoy seguro de que el reloj estará sobre la manta.

¡Porque aquí no hay ladrones!

Entonces encendió la luz y ¡había desaparecido la manta!

A pesar de todas sus deficiencias, la mili tenía aspectos positivos. Durante su estancia en filas, miles de soldados aprendían un oficio, obtenían permisos para conducir automóviles y camiones o se alfabetizaban. El analfabetismo era muy elevado en ciertas regiones y los soldados analfabetos eran obligados a asistir diariamente a clase, donde casi todos aprendían a leer y escribir. Por eso, poco después de pelados, duchados y vestidos de uniforme, eran clasificados a tenor de sus conocimientos.

El teniente miró a los nuevos reclutas y ordenó:

—Los que saben leer y escribir que pasen a la derecha y los que no saben, a la izquierda.

La masa de caqui se escindió en dos partes, dejando un espacio entre ellas, donde permaneció un solitario recluta.

—¿Tú qué haces aquí? Si sabes leer y escribir, ponte a la derecha, y si no sabes, a la izquierda.

—Es que yo sé escribir, pero no sé leer.

—Hay personas que saben leer y no escribir —dijo el teniente—, pero lo contrario es imposible. Todos los que saben escribir saben leer.

—Pues yo —respondió el otro— sé escribir, pero no sé leer.

El oficial, estupefacto, le dio una tiza y señalando la pizarra, pidió:

—Anda, escribe algo aquí.

El recluta dibujó unos garabatos ininteligibles mientras todos los demás se morían de risa.

—Ya está —dijo finalmente.

—¿Y qué dice? —le preguntó el teniente.

El soldado se encogió de hombros.

—Ya he dicho que no sé leer.

Las perlas de los chascarrillos cuarteleros solían corresponder a los sargentos, que no se distinguían por los modos versallescos. A uno de ellos le encargó su capitán un cometido delicado.

—Acaba de morir la madre del soldado Romualdo Pérez. Dígaselo usted, pero no directamente. Tenga tacto y utilice un rodeo para que lo descubra por sí solo.

El sargento maquinó un rato, hasta dar con la solución y luego gritó a los soldados:

—Todos a formar, pero los que no tienen madre, que no formen.

Los soldados se colocaron en tres hileras, excepto un grupito que se quedó aparte esperando órdenes. El sargento miró a los hombres y gritó:

—Romualdo, ¿qué haces aquí formado? Sal de filas, que tú no tienes madre.

Otro sargento explicaba a la tropa el funcionamiento de los automóviles.

—El motor se refrigera mediante un circuito cerrado lleno de agua, que nunca debe llegar a hervir. Bartolo —preguntó a un soldado—, ¿a qué temperatura hierve el agua?

—A noventa grados, mi sargento.

—Eres un burro, Bartolo. El agua hierve a cien grados. Lo que hierve a noventa grados es el ángulo recto.

## ALLÁ POR TIERRAS DE MOROS…

Todo este panorama resultaba mucho peor en África, donde hacer la mili tenía mala fama desde mucho tiempo atrás. En 1909, un envío de tropas desde Barcelona a este destino provocó la Semana Trágica, y entre 1912 y 1927 la guerra del Rif se cobró numerosas víctimas, sobre todo en 1921, cuando el desastre de Annual tuvo un balance superior a los ocho mil militares muertos y desaparecidos. Tras la guerra, la mili en África se hizo menos peligrosa, aunque siguió siendo incómoda. Especialmente a partir de 1965, cuando las cosas se complicaron en Ifni y el Sáhara occidental, hasta entonces pacíficas y apartadas guarniciones, donde comenzaron a moverse guerrillas promarroquíes e independentistas.

Hasta entonces, apenas se habían enviado soldados forzosos a tales tierras lejanas, pero la nueva situación pasaportó hasta allí muchos centenares de reclutas, puestos en contacto con un desierto que poco se parecía a los vistos en las películas de Hollywood.

Llegó un recluta a un destacamento en el interior de Ifni, donde encontró a otro soldado de su pueblo.

—Estamos muy lejos y solos, pero tampoco mal del todo —comentó el veterano—. Lo peor es no tener chicas, porque no nos queda más consuelo que las cabras.

El recién llegado escuchó horrorizado las explicaciones de su paisano. Sin embargo, al cabo de dos semanas, se sintió dominado por los instintos elementales y fue en busca del veterano.

—Pensándolo bien, creo que me gustaría ir con las cabras. ¿Por qué no me acompañas?

Marcharon los dos soldados hasta donde un rebaño mordisqueaba hierbajos y dijo el veterano:

—Anda, elige la que quieras.

—Pues mira, me gusta aquella blanquita que está sola.

—Imposible —respondió el otro—, ésa es la querida del capitán.

# 8
# EN BUSCA DE LA SAL

## COMO UN PARQUE TEMÁTICO

La historia de España ha sido compleja, frecuentemente trágica y con numerosos intentos de progreso frustrados por dramáticos retrocesos. A pesar de ello, los españoles son un pueblo alegre. Optimismo que la guerra civil de 1936 y su posguerra sustituyeron por un entramado de odios y dolor que, poco a poco, la gente fue capaz de capear. Y, cuando el tiempo comenzaba a desdibujar los males de la guerra, el optimismo y las ganas de vivir de los españoles se vieron ayudados por la aparición de unos extraños visitantes: los turistas. Solían ser más serios que los naturales, aunque llegaban con ganas de diversión y se contagiaron del indígena instinto de la juerga, llenando de fiesta las costas de un país cuyos meses de calor ya estaban tachonados por los rutilantes y ruidosos festejos de pueblo. Quizá todo se debió al influjo de la luz combinada con la sal de un mar resplandeciente. Pero España se apareció como un paraíso para los habitantes de la Europa fría, donde el tímido sol no puede separar la sal de las aguas de un mar que siempre tiene un azul triste, combinado con grises y verdes.

El fenómeno turístico comenzó en la década de 1950, cuando aún lamía Europa sus heridas de la segunda guerra mundial pero ya iniciaba su recuperación económica y moral. En esos años, una nueva clase media de trabajadores empezó a ver mejorar sus condiciones de vida gracias a unos sueldos más altos, la jornada laboral de cuarenta horas con dos festivos semanales y un mes de vacaciones al año, al tiempo que se modernizaban y abarataban los transportes y surgían los automóviles utilitarios, que facilitaban los viajes y hacían posible una nueva cultura del ocio.

En Estados Unidos y la Europa rica tomaba cuerpo el turismo de masas impulsado y organizado por turoperadores. Los norteamericanos solían viajar al interior de su país, a las islas Hawái, al Caribe y a Canadá; en cambio, los primeros destinos turísticos en Europa fueron Roma, París y Londres. Pronto

el fenómeno se extendió y las oleadas de viajeros ya no buscaban ciudades prestigiosas sino lugares cualesquiera, con precios bajos y playas soleadas. Italia ofrecía estas posibilidades. España todavía no, porque sus circunstancias políticas eran excepcionales y carecía de hoteles y de buenas carreteras.

La frontera con Francia estuvo cerrada hasta 1952 y, cuando se abrió, un tropel de franceses acudió a visitar a su desconocido vecino del sur, que suponían atrasado y barato. El primer aluvión llegó aquel mismo agosto a San Sebastián con motivo de la Semana Grande.

Curiosos, esperaban ver una España romántica, entre *Carmen* de Georges Bizet y *Hernani* de Victor Hugo, con calles transitadas por toreros, gitanos y guitarristas. Se asombraron al encontrar un país menos típico de lo que creían y mucho más divertido y barato de lo que esperaban.

Para pasmo de los funcionarios de frontera, ese año cruzaron la raya de Francia por Irún una media de 1.500 automóviles diarios y 25.000 extranjeros semanales. En 1953, por las fronteras, puertos y aeropuertos llegaron 909.000 personas, en su inmensa mayoría extranjeros, casi la mitad franceses. Era una desconocida invasión de verano para la que debieron improvisar servicios, construir alojamientos, mejorar comunicaciones y preparar personal. Pero no hay nada nuevo bajo el sol. Siglos atrás, España había conocido otros aluviones extranjeros, de distinto signo. Guerreros en ocasiones, pacíficos en otras.

## LOS PRIMEROS EN LLEGAR

España había sido un país encerrado en sí mismo durante largos períodos. Los griegos llamaban Iberia a la Península, mientras que los romanos la bautizaron como Hispania, literalmente «tierra de conejos». Si hubiera significado algo así como «tierra de leones», el nombre habría sido bien aceptado. Pero «tierra de conejos» era escasamente poético y heroico, y le buscaron las vueltas con el pretexto de parecer poco latino. Diversas razas y corrientes de filólogos, historiadores, poetas y aficionados propugnaron teorías contrapuestas y encontraron a la palabra Hispania raíces ibéricas, fenicias, hebreas, arameas, éusqueras y significados tan épicos como «tierra donde se forjan metales». Lo que no servía para nada, pero dejaba a muchos razonablemente satisfechos.

Signifique lo que signifique, esta península en la punta de Europa, pegada a África y en la puerta del Mediterráneo, transición entre las tierras húmedas y los secarrales abrasados, ha recibido muchos visitantes. Comenzando por los fenicios y los griegos, llegados para negociar, y seguidos por pueblos conquistadores venidos generalmente del Norte o del Sur, en ocasiones del

Este, y sólo de vez en cuando del Oeste, de donde llegaron visitantes ocasionales y guerreros: normandos y vikingos en la Edad Media e ingleses en el siglo XIX.

Aunque también acudieron visitantes en son de paz y penitencia, verdaderos antecesores del turismo, como los peregrinos del camino de Santiago procedentes de toda Europa. Este tipo de turismo casi desapareció durante un tiempo y luego fue recuperado, más como viaje turístico y curioso que religioso. El camino de Santiago es ahora Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO e Itinerario Cultural Europeo del Consejo de Europa. Pese a que es dudoso que las reliquias veneradas en la catedral de Santiago correspondan al apóstol.

## MILAGROS Y FUEGOS FATUOS

En ocasiones, la química y la fe pueden chocar como dos trenes expresos colocados en la misma vía. La descomposición de materias orgánicas produce derivados fosfóricos y metano, sustancias que pueden provocar pequeñas inflamaciones parecidas a pequeñas llamas o luces en la oscuridad de la noche; también las sales de calcio de la misma descomposición pueden tener efectos luminiscentes. Estos fenómenos, llamados fuegos fatuos, conocidos mucho antes de que los científicos pudieran explicarlos, eran frecuentes en los lugares pantanosos, parajes con cadáveres de animales y cementerios antiguos un tanto descuidados.

En las zonas rurales nacieron innumerables leyendas que consideraban a tales fuegos espíritus malignos o ánimas de purgatorio, para cuya redención se clavaban cruces en el lugar. En un paraje de la provincia de Tarragona se clavaron tantas cruces que se llamó Santes Creus (Santas Cruces) y en sus inmediaciones se edificó más tarde el monasterio del mismo nombre.

Los fuegos fatuos de un descampado gallego también se consideraron sobrenaturales y el lugar recibió el nombre de «*Campus Stellae*» (Campo de la Estrella), quizá origen de Compostela. Aunque el nombre de la ciudad también puede derivarse de «*composita tella*» (Tierras Hermosas), eufemismo cristiano con el que se denominaba a un cementerio celta usado sucesivamente por los romanos, suevos, visigodos, musulmanes y luego utilizado como cantera.

Según la tradición, durante el siglo IX un ermitaño llamado Paio advirtió al obispo de Ira Flavia acerca de las luces nocturnas que algunas noches podían verse en aquel paraje deshabitado. Cuando el obispo Teodomiro hizo reconocer el lugar a fondo, apareció una tumba con tres cadáveres, uno de ellos

decapitado y enterrado con la cabeza bajo el brazo, restos que fueron atribuidos al apóstol Santiago y dos de sus discípulos.

Galicia formaba parte del reino de Asturias, que comprendía casi todo el norte peninsular. Su rey, Alfonso II *el Casto*, no sentía segura la corona en su cabeza, amenazada por las conspiraciones de su propia familia, los musulmanes y los adopcionistas, para quienes Jesucristo no era Dios sino un hombre elegido por designio divino. El emperador Carlomagno ya combatía a los adopcionistas para atraerse a los obispos católicos y Alfonso II siguió su política. Aprovechó el descubrimiento de la tumba para aglutinar los territorios del reino, asegurando que éste contaba con la protección apostólica. Así se convirtió Santiago en símbolo de lucha contra el islam, lo que permitió proyectar internacionalmente el reino de Asturias y atraer al Emperador.

Roma, la Ciudad Santa, estaba prácticamente en ruinas y Jerusalén había caído en manos de los musulmanes en la plenitud de su poder. Compostela se ofreció a la Cristiandad como lugar alternativo de peregrinación cuya indulgencia reducía a la mitad el tiempo de estancia del alma en el Purgatorio o lo eliminaba totalmente cuando la indulgencia era plenaria en el Año Santo Compostelano.

Realmente, el itinerario del camino de Santiago no era nuevo, pues no era sino la antigua vía del Finisterre, ruta sagrada de los galos hacia el fin del mundo. Durante el primer milenio antes de Cristo, la habían seguido los celtas en busca del Altar del Sol (el *Ara Solis* de los romanos), lugar sagrado donde celebraban sus bodas y ceremonias, adorando al astro y su milagroso morir diario en la mar, para resucitar al día siguiente. La potenciación de Compostela cristianizó esta antigua práctica, sustituyendo a la divinidad solar por Jesucristo como luz del mundo.

## UN OBISPO HEREJE, QUIZÁ GALLEGO

Hoy contamos con opiniones para todos los gustos. Mientras que unos no dudan de que el Apóstol está enterrado en Compostela, otros consideran que sólo se trata de una leyenda. Nunca se han llevado a cabo pruebas científicas para verificar los restos, cuya autenticidad puso en duda hace muchos años el historiador católico Claudio Sánchez Albornoz, al asegurar que la leyenda de la evangelización de Hispania no se hizo realidad hasta finales del siglo VII. Lo cual dejaba en entredicho al Apóstol y al Pilar de Zaragoza, los dos grandes mitos religiosos españoles.

Incluso se apunta, sin apoyo científico, que los restos de Compostela pueden corresponder a cualquier mártir cristiano e incluso al obispo

Prisciliano, un sacerdote del siglo IV, hereje, astrónomo y mágico que nació en Andalucía, Extremadura o quizá en Galicia, donde tuvo mayor arraigo y el mayor número de seguidores.

El obispo Prisciliano vivió en la decadencia del Imperio romano y atacó la vinculación de la Iglesia con el poder político, que propiciaba el enriquecimiento de los obispos. Promovió una nueva doctrina de austeridad y pobreza que alcanzó gran éxito en Hispania, donde los priscilianistas contaron con bastantes obispos y miles de seguidores. Sin esperarlo, Prisciliano se encontró en el centro de una lucha a muerte entre cristianos renovadores y tradicionales, por lo que, para defenderse de sus enemigos, se desplazó a Tréveris, entonces corte del emperador romano Máximo.

Ignoraba que sus enemigos hubieran preparado el terreno en su contra, aprovechando la mala situación del Emperador, que deseaba atraerse al papa y la Iglesia oficial condenando el priscilianismo. Prisciliano fue acusado de hereje, mago, astrólogo cabalístico y dispensador de hierbas abortivas. Lo torturaron ferozmente hasta que confesó cuanto deseaban sus verdugos. Poco después murió decapitado junto con algunos seguidores, los primeros disidentes eclesiásticos que fueron ejecutados por el poder civil.

Aunque el Emperador lo hizo perseguir ferozmente, el priscilianismo sobrevivió, sobre todo en Galicia. De hecho, cuando en el año 388 Máximo fue derrotado y decapitado, una delegación encabezada por Dictino viajó a Tréveris para exhumar los restos de Prisciliano y repatriarlos a Galicia. A finales del siglo IV, once de los doce obispos gallegos eran priscilianistas y el único ajeno no era propiamente gallego sino un bretón, titular de la diócesis de Bretoña, una supervivencia en Galicia de las invasiones de los siglos V y VI. Todavía en 633, el IV Concilio de Toledo condenó como pecado y práctica prisciliana el pelo largo que acostumbraban a llevar los clérigos gallegos y, curiosamente, también era bretón el eremita Paio que un siglo después descubriría la tumba de Compostela.

Más allá de las dudas sobre si la tumba de Compostela es o no la del Apóstol, las peregrinaciones mantuvieron su intensidad durante largo tiempo y dejaron un rastro de impresionantes monumentos artísticos.

## VISITANTES CURIOSOS Y ASOMBRADOS

Siglos después, el Romanticismo trajo a España un tipo distinto de visitantes cultos, llegados en busca de un país exótico, lleno de recuerdos medievales y musulmanes. Entre la legión de escritores que transmitieron la imagen de un país extraño y pintoresco destacan el norteamericano Washington Irving,

llegado primero como visitante y luego como embajador norteamericano, Alexandre Dumas, Théophile Gautier, George Sand y Victor Hugo.

Quizá el más curioso de todos fue el británico George Henry Borrow, romántico fervoroso y dotado traductor de treinta y cinco lenguas y varios dialectos, que recorrió numerosos países, primero como misionero bíblico y luego como periodista. Entre 1835 y 1840, durante la primera guerra carlista, estuvo en Portugal y en España encargado de repartir Biblias protestantes a cuenta de la Bible Society. En España estaba proscrita la palabra «biblia» a secas, que se entendía como protestante, así que se llamaba Historia Sagrada al Antiguo Testamento y Santos Evangelios al Nuevo Testamento. Ambos libros se publicaban siempre con licencia y comentarios eclesiásticos para orientar a los fieles, a diferencia de la Biblia que Borrow publicó en Madrid y que se agotó casi completamente antes de ser secuestrada por la autoridad y él mismo encarcelado.

La experiencia le sirvió para escribir *The Bible in Spain*, un magnífico libro sobre su viaje, prisión y aventuras que, aquel mismo año, tuvo seis ediciones inglesas y dos norteamericanas y se vertió inmediatamente al alemán, el francés y el ruso. Contribuyó a extender la imagen romántica de una España medievalizada que inspiró a Prosper Mérimée su novela *Carmen*. El libro de Borrow no se publicó en España hasta ochenta años después, con traducción y prólogo de Manuel Azaña, más tarde presidente de la República. La siguiente traducción española tendría que esperar hasta 1970, otros cincuenta años.

## TURISTAS DE VERDAD

A partir de la década de 1960 se consolidó la llegada masiva de turistas y, como era de esperar, la irrupción de millones de extranjeros provocó un terremoto mental en los españoles. Además, y a efectos prácticos, se potenció todo lo que parecía más típico y curioso, sobre todo andaluz, y empezaron a proliferar los lugares donde se cantaba, tocaba y bailaba flamenco, dando ocupación a muchas personas que convirtieron sus aficiones en actividad profesional.

A partir de 1959, el Gobierno apostó por apoyar al turismo con todos sus medios y, para atender a la masa de visitantes, hubo que importar artículos que hasta entonces llegaban de contrabando, construir hoteles, villas y bloques de apartamentos que a su vez hicieron nacer, como las setas, restaurantes, tablaos flamencos, bares y salas de fiestas, o, como empezaban a llamarse, discotecas. Hasta la gastronomía sufrió un cambio: la paella valenciana, con su decorativo amarillo salpicado de trozos de carne, pescado y mejillones, se extendió como

plato nacional-turístico, aunque algunos extranjeros se extrañaban al ver surgir del arroz inquietantes animales desconocidos, que sólo eran patas de pulpo o calamar. No sólo emborrachaban el mar y el sol, sino también el alcohol, que era barato y sin medida. La sangría, el más humilde de los cócteles, se extendió como la espuma, destellando sus trozos de fruta entre el oscuro del vino. Y la sandía, de rojo refulgente, se convirtió en postre obligado en los restaurantes de playa.

La libertad sexual, cierta o imaginaria, de las turistas, conquistó España en menos tiempo que los romanos y, en las zonas de playa, muchos mozalbetes dejaron a sus novias en verano para cortejar extranjeras. Hasta que las chicas del lugar se aprendieron la copla y combatieron a la competencia con sus mismas armas, desbaratando las sanas costumbres del país.

Y no sólo hizo furor el biquini, sino también la minifalda, que un día se le ocurrió a una diseñadora de modas británica llamada Mary Quant, dicen que inspirándose en el pequeño automóvil Mini Morris de 1965. Se propagó como la pólvora al aparecer en la revista *Vogue* y también la llamaron «mini». Con la diferencia de que los automóviles no tienen piernas y las chicas sí, para alegría del personal, que descubrió territorios hasta entonces *térra ignota*. Tanto fue el alboroto que Manolo Escobar alcanzó un gran éxito cantando: «No me gusta que a los toros te pongas la minifalda…». Los toros y la minifalda eran una síntesis perfecta de la nueva situación de un país que estaba pasando de la boina al biquini a marchas forzadas.

La fiebre constructora se inició con unos cuantos hotelitos en la costa de Girona y siguió de mano de la familia Hohenlohe, en Marbella y Torremolinos. Imitando la Costa Azul y la Costa Brava, el litoral español fue rebautizado como Costa del Sol, del Azahar, Dorada, Blanca y con cuantos apelativos turísticos se inventaron. Todo ello combinado con la organización de festivales de la canción, encabezados por el de Benidorm (imitación del de San Remo), que proveyeron de canciones del verano a todos los bailoteos.

La llegada de los primeros turistas había hecho reír por lo raros que parecían, pero, más tarde, la invasión de sus masas festivas, en busca del sol y la alegría baratos, pareció traer la felicidad un poco más cerca.

## HUMOR E INOCENTADAS

Era éste un país aficionado a las bromas y a reírse del prójimo, costumbre tan arraigada que hasta tiene un lugar en el calendario, el 28 de diciembre, festividad de los Santos Inocentes, también implantada en Hispanoamérica y en algunos puntos del Mediterráneo. Sólo en Menorca el *Dia d'enganar* (Día

de engañar) se celebra el 1 de abril, como herencia del *Fool's Day* de sus antiguos dominadores ingleses.

Lo más sorprendente para los extranjeros no eran las bromas que los españoles podían gastarse el 28 de diciembre, sino que la propia prensa, tan circunspecta y censurada, publicaba ese día sorprendentes noticias que se revelaban falsas en la edición siguiente. En realidad, estas mentiras festivas se enmarcaban en una prensa poco aficionada a la veracidad.

> Presentaron un representante de comercio al ministro de Información y Turismo y el hombre aprovechó la ocasión para exponer una cuestión.
>
> —Yo, señor ministro, viajo continuamente por toda España y quisiera consultarle un hecho que me preocupa.
>
> —Diga, diga —respondió obsequioso el ministro.
>
> —En ocasiones, publica el periódico que se ha inaugurado la escuela de un pueblo y cuando yo voy ni se han puesto los cimientos; otras veces dice que se inaugura una línea de ferrocarril en determinado pueblo, pero cuando voy todavía están las vías a medio poner y así se sucede en innumerables ocasiones. ¿Usted qué opina, señor ministro?
>
> —Todo eso es un problema que se crea usted solo —respondió el político—. Lo que debería hacer es leer más la prensa y viajar menos.

El día de los Santos Inocentes, además de bromas indiscriminadas, justificaba algunas celebraciones específicas en pueblos valencianos como Ibi o Jalance, localidad cuya «Fiesta de los Locos» data del siglo XVII y donde grupos de jóvenes vestidos de modo estrafalario recorren las calles haciendo música y celebrando, al llegar la noche, un baile que resultaba ser de permisividad extraordinaria para las correosas costumbres franquistas.

## LA LARGA ESPERA DE EXTRANJEROS RICOS

La llegada del turismo aportaría motivos para el buen humor, aunque tardó medio siglo en producirse, porque el conde de Romanones, como ministro de Fomento, formó ya en 1905 la Comisión Nacional de Turismo para estudiar el modo de atraer visitantes extranjeros; ricos por supuesto. Pensando también en los turistas de calidad, desde 1911 la Comisaría Regia de Turismo impulsó la restauración de monumentos y, entre otros, creó el Museo Romántico de Madrid, la Casa del Greco en Toledo, la Institución Cervantina de Valladolid y restauró los jardines del Alcázar de Sevilla.

Por entonces, se lanzó el primer lema propagandístico: «*Sunny Spain*» (España soleada), utilizado en la Exposición Internacional de Londres, un reclamo discutible en una época en que las señoras veraneaban con sombrilla

de mano y conservaban su distinguida clientela lugares frescos como Biarritz, Deauville, San Sebastián, Brighton o Baden Baden.

El primer parador nacional fue el de Gredos, inaugurado en 1926, y, poco después, se fundó el Patronato Nacional de Turismo, que inició la organización de una oferta minoritaria y de calidad, desbaratada por la guerra civil. En 1939 se creó la Dirección General de Turismo, que sólo pudo manifestar buenas intenciones, contactar inútilmente con las agencias extranjeras y, en 1948, inventar un nuevo lema: «*Spain is beautiful*» (España es bella), que pasó sin pena ni gloria, dada la situación de aislamiento político en que se encontraba el país.

El verdadero aluvión turístico arrancó en 1959, cuando España estaba virtualmente en suspensión de pagos y carecía incluso de los 208 millones de dólares necesarios para abonar las licencias de importación ya concedidas. Acuciado por las deudas, el ministro de Hacienda, Mariano Navarro Rubio, logró convencer a Franco de abandonar la política económica autárquica de los falangistas y abrirse al exterior y dos ministros del Opus Dei, Navarro Rubio y Alberto Ullastres se propusieron imprimir un nuevo rumbo a la economía española por medio, entre otras medidas, de la captación de turistas, que, aquel mismo año, desbordaron las previsiones.

Como la vida es siempre sorprendente, el aluvión turístico puesto en marcha por los ministros del Opus cayó tres años después en manos de quien era entonces un tenaz enemigo de la Obra, Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo desde el 10 de julio de 1962.

La muchedumbre de extranjeros, que se suponían inmorales por naturaleza, obligó a tomar medidas cautelares. Entre ellas, una orden que la Dirección General de Seguridad remitía a los gobernadores civiles y éstos a los establecimientos hoteleros a instancias del general Camilo Alonso Vega.

Alonso Vega, ministro de Gobernación entre 1957 y 1969, era un ferrolano cuidador de la moral ajena, cuya esposa, Carlota Rodríguez Bustelo, hacía piña con la mujer de Franco en la vigilancia del sexo en Televisión Española, donde, para evitar sobresaltos, se guardaba una colección de chales listos para colocar sobre el busto de cualquier artista que llegara un tanto despechugada.

Don Camilo Alonso Vega, a quien sus subordinados llamaban *don Camulo*, había mandado durante muchos años la Guardia Civil y luego dirigió con mano de hierro el ministerio de Gobernación, donde hicieron sus primeras armas Carlos Arias Navarro y León Herrera Esteban. Jugaba al chamelo con Franco y cada primavera cuidaba de que el director general de Seguridad emitiera la famosa orden «en defensa de la moral pública» en la que se amenazaba con sanciones a quienes no se cubrieran el pecho y espalda debidamente, y se obligaba a llevar falda a las mujeres y pantalón a los hombres. También se prohibía permanecer en traje de baño fuera del agua

incluso en la playa, vestirse o desnudarse fuera de casetas cerradas, practicar el «desnudismo o incorrección», pugnar contra «la honestidad y el buen gusto tradicionales entre los españoles» y tomar el sol sin albornoz o fuera de solarios cerrados.

En resumen, quedaba prohibido todo cuanto se hacía normalmente así que, ante el aluvión de infractores, los guardias hacían la vista gorda. No obstante, la circular se repetía todos los años, sin que surtiera el menor efecto, porque los extranjeros no la entendían. Finalmente se optó por fijar traducciones inglesas y francesas en la puerta de los hoteles, pero cuando los turistas las leían, dudaban si se trataba de una broma o les había sentado mal el desayuno.

## UN REGENTE PARA NADA

Los ministros del Opus encabezados por Laureano López Rodó esperaban que, tras la muerte de Franco, subiera al trono Juan Carlos de Borbón, que vivía entonces en el palacete de la Zarzuela sin ningún título oficial, ya que la legitimidad monárquica correspondía a su padre.

Manuel Fraga, en cambio, estaba en contra de tal idea. Fraga era un franquista reformista, de intensa carrera. De joven, comprendió que una de las virtudes del franquismo era la meritocracia e hizo oposiciones a letrado de las Cortes, que aprobó con el número uno. Luego ingresó, también por oposición, en el Cuerpo Diplomático y, en 1953, ganó una cátedra en la Universidad de Madrid, donde nunca ocultó su opinión sobre la monarquía. Cuando los alumnos le preguntaban malintencionadamente: «¿Cree usted que la Monarquía conviene a España?», él sin dudarlo un instante respondía: «Voy a darle a usted las cinco razones por las cuales la Monarquía no conviene a España». Y las enumeraba una tras otra, aunque, con el tiempo, estas cinco razones aumentaron en número y algunos afirman que llegó a enumerar múltiples argumentos contrarios al trono.

Por entonces, Fraga actuaba como ideólogo de un grupo de franquistas a quienes llamaban *regencialistas*. El marqués de Valdeiglesias los calificaba de «republicanos a plazos», cuando realmente eran personas del régimen, deseosas de perpetuarlo y que temían que un monarca acabara con aquello. Su apuesta era: después del dictador, otro; es decir, cuando muriera Franco habría que nombrarle un sustituto con título de regente, dado que, desde 1947, España era oficialmente una Monarquía. Aunque nadie se atrevía ni siquiera a insinuar que Franco pudiera morir, sino que, en la tautología del régimen, se mencionaba «el inevitable suceso biológico», frasecita que, como broma,

tampoco estaba mal.

Los regencialistas, encabezados por Fraga y José Solís, tomaron como futuro regente al general Agustín Muñoz Grandes, un malhumorado militar, falangista pronazi, antimonárquico y antiguo jefe de la División Azul. Era el único general por quien Franco sentía cierto respeto, a pesar de ser acérrimo enemigo de su mano derecha, el almirante Carrero Blanco, y su equipo de protegidos del Opus. Cuando el ministro Navarro Rubio decidió reducir los presupuestos militares, Muñoz Grandes se puso hecho una furia y, como el ministro era jurídico militar, pretendió formar un tribunal de honor para expulsarlo del ejército. Franco evitó semejante disparate y, desde entonces, sin marginar públicamente al general, dejó que Carrero Blanco cortara lentamente la hierba bajo sus pies.

Era discutible que Muñoz Grandes pudiera suceder a Franco, porque era cuatro años mayor y tenía una salud mucho peor. Franco lo nombró capitán general, jefe del Alto Estado Mayor y vicepresidente del Gobierno, aunque todo el poder real se concentró en Carrero Blanco. Lo destituyó definitivamente en 1967, cuando ya estaba muy enfermo.

Cuando falleció en 1970, Fraga y los suyos se quedaron sin regente. No faltó el oportuno chiste en una España donde los coñacs más conocidos se llamaban Veterano, Soberano y Fundador.

Tras la muerte del general Muñoz Grandes, su viuda pidió a Franco que fuera enterrado en El Escorial, dada su condición de militar veterano.

—Eso es imposible —respondió Franco—, ser veterano no basta. En El Escorial sólo se entierran los reyes y Agustín no fue un soberano.

—Pero José Antonio Primo de Rivera sí que fue enterrado allí.

—Porque había creado la Falange y el Partido pidió inhumarlo allí por ser su fundador.

—Te niegas a concederle los honores de Veterano, de Soberano o de Fundador. ¿Qué crees que era mi marido? ¿Un coñac de garrafa?

## LOS TURISTAS, ESOS RAROS

Durante medio siglo, el Estado había intentado atraer a los extranjeros ricos y, aunque finalmente los extranjeros vinieron, en su mayoría eran europeos de clase media y trabajadores favorecidos por el cambio monetario y el diferente nivel de vida. Con ellos llegó también el asombro, porque los españoles habían visto grabados de escoceses con faldas, pero verlos en vivo y en plena calle les dejó asombrados. Su mentalidad de machos ibéricos fue torturada por la duda de si, bajo las faldas, los escoceses llevaban o no calzoncillos.

En aquella España que todavía se encasquetaba la boina, entró en escena

un nuevo conjunto textil, el biquini, que tenía nombre de un atolón donde los norteamericanos experimentaban con la bomba atómica. La explosión que provocó la prenda no fue menos nuclear que su nombre, pese a que los primeros aparecieron casi a hurtadillas en algunas playas, ante el asombro de los guardias civiles que vigilaban la costa con órdenes de no molestar a los turistas.

El biquini empezó a abrirse paso de un modo clamoroso en 1962, gracias a la película *Bahía de Palma*, pensada para mostrar al mundo los paisajes de Mallorca, que fueron mucho menos apreciados que los paisajes de la espectacular Elke Sommer en biquini. La calificación moral de la cinta era «no recomendable para menores de catorce años», pero se ignoran los daños colaterales que produjo de los catorce en adelante. La cinta contenía también un poco de humor a cargo de Cassen, seudónimo de Casto Sendra, un humorista que había comenzado haciendo reír a la gente en Radio Tarragona, pasó luego al teatro como actor tragicómico, en 1961 logró un gran éxito televisivo con sus programas *En broma* y, aquel mismo año, intervino en *Plácido*, una importante película de Berlanga.

Desde entonces, ya fue imparable la carrera española de los biquinis, que los caballeros respetables definían pícaramente como «una prenda que lo enseña todo, menos lo fundamental».

Y como el país era barato, agradable y soleado, muchos turistas se acostumbraron a volver todos los años, reservando los mismos hoteles y utilizando un mínimo de vocabulario español, aunque el servicio se esforzaba en aprender idiomas apresuradamente.

Franz Leger llegó desde Stuttgart con su mujer y su hija al hotel donde había pasado los dos veranos anteriores. Como era exigente y meticuloso, quiso dejar las cosas claras desde el principio.

—Buenos días. Soy Franz Leger, alemán de Alemania, y tengo reservadas dos habitaciones —dijo al recepcionista, entregando el pasaporte.

—No hay ningún problema, señor Leger, aquí está su reserva.

—Repito que soy alemán de Alemania.

—Naturalmente, señor Leger, todos los alemanes son de Alemania.

—Pues cuando llegué el año pasado, dijo usted: «Ya está aquí el alemán de los cojones».

## UNA APISONADORA LLAMADA FRAGA

Tras todo el aluvión turístico se encontraba, bufando como un tifón, el ministro del ramo, Manuel Fraga Iribarne, capaz e incansable en el trabajo, testarudo como una mula y con la sensibilidad de un boxeador. Él fomentó la

industria turística, activó la construcción de paradores e impulsó la propaganda. Cuando una joven suiza llegó al aeropuerto de Barajas en 1962, se sorprendió de que la esperasen unos señores muy amables, que le entregaron flores e hicieron fotografías. Era la «turista diez millones» y, desde entonces, cada año se proclamó un turista tantos millones, cómputo que, por decisión ministerial, siempre recaía en una chica joven y razonablemente guapa.

Carmen Polo odiaba secretamente a Fraga por sus toscos e impulsivos modales, pero él hacía del Ministerio de Información y Turismo el ojo de un huracán propagandístico que exaltaba el sol de España como si lo hubiera creado el régimen. El antiguo e inútil lema turístico «*Spain is beautiful*» fue sustituido por «*Spain is different*», que logró un gran impacto como popularizador de un país de sol, gitanos, toreros, guitarristas y *bailaoras*. Aunque parecía contener una segunda lectura subliminal, porque, si España era diferente, también podía tener instituciones políticas distintas.

Durante sus siete años como ministro de Información y Turismo, Fraga demostró sobradamente su capacidad, enmarcada en groseros modales. Aunque el impulso que dio al turismo no fue su única contribución a la política española, porque iba a provocar otros terremotos en su larga vida política. En 1963, Fraga asumió la justificación del fusilamiento del dirigente comunista Julián Grimau, tras un juicio con notables vicios jurídicos que recibió duras críticas en el extranjero. Dos años después organizó la campaña XXV Años de Paz para conmemorar la victoria de Franco en la guerra civil y presentarlo como el hombre que había traído la paz al país. Y en una de sus hazañas más fotografiadas, en 1966, tras el accidente de un bombardero norteamericano que dejó caer cuatro bombas de hidrógeno en Palomares, Fraga se bañó públicamente para demostrar que no existía peligro en una playa, que cuarenta años después sigue contaminada.

## UNA PRENSA PARA NO INFORMAR

Seguía vigente la Ley de Prensa de 1938, inspirada por Serrano Súñer y redactada en plena guerra civil con la finalidad de utilizar a la prensa como instrumento de difusión ideológica. Los directores de los periódicos eran designados por el Ministerio de Gobernación entre una terna presentada por el propietario y en la que sólo podían figurar personas adictas al régimen, y el ministro también podía cesarlos libremente. Con la finalidad de ejercer un control sobre los contenidos y medios periodísticos, la Ley establecía duras sanciones contra cualquier vulneración de su articulado y dificultaba la

creación de nuevos órganos informativos. Todos los medios quedaban sujetos a la censura previa y los periodistas eran definidos como apóstoles «del pensamiento y de la fe de la nación recobrada a sus destinos».

El fútbol servía para la propaganda patriótica hasta el extremo de que al tipo de juego de la Selección española se le llamaba *Furia española*, un término que se había acuñado en 1576, a raíz del saqueo de Amberes por los tercios españoles. La cuestión llegó al paroxismo en el Mundial de Brasil de 1950, cuando Zarra marcó un gol a la selección inglesa, y en la Copa de Europa de Naciones, cuando Marcelino marcó un tanto a la selección soviética. Ambos goles fueron tratados como si fueran sendos desquites de la Armada Invencible y la guerra civil. También las victorias del Real Madrid se interpretaban como grandes logros del «milagro económico español», fórmula que las consignas del ministerio comenzaron a repartir en las redacciones desde que se comenzó a salir de la miseria. Lo que no se publicaba eran los verdaderos motivos que provocaban el aislamiento internacional de España ni las penurias de los millones de emigrantes en el extranjero, como tampoco se decía que el trabajo de las zonas industriales españolas era una de las claves de la mejora económica.

También el cine fue víctima de la Ley de Prensa. La irracionalidad de la censura había provocado errores que ponían el sistema en ridículo y excitaban la hilaridad. Uno de los disparates más comentados se produjo en el doblaje de la película *Mogambo*, dirigida por John Ford en 1953 y protagonizada por Ava Gardner, Grace Kelly y Clark Gable. Una pareja contrataba un safari en África y la esposa se enamoraba del cazador blanco. La pudibunda censura reformó la situación y, para evitar un adulterio, convirtió al matrimonio en dos hermanos, con tanta torpeza que sus intimidades hacían pensar en un incesto, más grave que el adulterio original.

Otras películas sufrieron serios retoques para salvar la moral. En *Las lluvias de Ranchipur* se hizo morir a Michael Rennie para que el asunto de su esposa, Lana Turner, con Richard Burton no pareciera un adulterio, sino el romance menos escandaloso de una viuda alegre. Lo cual resultaba ingenuo para quien conociera la novela de Louis Bromfield que había inspirado el guión.

La costumbre de alterar los filmes no pasó desapercibida para el público, que se lo tomaba a broma aprovechando otra película de ambiente tropical, *Cuando ruge la marabunta*, donde los protagonistas eran acosados por miles de hormigas gigantes.

Le decía un amigo a otro:

—En España, todas las películas están trucadas. ¿Has visto los miles de hormigas que salen en *Cuando ruge la marabunta*?

—Sí, ¿por qué?
—Pues un amigo mío la vio en Francia y no eran hormigas, ¡sino tías desnudas!

## DE LA CENSURA PREVIA A LA LIBERTAD VIGILADA

Con la intención de evitar estas situaciones, el Gobierno decidió superar el marco jurídico fascista, aunque sin llegar a la libertad de los Estados democráticos. El proyecto de la nueva Ley de Prensa e Imprenta fue defendido en las Cortes por el ministro Manuel Fraga Iribarne y el 15 de marzo de 1966 el Pleno lo aprobó con sólo tres votos en contra.

La nueva Ley reconoció el derecho a una información libre, sustituyó la censura previa por un depósito previo y mantuvo la obligación de insertar las notas oficiales. Eso sí: la gran información continuó en manos del Estado, ya que únicamente la agencia EFE podía proporcionar información política y la televisión continuó representada por el único canal oficial.

La libertad de información quedó mediatizada en el artículo segundo de la ley, cuya redacción era tan amplia e inconcreta que permitía todo tipo de interpretaciones, lo que posibilitaba el secuestro de publicaciones y la sanción a las opiniones contrarias a los principios franquistas. El resultado fue una mayor libertad, pero a costa de los casi seiscientos expedientes administrativos que se abrieron a medios y periodistas durante sus once años de su vigencia.

El temor a las sanciones obligó a escribir entre líneas y a mantener la autocensura hasta el final del régimen. Los espectáculos tampoco lograron una libertad completa: en los doblajes de cine se hacían manipulaciones tan pintorescas como cambiarle el apellido a un personaje de la película *Doce del patíbulo* de 1967, un mafioso condenado a muerte llamado Victor Franco que fue rebautizado como Victor Frankie para evitar molestas comparaciones.

Como estaban prohibidas las películas pornográficas, algunas salas de Perpiñán se especializaron en el «cine para españoles», y proyectaban incesantemente películas que, en ocasiones, no lograban llegar al porno. Todos los fines de semana llegaban desde España autobuses llenos de espectadores ansiosos, capaces de tragarse una sesión doble por la mañana y otra por la tarde. A finales del régimen, *El último tango en París*, dirigida por Bernardo Bertolucci en 1972, con Marión Brando y Maria Schneider como protagonistas, provocó verdaderas oleadas de cinéfilos ocasionales que fueron a ver la cinta en su versión original, pese a no entender el francés. Mientras tanto, se multiplicaban en España los comentarios sobre escenas de la película, incluso entre quienes no la habían visto.

A pesar de todas sus cautelas y limitaciones, la Ley de Prensa e Imprenta

de Fraga supuso un importante avance de la libertad de información, lo que no evitó que numerosos medios fueran sancionados con multas, secuestros de ediciones y cierres. En los primeros años de vigencia de la Ley aparecieron siete diarios nuevos: *TeleleXprés, Nuevo Diario, Diario SP, Nivel, Diario Femenino, Diario de Pontevedra* y *Primera Página*, que en general tuvieron escasa fortuna a causa de las limitaciones existentes.

Entre 1966, fecha en la que se puso en marcha la nueva ley, y 1969, año en el que Fraga dejó de ser ministro, se incoaron 457 expedientes contra la prensa. Tres de ellos se sustanciaron con sanciones muy graves: el cierre temporal del semanario *Destino, Diario Madrid* y *El Alcázar*. Este último, que en su última etapa se publicaba como diario liberal, volvió a manos de sus fundadores, que lo relanzaron como órgano de extrema derecha. Se ejecutaron otras 27 sanciones graves y 151 leves. Néstor Luján fue condenado y fueron procesados Martínez Albertos, Pedro Altares, Rafael Calvo y Miguel Ángel Gozalo.

Con todo, esta ley permitió mayor libertad en los espectáculos y fue aprovechada por las revistas para aligerar los vestuarios y acortar las faldas, lo que dio origen al pícaro comentario de rigor: «¡Con Fraga, hasta la braga!».

# 9
# RIENDO A FAVOR Y EN CONTRA

## LAS GRACIAS DEL PODER

El humor tiene muchas caras y diversas utilidades. Entre otras, servir de instrumento al poder, como tantas veces demostró Churchill con sus comentarios sarcásticos, que desarbolaban a la oposición. Sin embargo, los poderosos españoles han preferido utilizar métodos más directos. Fernando VII, el más perverso de los Borbones, fue un tipo malhumorado que de niño pegaba a los criados y de mayor sólo parecía satisfecho jugando a las cartas, al billar o en las corridas de toros. Gozaba de un humor chabacano cuando estaba rodeado por su heterogénea camarilla de aduladores, formada por el nuncio del papa, los canónigos Ostolaza y Escóiquiz, los duques del Infantado y de Alagón, Antonio Ugarte —que había sido esportillero, escribiente y maestro de baile— y, finalmente, Pedro Collado, *Chamorro*, antiguo aguador y ahora bufón, que presumía de haber hecho caer en desgracia a un ministro con un chiste contado al rey mientras lo desnudaba.

Este rey se casó cuatro veces sin tener descendencia de sus tres primeras esposas. La primera, su prima italiana María Antonia de las Dos Sicilias, padeció dos abortos; la segunda, su sobrina portuguesa Isabel de Braganza, murió mientras se le practicaba una cesárea; y la tercera, la alemana María Josefa de Sajonia, no logró jamás quedarse encinta. El rey, en este último caso, siguió de mala gana los consejos de los médicos y las reiteradas prácticas devotas, hasta hartarse de tan inútiles maniobras procreatorias. Una de ellas consistió en peregrinar a un lejano santuario, para lo cual los reyes, su familia y parte de la corte partieron en una abigarrada caravana, durante la que Fernando, harto de las sacudidas, los baches y el polvo del camino, dejó salir uno de sus castizos exabruptos: «¡De aquí saldremos todos preñados menos la reina!».

María Josefa murió, pues, sin descendencia, pero cuando propusieron al viudo desposar con otra princesa alemana, se negó diciendo que estaba harto

de los versitos y devociones de la anterior y no le apetecía otra germana católica. Ya con cuarenta y cinco años, se casó con su sobrina de veintitrés, María Cristina de las Dos Sicilias, con la que tuvo dos hijas, Isabel y Luisa Fernanda, no se sabe si contando con alguna colaboración externa.

No todos los personajes públicos tuvieron tan mala baba como Fernando VII y la historia política española ofrece buenos ejemplos de ese humor chispeante que suele ser indicativo de la inteligencia. Habitaba, por ejemplo, en Antonio Cánovas del Castillo, historiador de carrera y político procedente de la Unión Liberal, que fue menos de derechas que el propio Partido Conservador que él mismo había creado. No obstante, se adaptó a la realidad porque creía que la política era el arte de lo posible. Pariente del escritor Serafín Estébanez Calderón, y además malagueño, poseía la virtud andaluza de resolver las situaciones con una frase ingeniosa.

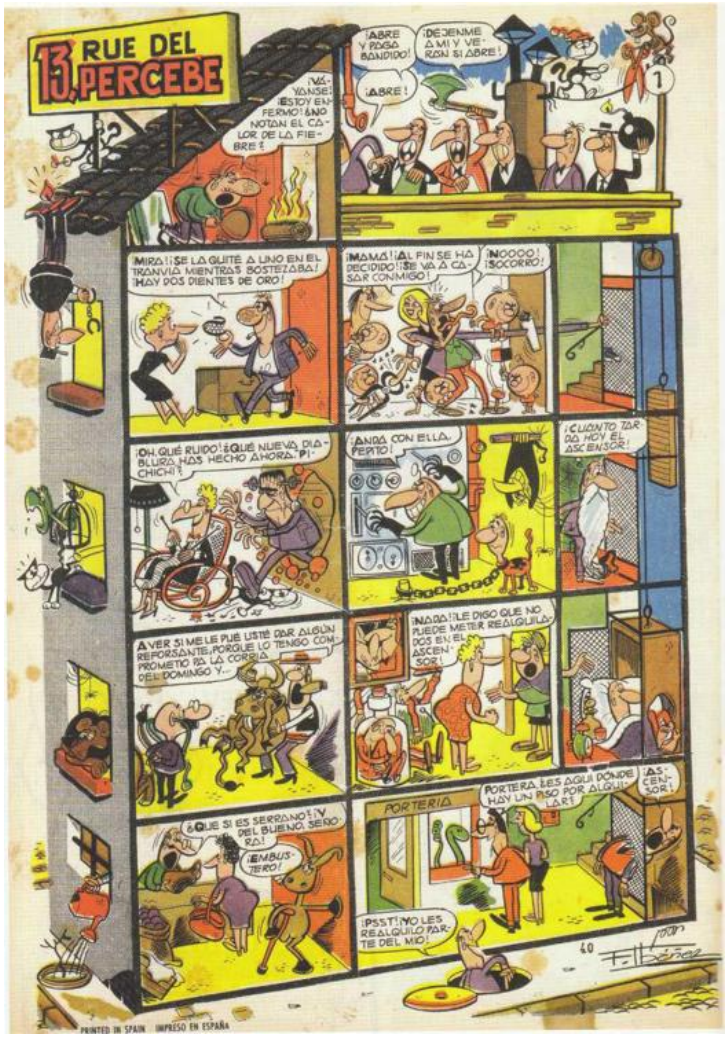
María Gutiérrez descubre las ventajas de lavarse con jabón. Por lo demás, el anuncio no es machista.

El éxito de Marisol o el encanto de la explotación infantil.

El alicantino Jorge Llopis, colaborador habitual de *ha Codorniz*, publicó en 1957 esta falsa antología de la poesía española que tuvo nueva versión (sin censura) en 1972.

Cuando los huevos eran el colmo de la ilusión.

El argumento definitivo para no ser comunista.




Los habitantes de *13, Rué del Percebe*, de Ibáñez, hilarantes estereotipos de una España que empezaba a dejar atrás la posguerra y encarrilaba el desarrollismo.

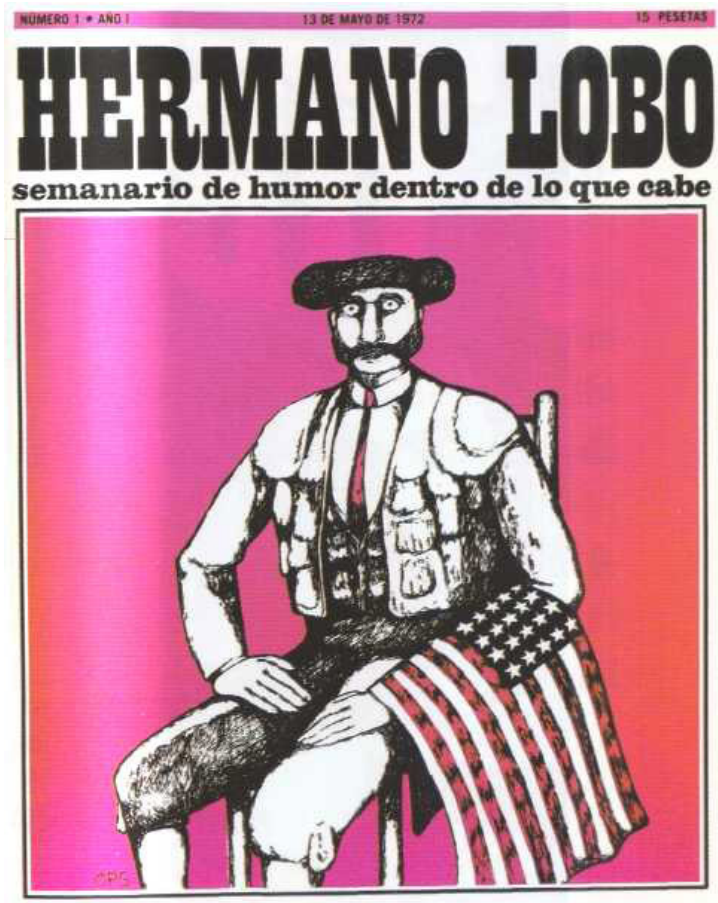
Nueva versión de ¡Bienvenido, Mister Marshall!

Ya no basta con cumplir la ley de Dios, ahora hay que pagar.

La distinción de ligarse a una extranjera.

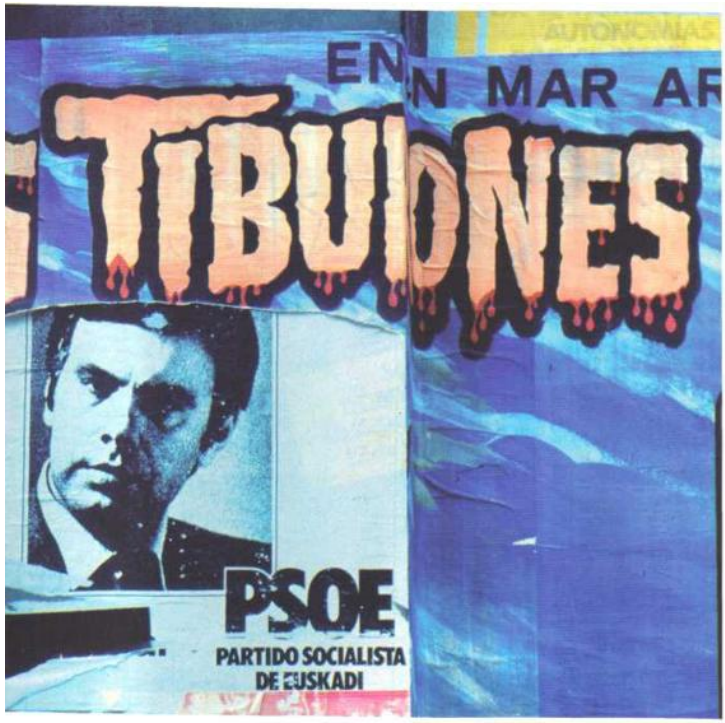
Aunque pusiera la finca más cerca, no era un coche para campesinos.

¿Quién habló del abuso machista?




El primer número de *Hermano Lobo*, relevo de *La Codorniz* en el tardofranquismo.

La irrupción de las libertades dio lugar a mezclas sorprendentes.




Como muestra del ingenio de los políticos del pasado, fue notable la respuesta que un republicano del siglo XIX espetó a un protestante que le proponía ingresar en su Iglesia: «¡Mi querido amigo! Si no creo en mi religión, que es la verdadera, ¿cómo voy a creer en la suya?».

Lo que está claro es que el humor de los poderosos resulta poco de fiar, porque suele formar parte del arsenal de malévolas técnicas con las que tratan de imponerse a los demás. Ni siquiera son de fiar los jefes graciosos y dicharacheros, porque su simpatía puede esconder una técnica elemental para dominar al prójimo. En cuanto tienen audiencia, la aprovechan para contar un chiste tras otro, esperando que sus subordinados formen un coro que les ría las gracias a mandíbula batiente. Es ésta una ceremonia de doble utilidad: el jefe se autogratifica creyéndose ingenioso y ejerce su poder en el centro de un círculo atento a su persona; a cambio, los subordinados cuidan su seguridad profesional riendo las cosas que cuenta el jefe.

Estaba un coronel reunido con sus oficiales y llevaba ya un buen rato contando chistes entre sonoras carcajadas cuando observó a un joven teniente que permanecía serio entre la bulla de los otros.

—Veo que usted no se ríe. ¿Se encuentra mal o es que no le gustan los chistes?

—No, señor —respondió el otro—, lo que ocurre es que soy de otro regimiento.

Los ejércitos utilizaron durante muchos años gran cantidad de mulos, animales sobrios, resistentes y capaces de cocear a cualquiera a la menor ocasión. Así nació el aforismo militar: «Del superior y del mulo, cuanto más lejos, más seguro». Del cual existe una versión eclesiástica, conocida sobradamente por los frailes: «Del abad y del mulo, cuanto más lejos, más seguro».

## LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

Aunque el humor pueda ser una herramienta del poder, también es un instrumento de quienes están sometidos y carecen de otro mecanismo para vengarse sin que se note.

Este sistema de venganza mental contra los poderosos tiene en España una larga tradición, muy localizable en *El Quijote*, donde Cervantes se desquitó de sus sinsabores de hombre pobre y con mala suerte. Aunque el libro va precedido por una respetuosa dedicatoria de agradecimiento al duque de Béjar, mecenas de la edición, contiene una inclemente ofensiva contra el espíritu caballeresco, incapaz de comprender la realidad y acostumbrado a ver el mundo a través de sus prejuicios. Las sátiras de la obra tuvieron gran éxito en la época y fueron celebradas como verdaderos hallazgos del humor. Quizá sin entender a fondo lo que Cervantes quería decir, que se derivaba de su propia experiencia, curtida en sucesivos desencantos.

En este genial alegato contra la obcecación, el convencido y obstinado don Quijote interpreta la realidad a través de la propia ideología, despreciando el sentido común de Sancho Panza. La lección se repite en muchos de los capítulos, aunque resulta muy explícita en la lucha contra los molinos, en la que Cervantes no describió un suceso simplemente chusco, sino una situación más compleja, que se repite constantemente en la vida real. Como cualquier obcecado, don Quijote confunde los molinos con gigantes y no reconoce su error ni siquiera después de haber sido derribado por sus aspas.

El libro arremetió contra los tópicos caballerescos, que no desaparecieron con su crítica ni con el paso del tiempo. Al contrario, el fanatismo se encargó de conservarlos, más o menos adaptados, y pervivieron incluso como núcleo sentimental del régimen franquista, que partía de la ideología falangista y de la mentalidad africanista.

No acaban aquí las lecciones de *El Quijote*, que está lleno de ellas. La destrucción de la biblioteca del hidalgo por parte de los poderes locales y familiares —el cura y el barbero, más el ama y la sobrina— recrea la tentación de eliminar el pensamiento contrario quemando sus libros, que son los

almacenes de las ideas.

¿Cuántas veces se ha quemado en España la Biblioteca de Alejandría? Incineraron libros los moros y cristianos en sus respectivas conquistas y reconquistas, la Inquisición y, en sus últimos episodios, los dos bandos enfrentados en la guerra civil de 1936 y su posguerra, desde las piras anarquistas de libros y registros eclesiásticos hasta el expurgo de los falangistas, requetés y párrocos de las bibliotecas de los ateneos populares. El odio a la letra impresa dio sus últimos coletazos al final del franquismo, en los decomisos de libros que se intentaban colar a través de la frontera francesa y el incendio de algunas bibliotecas y librerías. En plena democracia, resurge, de vez en cuando, el ánimo incendiario del fanatismo, como han probado los repetidos ataques que ha sufrido en San Sebastián la librería Lagun, que regenta María Teresa Castells.

*El Quijote* nunca fue prohibido, sino exaltado, probablemente porque, a medida que transcurrían los siglos, pocos eran capaces de leerlo y mucho menos entero. Fue muy corriente que al preguntar a los españoles cuáles eran los libros más importantes que conocían, respondieran que *El Quijote* y la Biblia, sin haber leído ninguno de los dos.

Del primero, habían leído generalmente la primera página, porque los maestros acostumbraban a utilizarla como lectura obligatoria, aunque sin persistir en el resto de la obra. Con razón, porque hacer leer los clásicos a un niño de diez años puede desencantar a un lector en ciernes. Quizá esa manía de comenzar a leer por los clásicos haya asustado a demasiados niños españoles, matándoles el amor a los libros. Porque éste no era un país lector. El Ministerio de Educación Nacional promovió una campaña para estimular la lectura, con el lema «Un libro ayuda a triunfar». Obviamente, no pudieron librarse del sarcasmo.

—Papá, ¿es verdad que un libro ayuda a triunfar?
—Sí, hijo, sí. Un libro de cheques.

—En España, la gente no lee nada.
—¿Cómo lo sabes?
—Lo he oído por la radio.

## RISAS PROFESIONALES

Numerosos chistes sobre las profesiones son una cauta y sibilina manera de vengarse de quienes, de un modo u otro, nos imponen su voluntad. En todo el mundo se cuentan chascarrillos sobre jefes, médicos, sacerdotes, profesores u

otros depositarios de algún tipo de superioridad o autoridad, incluso moral.

Especialmente abundantes y crueles son los chistes contra los abogados, cuyo trabajo consiste mayoritariamente en solucionar los problemas que crean otros abogados. La mala fama de los abogados es universalmente aceptada y la profesión tiene fama de no ser fiable, aunque acudimos a ellos para que solventen nuestros problemas cuando son especialmente graves. Probablemente el chiste de abogados más universal y conocido sea el siguiente:

—Iba un barco lleno de abogados cuando se desencadenó un temporal y se ahogaron todos…

»Ahora no recuerdo cómo continúa el chiste, pero ¿verdad que comienza bien?

En un país como España, donde los abogados tienen especial mala fama y el catolicismo convive con el anticlericalismo, no podía faltar un chascarrillo que combina la sátira de los profesionales del foro y de la religión.

Murieron el mismo día un cura y un abogado, que fueron al cielo, donde san Pedro colocó al eclesiástico en cualquier sitio e instaló al abogado en la mejor nube.

—¿Cómo me tratas así, cuando yo soy un hombre de Dios y, en cambio, concedes privilegios a este otro, cuyos méritos desconocemos? —protestó irritado el clérigo.

—Porque curas tengo muchos —respondió san Pedro—, pero éste es el primer abogado que entra en el cielo.

Abogados aparte, dos siglos de anticlericalismo español han motivado innumerables chistes contra el clero, con más voluntad de atacar que de hacer reír. La mayor parte de los chistes de curas, frailes y monjas no sólo eran verdes sino que intentaban ridiculizar la castidad clerical, que parece ser fundamental, dada la importancia que siempre presta la Iglesia a tales cuestiones. El humor con protagonistas eclesiásticos suele descansar en procacidades chabacanas atribuidas a los religiosos; sin embargo, existe una colección minoritaria de chistes libres de malas voluntades.

Fue a confesarse un tipo muy despistado.

—¿Cómo puedo combatir mis pecados?

—Ora, hijo mío.

—Son las nueve y cuarto. Pero, dígame, ¿cómo puedo combatir mis pecados?

Dice un párroco en su sermón del domingo:

—Hoy, el tema de nuestra reflexión será el octavo mandamiento, que condena a los mentirosos. ¿Recordáis el capítulo 35 del Evangelio de san Lucas?

Todos los feligreses asienten y el cura prosigue:

—Pues bien, de los mentirosos quería hablaros, porque el Evangelio de san Lucas sólo tiene 24 capítulos.

Un misionero se encontró en África de frente con un león. Estaba solo, sin armas y decidió pedir un milagro. Se arrodilló y pidió a Dios: —¡Señor, te ruego que infundas sentimientos cristianos a esta fiera!

Entonces vio cómo el león también se arrodillaba y rezaba:
—¡Señor, bendice los alimentos que vamos a tomar!

Algunas figuras sociales han sido sistemáticamente atacadas a través del humor. Entre ellas, los nuevos ricos, que constituyeron un filón para caricaturistas como Luis Bagaría en los tiempos de la Gran Guerra, cuando se hacían rápidas fortunas en los negocios sucios de suministros para los beligerantes. En la posguerra española, los nuevos ricos más vilipendiados fueron los estraperlistas.

Preguntaron a la oronda esposa de un estraperlista millonario:
—¿Le gusta a usted Brahms?
—No lo sé, porque yo no conduzco —respondió la señora—, pero mi marido está muy contento con su nuevo Studebaker y no quiere oír hablar de ningún otro coche.

Especialmente nutrida es la panoplia de chistes, sucedidos y chascarrillos de médicos, cuya autoridad resulta indiscutible y determinante. Salvan nuestra vida, alivian nuestras dolencias, pero es imposible escapar a su poder, tiránicamente sustentado en conocimientos que resultan misteriosos para la gente común. Por eso, el humor gusta de presentarlos como ignorantes o despreocupados.

—Doctor, estoy muy asustado porque ésta es mi primera operación.
—No se preocupe, yo estoy en el mismo caso.

—¿Qué tal ha ido la operación?
—¿Qué operación? ¿No era una autopsia?

—Doctor, no sé lo que tengo.
—Pues tómese estas pastillas, que no sé para qué son.

Sin olvidar a los enfermos de aprensión y a los maniáticos que visitan al médico sin auténtica necesidad. Durante siglos, intuitivamente, la religión proporcionó dos remedios contra la angustia: la resignación y la confesión. Cuando no bastaban, existía el rezo del rosario, que es el yoga católico. Al anochecer, un grupo de personas, mayoritariamente señoras maduras, se reunía con poca luz para repetir la monótona salmodia de cinco padrenuestros, cincuenta avemarias y cinco glorias, rematándolas por una larga serie de letanías, cada una seguida por un «*Ora pro nobis*». El conjunto de oscuridad, quietud y reiteración de los monótonos rezos tenía efectos curativos que para sí quisieran muchas creencias, gimnasias, sectas y demás manías alternativas de una sociedad neurótica que acude al médico como sustitutivo de la religión perdida.

—Doctor, he venido porque tengo un tremendo complejo de fea.

—¡Señorita, usted no tiene ningún complejo!

El gran sistema de la medicina española fue la Seguridad Social, nacida en 1942 como Seguro Obligatorio de Enfermedad. Su origen hay que buscarlo en el Instituto Nacional de Previsión que fundó el Gobierno de Antonio Maura en 1908, en el marco de su «revolución desde arriba». En años sucesivos, el Instituto evolucionó hacia la creación de seguros sociales de Retiro Obligatorio Obrero, Accidentes del Trabajo y Maternidad, y ya durante la República se empezó a preparar un proyecto de ley para el Seguro Obligatorio de Enfermedad cuya tramitación fue interrumpida por el estallido de la guerra civil en 1936.

En 1941, Franco nombró ministro de Trabajo al jerarca falangista José Antonio Girón de Velasco, arquetipo del macho ibérico, duramente corpulento y con un vozarrón amedrentador. Siendo estudiante de Derecho en Valladolid se había afiliado a las JONS, en la línea de Onésimo Redondo, el más nazi de los fascistas españoles. Fue miembro destacado de las escuadras de acción, encargadas de dar palizas y esconder armas, y aterrorizó a los estudiantes hasta ser expulsado de la Universidad de Valladolid, por lo que debió terminar sus estudios en Salamanca.

Prosiguió sus actividades en Falange y, tras ser reclamado por dos juzgados, fue detenido y encarcelado. En esta situación le sorprendió la sublevación del 19 de julio de 1936. Inmediatamente fue puesto en libertad y partió hacia el Alto del León al frente de una fuerza de falangistas. Combatió en diversos frentes, fue herido, hecho prisionero, nombrado capitán provisional y condecorado con la Medalla Militar. Después de la guerra fue delegado nacional de ex combatientes, se casó con la marquesa de Camporredondo y, al ser nombrado ministro de Trabajo, aprovechó su enérgica corpulencia y su vozarrón para protagonizar mítines en los centros obreros, especialmente en las minas asturianas, mostrándose como líder de una izquierdista «Falange social» que llegó a conseguir cierto predicamento.

En esta línea impulsaría la reglamentación del trabajo, las mutualidades y universidades laborales, además de modificar el proyecto republicano del Seguro Obligatorio de Enfermedad según el modelo alemán iniciado por Bismarck, que luego aprovechó Hitler. Financiado por las empresas y los trabajadores, el nuevo seguro dependió inicialmente de conciertos con las grandes empresas mineras o ferroviarias, que ya contaban con sus propios seguros médicos, y con las mutualidades patronales de accidentes de trabajo, de las que se aprovechó la experiencia e infraestructura médico-hospitalaria. En 1963 fue reordenado el sistema en la Seguridad Social, que recibió subvenciones del Estado, para completar la anterior financiación a cargo de las empresas y trabajadores.

Como era de esperar, las deficiencias de la Seguridad Social dieron tema para las venganzas del humor.

Aburrido Jesucristo en el cielo, decidió bajar de nuevo a la Tierra, pero creyó anticuado andar por los caminos haciendo milagros y decidió aparecerse como médico de la Seguridad Social. Estaba ya instalado en el consultorio cuando llegó el primer paciente, un hombre en silla de ruedas.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó Jesucristo.

—Que no puedo andar, soy incapaz de dar un paso y estoy clavado en esta silla desde hace seis años.

—¡Levántate y anda! —dijo Jesucristo extendiendo las manos.

Y el hombre se levantó, dejó la silla de ruedas y se fue caminando hasta su casa.

—¿Qué tal el médico nuevo? —le preguntó su mujer al llegar.

—Bah, igual que todos. ¡Ni me ha mirado!

Aunque también nacían nuevas formas de picaresca:

Estaban tres amigos en un bar cuando entró Jesucristo.

—Hijos míos, he vuelto al mundo para curar vuestras enfermedades. ¿Qué pedís?

—Quiero ver —dijo uno de los tres amigos, que era ciego.

Jesucristo le impuso la mano derecha en los ojos.

—¡Veo, veo! ¡Me ha curado! —gritó el hombre.

El segundo amigo se levantó.

—Cúrame a mí, que estoy medio sordo.

Jesucristo le puso las manos en los oídos.

—¡Estoy curado! ¡Oigo hasta el volar de las moscas!

Entonces Jesucristo se acercó al tercer amigo, que se apartó despavorido.

—¡A mí ni tocarme! ¡Qué tengo la baja!

Por no hablar de cómo proliferaban los chistes contra la enseñanza, a menudo protagonizados por Jaimito y en los que el profesor solía quedar en ridículo ante la perspicacia del niño. Eran una inconsciente venganza por los años en que sufrimos «la p con la a, pa», la tabla del siete y las horas de forzada permanencia en un pupitre, cuando lo que deseábamos era ir a jugar al fútbol, a pescar o a buscar nidos.

Muchos colegios eran deficientes instituciones mal dotadas que concentraron innumerables recuerdos infantiles, a veces agradables y otras no tanto, aunque nunca fueron los mejores y pocos quisieran repetirlos. Como aquel político que propuso reducir drásticamente el presupuesto de la enseñanza e incrementar el de las cárceles:

—¿Cómo se te ocurre dar tanto dinero para mejorar las cárceles y negarlo para los colegios?

—Porque estoy seguro de que al colegio no volveré, en cambio a la cárcel…

# 10
# AMOR, TORTILLA Y GASOLINA

## EL PRINCIPAL MANDAMIENTO

Parecía que la principal preocupación de la Iglesia española era combatir los pecados contra el sexto mandamiento, pero gran parte de la ciudadanía que se declaraba católica no parecía estar por la labor. Franco nunca demostró tener inclinaciones mujeriles, hasta el extremo de que se contaba un chascarrillo bastante conocido:

> Invitaron a Churchill a comer a El Pardo, donde compartió mesa con Franco, su esposa Carmen y su hija Carmencita. Acabado el ágape, las señoras los dejaron solos en un saloncito.
>
> —¿Una copa, general? —preguntó Churchill tomando una botella de coñac.
>
> —No, muchas gracias —respondió Franco—. En una ocasión tomé coñac y me sentó mal, tuve ardores de estómago y la cabeza me dio vueltas durante media hora. No he vuelto a hacerlo. Bebí una vez y nunca más.
>
> Mientras el general lo miraba en silencio, Churchill se sirvió una buena copa que saboreó tranquilamente. Al cabo, sacó un par puros de su bolsillo y ofreció uno a Franco.
>
> —Un purito sí que vendrá bien, ¿verdad?
>
> El otro miró con espanto.
>
> —¡Oh, no! Yo no fumo. Lo hice en una ocasión, cuando era cadete; el humo me hizo toser, luego vomité y me prometí no probar nunca más el tabaco. Fumé una vez y nunca más.
>
> Quedó pensativo el inglés con su copa y su puro, hasta que, suavemente, preguntó:
>
> —Carmencita será hija única, ¿verdad, general?

## HAY DE TODO EN LA FAMILIA

Nunca se achacaron tentaciones sexuales a Franco y su esposa, aunque no podía decirse lo mismo del progenitor y los dos hermanos del dictador. Nicolás Franco y Salgado-Araújo, su padre, era un marino trasnochador aficionado al tabaco, el alcohol y la baraja. Cuando tenía treinta y cuatro años vivió maritalmente en Filipinas con una muchacha de catorce llamada Concepción Puey, que quedó embarazada y tuvo un hijo al que pusieron Eugenio. Poco después, Nicolás los abandonó y regresó a España. Concepción acabó casándose con otro, con quien tuvo otros cuatro hijos, y la familia se trasladó a España, donde Eugenio Franco Puey fue reconocido por su verdadero padre y acabó en Madrid como topógrafo del Instituto Topográfico. Jamás recibió ninguna ayuda ni atención de su hermanastro, el Generalísimo.

Nicolás Franco y Salgado-Araújo se había casado en El Ferrol con María del Pilar Bahamonde y Pardo de Andrade, con la que tuvo cinco hijos, de los que sobrevivieron tres varones y una mujer. Finalmente abandonó a su familia para trasladarse a Madrid con Agustina Aldana, maestra de escuela que lo acompañó hasta el final de su vida. Su hijo el Generalísimo no tuvo relación con él, pero después de muerto hizo que vistieran el cadáver de uniforme y lo trasladaran a El Pardo para que estuviera enterrado junto a su madre.

Sus hermanos Nicolás y Ramón Franco Bahamonde fueron grandes aficionados a la compañía femenina, y tenían la curiosa manía de exhibirse desnudos a pesar de ser dos señores bajitos y rechonchos, sin especiales atractivos físicos. Siendo ya un joven teniente, Ramón irrumpió sin ropa en el escenario de un teatro de Melilla para acompañar a las coristas. Después se convirtió en un aviador de fama mundial y conspirador a favor de la República, hasta el punto de que se casó con Carmen Díaz Guisáosla en Hendaya para no pedir al rey el permiso reglamentario. Engañó constantemente a su mujer y acabó estableciendo una relación formal con Engracia Moreno, que quedó embarazada. Más tarde se divorció de Carmen y se casó con Engracia, aprovechando las leyes de la República. La familia Franco nunca quiso reconocer esta unión, y de hecho intentó que, una vez muerto Ramón, su hija Ángeles perdiera el apellido Franco.

En 1937, Nicolás Franco Bahamonde fue enviado a Lisboa como encargado de negocios y luego convertido en embajador, puesto en el que permaneció hasta 1957. Sus relaciones mujeriles allí fueron también intensas y, durante la guerra civil, el Generalísimo recibió una fotografía de su hermano acompañado por varias mujeres, todos desnudos. Después de contemplar la imagen, comentó tranquilamente: «Parece que el clima de Lisboa le sienta bien a Nicolás, lo veo más gordo». En 1950, el *Sunday Pictures* publicó una foto de Nicolás Franco en la playa de Cannes, esta vez en bañador y acompañado por Nina Dyer, una joven actriz inglesa en biquini, prenda todavía desconocida en España, donde tampoco se vendía el *Sunday Pictures*. La foto fue reproducida por *El Europeo* con un pie que se hizo famoso: «El

hermano del defensor de la cristiandad no parece ser defensor de la castidad». Cuando el dictador tuvo conocimiento de la foto, la atribuyó a una maniobra de los exiliados españoles en Francia y, aunque las relaciones entre los Gobiernos de Madrid y París no eran precisamente idílicas, la policía francesa hizo una redada entre los comunistas españoles de la zona.

Nina Dyer no siguió con Nicolás Franco. Picaba más alto y, en 1953, tuvo un romance con el barón Hans Heinrich Thyssen-Bornemisza, que, al parecer, le regaló una isla del Caribe, dos automóviles adornados con metales preciosos, multitud de joyas y ¡una pantera!, porque a la chica le gustaban las fieras. A pesar de todo, pronto se separaron y Nina volvió a casarse con el príncipe Sadruddin, más conocido en España como el Aga Khan, se convirtió al islam y, al cabo de unos años, volvió a divorciarse.

En cambio, Carmen Polo fue siempre muy estricta en las cuestiones de sexo y, junto con Ramona Rodríguez Bustelo, esposa del general Camilo Alonso Vega y asturiana de Noreña, formaba una comisión informal de censura, que durante años también estuvo integrada por María Purificación de Hoces y Dorticós-Marín, esposa del contralmirante Ramón Diez de Rivera y Casares, marqués de Huétor de Santillán y jefe de la Casa Civil de Franco, además de presidente de la sociedad que tenía la exclusiva para importar motos Vespa desde Italia. Este comité de señoras velaba tan celosamente por la moral, que al advertir algún quebrantamiento en la televisión, el cine o la radio se encargaba de exigir responsabilidades al ministro pertinente.

La tan española ley del embudo también fue de aplicación en estas cuestiones, cuando afectaron a los amigos políticos. Emilio Romero, el periodista mimado por Franco, fue hombre de conocida y pública afición por las jo vendías, sin que ello le acarreara problemas. José Antonio Girón de Velasco, personaje de confianza de Carmen Polo, a cuyas meriendas en El Pardo procuraba no faltar, también tenía una gran fama de mujeriego. De hecho, a comienzos de los años cincuenta, lo vigiló la policía, que fotografió sus juergas de alcohol y mujeres en un *cabaret* madrileño, el Villa Rosa, que hacía cerrar para divertirse con sus amigos.

## PECADOS PARA LA GENTE VULGAR

Entre los españoles del común, pecar era más difícil. La única posibilidad de cierto contacto entre los jóvenes era el baile, ejercicio pecaminoso de por sí, al menos hasta la aparición y desarrollo del *twist* a comienzos de los sesenta. Muchas chicas, convencidas de los males del baile, dominaban la técnica defensiva de evitar proximidades excesivas colocando el codo izquierdo de

modo que se clavara como un aguijón en el pecho varonil del contrario.

Bailar abrazados no era condición *sine qua non* para pecar, como demostró en 1953 la película *Ana*, estrenada en Italiados años antes. Su protagonista, Silvana Mangano, era una antigua bailarina y *Miss* Roma llegada al cine gracias a su romance con Marcello Mastroianni. La película popularizó un baile llamado «el bayón», donde la Mangano lucía sus habilidades bailando a contraluz en compañía de dos negros que tocaban las maracas. Fue como un torpedo bajo la línea de flotación de la moral oficial, tan preocupada por el sexto mandamiento y tan olvidadiza del quinto, séptimo, octavo y décimo. Desde entonces, Silvana Mangano se incorporó al satánico escuadrón de las italianas: Gina Lollobrigida, Eleonora Rossi Drago, Sofia Loren y Gianna Maria Canale.

La barrera defensiva formada por el codo femenino no solía ejercerse en los guateques, donde chicos y chicas eran amigos o conocidos y las cosas resultaban más sencillas. Sobre todo cuando se marchaban los padres que habían dejado el piso; entonces, cualquier sentimental ponía música lenta y un atrevido amortiguaba la luz hasta casi apagarla. Pero no sólo de pan vive el hombre y, en los guateques, además de bailar, había que beber y comer algo. Apartado este último donde triunfaban las tortillas de patatas, siempre aportadas por algunas chicas del grupo.

Era una comida barata, sustanciosa y algo politizada por el régimen, que, para combatir filológicamente a la tortilla francesa, asignó a la de patatas el patriótico nombre de tortilla española. Más o menos como la ensaladilla rusa, a la que rebautizaron como ensaladilla nacional y hasta ensaladilla imperial, como si la hubiera comido Felipe II, cuando, en sus tiempos, las patatas eran desconocidas.

Se jugó con suerte, porque si a Franco se le hubiera ocurrido que los pinchos de tortilla tenían forma de triángulo, como los masónicos, la habría prohibido y unos cuantos cocineros habrían caído en manos del Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo.

La consiguiente prohibición habría salvaguardado la moral al evitar que, reforzando los guateques, la tortilla de patatas incitara a cometer pecados de la carne. Responsabilidad que también tuvieron las últimas filas del cine, donde se parapetaban las parejas más cariñosas. Y hasta fueron territorios proclives al pecado los vagones del metro en las horas punta, cuando se apretujaban los pasajeros y pasajeras de pie. Ocasión que aprovechaban algunos tipos con más tentaciones que recursos, que, ocultos en la promiscua aglomeración, se pegaban a la retaguardia de la pasajera más próxima, intentando robar un roce vergonzante. Era el recurso de la más cutre lujuria machista.

A falta de billetes, pagaron a un empleado con monedas embutidas en un cartucho de papel que, resignado, guardó en un bolsillo de su gabardina. A continuación, tomó el metro para irse a casa.

Era una hora punta, el vagón iba de bote en bote y, sin que se diera cuenta, el cartucho de monedas quedó apoyado en el trasero de una chica que estaba delante de él.

—Señor, me está usted molestando —dijo la muchacha, indignada.

—Perdone, señorita, pero está en un error —respondió sonrojado y sacando el paquete de monedas—, es que me han pagado con este cartucho, que sin yo quererlo, la ha golpeado.

Rieron ambos del malentendido y, al llegar a una estación, se separaron amigablemente. Tiempo después, viajaba el hombreen metro cuando sucumbió a una tentación y se aproximó a la mujer que tenía delante. Ella no dijo nada, hasta que, al cabo de unas estaciones, lo saludó sonriendo. Era la muchacha de la otra vez.

—Hola, yo me apeo aquí. Me alegro de verlo. Y, por cierto, enhorabuena, veo que le han aumentado el sueldo.

Sin duda, el metro era un lugar de perdición:

Una señora llegó a la comisaría muy sofocada para denunciar que, viajando en el metro, le habían robado su dinero.

—¿Dónde llevaba usted ese dinero? —preguntó el policía.

—Guardado bajo el sujetador —respondió ella.

—¿Y no notó que alguien metía la mano? —insistió el otro.

—Claro que lo noté. Pero creí que era con buena intención.

## SEXO ENTRE CEJA Y CEJA

Como decían algunos graciosos, España era un país católico sólo de cintura para arriba. Hasta el extremo de que muchos sacerdotes, consiliarios de la Acción Católica rural, cuando organizaban una peregrinación al obispado o a un templo importante de la capital, debían extremar el cuidado para que, después de los actos religiosos, los jóvenes no se les escaparan a calles de mala nota.

Semejante preocupación alcanzó su cénit durante el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona de 1952. Unas noches antes de iniciarse los actos que reunirían a una masa de católicos españoles y extranjeros, la policía llevó a cabo una redada general de las numerosas prostitutas de la ciudad y las metió en camiones, como si fueran ganado. Los viajes acabaron en poblaciones alejadas, en cuyas calles y plazas fueron abandonadas aquellas desgraciadas, en plena noche, sin ningún apoyo ni asistencia, con el aviso de que, si regresaban antes de una semana, irían a parar a la cárcel. La castidad de los futuros congresistas quedaba salvada.

La prostitución era una lacra que, desde comienzos del siglo XIX, suscitaba debates entre los médicos, higienistas y juristas. Preocupaba a los gobernantes,

que la consideraban un delito, calificación que no garantizaba ni siquiera la castidad de todos ellos. Tras una larga historia de reglamentaciones, un decreto de 1935 pretendió terminar con la controversia, prohibiendo la prostitución en espera de lo que estableciera la nueva Ley de Sanidad, que iba a ser promulgada pero cuyos trámites interrumpió el estallido de la guerra civil.

En la zona republicana, el tratamiento fue muy enérgico, porque los anarcosindicalistas eran empecinados enemigos del comercio sexual, contra el que se hizo abundante propaganda. Se clausuraron los burdeles y se intentaron organizar Liberatorios destinados a redimir a las mujeres, sin que por ello desapareciera el fenómeno. En cambio, en territorio franquista existió una gran permisividad, potenciada por el gran número de hombres movilizados y el desamparo de numerosas mujeres, privadas de los padres y maridos que, hasta entonces, les garantizaban el sustento.

De nada sirvió el gran poder que la Iglesia católica tenía en el nuevo régimen, porque era frecuente considerar que la existencia de las mujeres «ya caídas» preservaba la virtud de las honradas. De hecho, en 1941 fue derogado el decreto abolicionista promulgado en 1935 por la República y se toleró la prostitución, aunque con la obligación de que las profesionales se sometieran a periódicas revisiones sanitarias y se agruparan en prostíbulos de diversas categorías.

En 1949, la Asamblea General de la Naciones Unidas consideró el negocio sexual como una forma de esclavitud y aprobó la Convención internacional para la represión de la trata de seres humanos y de la explotación de la prostitución, que no tuvo efectos en España por no ser miembro de la ONU. Cuestión que se modificó en 1955, cuando ingresó en las Naciones Unidas. El 3 de marzo de 1956, un decreto del Gobierno obligó a clausurar las casas de mala nota, lo que, lejos de eliminar el fenómeno, impulsó la prostitución callejera, la utilización de bares como puestos de caza a la espera y la reconversión de muchas mujeres en teóricas camareras, instaladas en las llamadas «barras americanas», nueva forma de ejercer el negocio de siempre. En las esquinas de ciertas calles, podían verse grupitos de mujeres a la espera de clientes.

Iba una señora en taxi con su niño, un crío repelente que hablaba y preguntaba sin cesar, irritando al taxista, un tipo malhumorado a quien, aquel día, le dolía su úlcera de estómago. Pasaron junto a una esquina donde unas prostitutas charlaban a la espera de negocio.

—¿Quiénes son esas señoras, mamá? —preguntó el insoportable retoño.

—¡Son putas, niño! —respondió ferozmente el conductor.

—¿Y qué son putas? —insistió la empalagosa criatura.

Su madre le explicó dulcemente:

—Son señoras que, cuando tienen hijos, los hacen taxistas.

# AMORES INTERNACIONALES

El mundo da muchas vueltas y nadie habría pensado que asentar internacionalmente al régimen repercutiría en el negocio del sexo. El franquismo permaneció en su rincón hasta 1949, año en que las cosas comenzaron a cambiar. El encrespamiento de la guerra fría, el establecimiento de la República Popular China con capital en Pekín y el estallido de la primera bomba atómica soviética se combinaron con el fracaso del bloqueo comunista a Berlín occidental y la escisión de la Yugoslavia de Tito de la obediencia a Moscú.

En consecuencia, el 25 de junio de 1950 las tropas norcoreanas invadieron Corea del Sur, y se inició una guerra entre las dos Coreas. El gobierno norteamericano pidió la convocatoria del Consejo de Seguridad de la ONU, a cuyas sesiones no asistía el delegado soviético como protesta al rechazo norteamericano a la China comunista.

Gracias a ello, el Consejo decidió intervenir en ayuda de Corea de Sur, con lo que se inició la guerra entre el ejército norteamericano, secundado por tropas de otros catorce miembros de la ONU, contra Corea del Norte, ayudada por material militar de la Unión Soviética y luego por tropas chinas. Esta situación hizo que el Gobierno norteamericano buscara territorios donde establecer bases para impedir la expansión comunista en territorios sensibles, como el mar Mediterráneo, lo cual supuso una lenta aproximación a España.

Desde algún tiempo atrás, elementos del Pentágono, especialmente la US Navy, la US Air Force, la CIA y un sector republicano del Congreso, presionaban para pactar con el régimen de Madrid. En septiembre de 1949, el almirante RichardL. Connolly había fondeado en El Ferrol con una división naval y visitado a Franco. El 9 de enero de 1951, el vicealmirante Warren Ballentine llegó, con su buque insignia y cuatro destructores, a Barcelona, que se convirtió en escala habitual de la VI Flota del Mediterráneo.

Desde entonces, los barcos de guerra norteamericanos recalaron sistemáticamente en este puerto. También en Palma de Mallorca, para dar asueto y descanso a sus tripulantes. Que descansaban poco, empeñados en comprobar la existencia de alcohol en los bares y en vivir tórridos romances con alguna de las numerosas profesionales cuyo amor se puso por las nubes, ascendiendo desde los tres duros acostumbrados a los cinco dólares que pagaban los americanos, al parecer con gran satisfacción por ambas partes. La parte baja de las Ramblas barcelonesas y las inmediaciones de la palmesana Puerta de San Antonio se convirtieron en territorio propicio para las relaciones hispano-norteamericanas, y se abrieron numerosas salas de baile con nombres como Panam's, Tabú o El Salón de Té, especializadas en consolidar los lazos con la US Navy. Hasta era frecuente que las chicas se trasladaran en

avión de una ciudad a otra, siguiendo la ruta de los barcos, porque conocían los desplazamientos de la VI Flota mejor que cualquier espía soviético.

## EL AMIGO AMERICANO

El 26 de septiembre de 1953, James Clement Dunn, embajador de Estados Unidos en España, y Alberto Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores, firmaron en el Palacio de Santa Cruzde Madrid tres convenios: uno bastante extenso sobre ayuda económica, otro de carácter defensivo y un tercero sobre ayuda para la mutua defensa. Ambos Estados se comprometían a defender la paz y la seguridad internacional frente al comunismo. El pacto fue conocido como Acuerdo de Ayuda Mutua, pese a que numerosos acuerdos de ayuda mutua ya llevaban dos años funcionando entre los marineros de la VI Flota y las chicas de las Ramblas y la Puerta de San Antonio.

Las bases eran indispensables para fortalecer el dispositivo estratégico occidental; la alianza con Estados Unidos permitía algunos retoques modernizadores en las increíblemente anticuadas y desprovistas fuerzas armadas españolas y, sobre todo, consolidaría al régimen. No obstante, el establecimiento de los norteamericanos en España no gustó a los sectores más duros del franquismo. Aceptaban ser aliados de Washington contra la Unión Soviética, pero no renunciaban a sus nostalgias del fascismo que esos mismos norteamericanos habían aplastado en 1945.

> Entró un señor español en Chicote y vio a dos militares norteamericanos sentados en un sofá con los pies colocados sobre la mesa.
>
> —En España no es correcto poner los pies de esta forma, hagan el favor de comportarse —les dijo el irritado caballero.
>
> —Ustedes, los españoles, no quieren ver a los americanos, pero les gustan los dólares —respondió uno de los americanos.
>
> La réplica fue rápida y fulminante:
>
> —También nos gusta el jamón y no por eso tenemos los cerdos en casa.

## PECADOS SOBRE RUEDAS

Quizás sin desearlo, también el señor marqués de Huétor de Santillán, jefe de la Casa Civil del Generalísimo, contribuyó a malbaratar el sexto mandamiento. Porque la moto Vespa, que importaba, resultó ser un

instrumento del diablo. Probablemente sin que el señor marqués cayera en la cuenta, porque, aunque figuraba como presidente de la sociedad importadora de motos, sólo era un hombre de paja, sin más trabajo que blindar políticamente el negocio y firmar donde le decían.

La Vespa había nacido en Italia en 1946, cuando la familia Piaggio dejó de fabricar aviones militares, como hasta entonces, por falta de demanda, y decidió reorientar el negocio y crear una motocicleta revolucionaria. En diez años vendieron un millón de ejemplares. Para combatir su aspecto frágil, la misma marca promocionaba curiosas pruebas de resistencia basadas en demostrar cuántas personas podían montar simultáneamente en una Vespa. Acabaron edificando torres humanas superiores a la docena de voluntarios que se mantenían en equilibrio mientras la moto caminaba unos metros.

La Vespa era sencilla y relativamente barata, y las chicas viajaban ocupando el asiento de atrás, púdicamente sentadas de lado. Con ella y por primera vez, las parejas pudieron desplazarse solas al campo, la montaña o la playa. Porque en la Vespa no cabía la carabina, la hermana o madre encargada de velar por las buenas costumbres que la recelosa familia imponía los novios. Así, los viajes en Vespa atacaron fulminantemente muchas buenas costumbres y fomentaron las divertidamente malas. Sin que el señor marqués de Huétor de Santillán y su casta esposa se dieran por enterados.

La Vespa también resultó ser muy útil para el ejercicio apostólico, hasta el punto de que, en mayo de 1957, el cardenal primado Pía y Deniel autorizó que los curas sustituyeran el sombrero clerical por una boina o casco de motorista cuando montaran en moto, aunque advirtiendo que «no sería conforme a la decencia el llevar a una mujer en la trasera».

Lo cual no impidió un chiste anticlerical, bastante malo:

> Pasó un cura montado en una moto grande y dijo un tartamudo a su amigo.
> —Ves… pa, Ves… pa.
> —No, hombre, no. No es una Vespa sino una Montesa.
> Pero el otro prosiguió.
> —¿Ves… *pa*… Ves *pa* lo que piden dinero los curas?

La conquista de las distancias iniciada por las pequeñas motos se combinó con el fenómeno turístico, y se completó con el Seat 600, popularizado en plena década de 1960. Así como muchas parejas norteamericanas de los años veinte aprendieron a hacer el amor en el interior de un Ford, cuarenta años después, las parejas españolas repetían la hazaña en el interior de un Seat 600, que resultaba un tanto más incómodo por lo pequeño.

Gracias a él y por primera vez, las familias españolas se lanzaron a la carretera. Y se fueron de vacaciones haciendo que todos cupieran en el pequeño automóvil de cuatro plazas, con el equipaje acumulado sobre el techo. Sin que el humor faltara a la cita, dado lo reducido que era el coche y lo

mucho que se le metía dentro.

—¿Cómo meterías cuatro elefantes en un Seat 600?
—¿…?
—Pues dos delante y dos detrás.

# 11
# CARNAVALES DE MAYO

## LOS PELIGROS DE JULIO

España era un país con numerosas fiestas oficiales, algunas políticas, como el 2 de mayo o el 18 de julio, y otras religiosas, como el Corpus, la Asunción, Todos los Santos y el bloque formado por Navidad, Año Nuevo y Reyes, a las que se sumó desde 1955 el 1 de mayo, una nueva efeméride que trataremos luego.

El 18 de julio se conmemoraba el comienzo de la guerra civil, llamada oficialmente Cruzada de Liberación o Glorioso Movimiento Nacional. Realmente, la sublevación militar que provocó el conflicto se había iniciado en Melilla sobre las 15 horas del 17 de julio y la gran sublevación que arrastró a la mayoría de guarniciones tuvo lugar en la madrugada del 19. El 18 no se había sublevado casi nadie. Pero entre ese casi nadie estaba Franco, que se apropió de la fecha.

Para la clase política del régimen, julio fue siempre un mes peligroso. Porque, en 1936, al Generalísimo le complació tanto cargarse el Gobierno republicano de Casares Quiroga que, en cuanto llegaba julio, sentía la tentación de cargarse otro Gobierno y arremetía contra el suyo propio, el único que le quedaba a mano. El 9 de agosto de 1939 destituyó a sus ministros, repitió la hazaña el 18 de julio de 1945 y, como todos los santos tienen octava, hizo lo mismo el 18 de julio de 1951, el 10 de julio de 1962, el 6 de julio de 1965 y el 22 de julio de 1967. De modo que, apenas despuntaba junio, ministros y directores generales comenzaban a sudar, no a causa del calor sino temiendo que en julio llegara a su casa «el motorista». Pues era costumbre que, en este mes y sin previo aviso, apareciera un guardia en moto para entregar un oficio que comunicaba el cese y agradecía «los servicios prestados».

Por entonces comenzaban también las vacaciones políticas. La noche del 18 de julio, Franco celebraba una gran fiesta en los jardines del palacio real de

La Granja, donde intervenían artistas de renombre, mejor si eran flamencos o aflamencados. Al día siguiente, satisfecho por el festejo y la degollina de ministros, se marchaba dos meses de vacaciones. Pasaba unos días en el palacio de Ayete en San Sebastián y el resto en el pazo de las Torres de Meirás, en el ayuntamiento de Sada. Era su finca veraniega favorita y antigua residencia de Pardo Bazán, que dejó allí una biblioteca que al general sólo le servía de decoración.

Se decía que el pueblo de La Coruña había regalado estas Torres de Meirás al Generalísimo mediante suscripción popular voluntaria. Realmente fue una aportación que organizaron las autoridades provinciales, asignando a cada cual la cantidad que debía apoquinar y descontando un día de sueldo a todos los funcionarios. Naturalmente, todo ello como contribución voluntaria, por voluntad de los capitostes de la Diputación.

## LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

Un domingo de mayo, antes de que llegaran los grandes calores, se celebraba el desfile de la Victoria para conmemorar la derrota del Ejército Popular de la República. La parada tenía lugar en el Paseo de la Castellana y siempre la presidía Franco, instalado en una aparatosa tribuna, cosa que tuvo su guasa desde el comienzo.

El Generalísimo ambicionaba la Laureada, principal condecoración española por méritos en combate, desde que era capitán en Marruecos. Se la habían negado, por falta de méritos, tras caer herido en el combate de El Buitz, en 1916. Entonces reclamó e incordió hasta al mismísimo rey Alfonso XIII, sin que le concedieran el ansiado galardón, y así llegó hasta 1939, cuando lo tenía todo menos la Laureada.

Entonces pensó que, siendo el mandamás de toda España, nadie podría negarle una cruz que, además de ser la más alta distinción honorífica, concedía el derecho a percibir una pensión vitalicia que doblaba el sueldo de capitán general. Porque no sólo de pan vive el hombre.

De modo que decidió apropiarse de la condecoración, aunque no directamente, sino recibiéndola de manos inocentes y neutrales. Para que todo fuera transparente como el agua, dimitió durante unas horas y por única vez en toda su vida. Entonces, el vicepresidente, el general Jordana, reunió al Gobierno y, a propuesta del ministro del Ejército, general Dávila, otorgó a Franco la Gran Cruz Laureada de San Fernando, sin más trámites ni sustanciar el expediente contradictorio, que era reglamentario desde mediados del siglo XIX. Y colorín colorado, concedida la cruz, Francisco Franco asumió

de nuevo sus poderes.

Días después, antes de iniciarse el primer Desfile de la Victoria, el general Varela le impuso solemnemente la condecoración, con luz y taquígrafos.

Desde entonces, el Desfile se celebró anualmente en las ciudades principales, siendo la más importante la parada militar de Madrid, que tuvo, en ocasiones, peculiares novedades. El 1943, sólo desfilaron tropas a pie y a caballo, por falta de gasolina, y, en 1945, el Generalísimo llegó al Paseo de la Castellana montado en un caballo blanco y rodeado por la Guardia Mora. Como si fuera el apóstol Santiago en la batalla de Clavijo.

## EL CARNAVAL DEL DIOS MARTE

El anual Desfile de la Victoria era un acto bizarro y solemne, contemplado por un público adicto que aplaudía frenético. Muchos años más tarde, llegó la democracia, y el desfile pasó a llamarse del Día de las Fuerzas Armadas. Entonces, los franquistas más acérrimos cambiaron de hábitos y, en lugar de aplaudir entusiasmados como hasta entonces, año tras año, dedicaron su entusiasmo a abuchear e insultar a los sucesivos presidentes socialistas. Quizá para demostrar que, después de doce siglos, pervivía el espíritu de los visigodos.

Regresando a nuestro túnel del tiempo, los antiguos Desfiles de la Victoria duraban varias horas, mientras las marchas militares atronaban el aire de la Castellana. Entre las personalidades que contemplaban la parada, nunca faltaban los agregados militares de las embajadas acreditadas en Madrid. Eran oficiales entendidos en la materia y, después de cada demostración anual, rendían a sus respectivos Gobiernos el informe de cuanto habían visto. Porque en el Desfile de la Victoria intervenían las mejores unidades y materiales del ejército y la aviación y, viendo lo que pasaba, se sabía lo que existía.

Actualmente, los informes de los agregados militares extranjeros han sido desclasificados y puede consultarlos cualquier persona que lo desee. Lo cual resulta sustancioso, porque la demostración no engañaba a los militares extranjeros.

Desde 1939 hasta bien entrados los años cincuenta, todos los materiales y armamentos que desfilaron procedían de la guerra civil o eran copias españolas de armas alemanas de la época. Podían verse los camiones Chevrolet norteamericanos, comprados durante el conflicto, y los ZIS soviéticos capturados a los republicanos; los valetudinarios carros de combate T-26B rusos desgastados por la guerra; unos pocos Pz.Kpfw. IV alemanes comprados en 1943 y finalmente la artillería, en franca mezcolanza de piezas alemanas,

italianas y rusas de la guerra, con modelos alemanes pasados de moda de fabricación española. En 1949, se añadieron unos cuantos camiones blindados canadienses GNC C-15TA, recién comprados de contrabando.

Los aviones que sobrevolaban el desfile presentaban un panorama aún más problemático. Todos eran antiguos aparatos alemanes e italianos, desgastados por la guerra y faltos de piezas de repuesto, que volaban gracias al suicida valor de los pilotos y las improvisaciones milagrosas de los mecánicos.

Los informes de los observadores extranjeros no dejan dudas: por la Castellana no desfilaba un verdadero ejército sino un gigantesco carnaval, que sólo podía engañar a los entusiastas o a los legos en la materia. Toda la ceremonia estaba presidida por una aparatosa seriedad, pero los agregados militares se partían de risa con la boca cerrada y el gesto imperturbable.

Animado por bizarras músicas militares, desfilaba ante ellos un verdadero museo militar, mientras ponían cara de circunstancias para, al día siguiente, redactar un informe comunicando a sus Gobiernos que España carecía de recursos para intervenir en una verdadera guerra. Lo que habían visto desfilar sólo podía defender al franquismo de los propios españoles.

## ENTRE LO NUEVO Y LO VIEJO

El panorama cambió parcialmente a raíz del pacto de Ayuda Mutua con Estados Unidos, en virtud del cual España recibió pertrechos militares. Eso sí, junto a las armas modernas que habían utilizado en la guerra de Corea, llegaron numerosos materiales de la segunda guerra mundial: carros de combate M-24, semiorugas M-3A1, *jeeps*, camionetas, camiones y cañones. Sólo la ayuda para la aviación estaba verdaderamente puesta al día, pero los modernos cazas a reacción recién llegados se destinaron exclusivamente a defender las bases americanas y su espacio aéreo.

Esta aviación entregada por los americanos no estaba autorizada a intervenir en las restantes misiones, así que las fábricas españolas Hispano Suiza y CASA, con la ayuda de ingenieros alemanes, construyeron réplicas de aviones militares de la Luftwaffe empleados en la guerra civil y la mundial. Sin embargo, esta industria fue incapaz de fabricar también los motores y se compraron a Inglaterra Rolls-Royce Merlin, que habían sido diseñados para los aparatos británicos y fueron adaptados con mil chapuzas a las copias españolas de bombarderos Heinkel He-111 y cazas Messerschmitt Bf 109.

Este último aparato presentó el caso más pintoresco, porque el motor inglés no cabía en la estructura fabricada en España y se tomó la decisión de dejar fuera una parte del motor y recubrirla con un fuselaje suplementario. El

engendro, propio de un sueño aeronáutico de Frankenstein, fue apodado «buchón», porque recordaba a ciertas razas de palomos de buche muy pronunciado, y resultó un aparato de guerra especialmente peligroso… para el propio piloto.

Los «buchones» fueron asignados a misiones ajenas a los intereses norteamericanos, como vigilar el espacio aéreo de Gibraltar. Así era posible que un antiguo piloto de la RAF, ahora comandante de un avión de pasajeros de la British Air Company, al aproximarse al aeropuerto de La Roca viera cómo le salían al paso un par de Messerschmitt Bf 109. Como si la segunda guerra mundial no hubiera terminado diez años antes. Carecemos de datos para saber si, ante esos «buchones» salidos del túnel del tiempo, nuestro inglés se inquietaba o se partía de risa.

El Desfile de la Victoria cobró un nuevo hálito de irrealidad cuando Marruecos alcanzó su independencia en 1956 y los soldados marroquíes que servían en las Tropas Regulares Indígenas del ejército español pasaron a las nuevas Fuerzas Armadas Reales marroquíes. La nostalgia africanista no se resignó a la nueva situación y en Ceuta y Melilla se conservaron sendos regimientos de Regulares Indígenas, formados ahora por soldados españoles de quinta vestidos con los antiguos uniformes indígenas. De modo que, en los siguientes desfiles, pasaron cientos de reclutas españoles disfrazados de soldado moro, al ritmo cadencioso de tambores y chirimías. Más o menos como en una película de Hollywood.

Del último truco de magia se encargó el propio Franco. En los últimos años de su vida era un hombre consumido y enfermo al que su propia dictadura negaba el reposo que se merece la ancianidad. Su mal estado de salud era un secreto a voces y, sin embargo, parecía aguantar en pie todo un desfile que duraba varias horas.

Hasta que, después de muerto, se supo que todo había sido un truco de tramoyista teatral. Parecía permanecer en pie, pero estaba sentado en una especie de sillín de bicicleta, oculto tras el barandal de la aparatosa tribuna de cartón y madera. Como si fuera un *ninot* de falla valenciana.

## DESFILES DEL OTRO BANDO

Al comenzar el mes, muy lejos de Madrid tenían lugar otros muchos desfiles de naturaleza civil. Porque el 1 de mayo se conmemoraba la Fiesta de los Trabajadores y sus sindicatos se manifestaban en las principales ciudades del mundo. Cobraba gran relieve el desfile de la Plaza Roja de Moscú, porque la Unión Soviética, que decía ser la patria del proletariado, organizaba su propio

barullo, de significativo contenido militar, paseando sus misiles nucleares, listos para enviar a la humanidad entera al otro mundo.

En los países libres, las manifestaciones obreras tenían carácter civil, reivindicativo y rojo. Lo cual inquietaba al papa Pío XII, el gran protector de la Democracia Cristiana, que, en 1955, aprovechó una concentración de trabajadores católicos en la plaza de San Pedro para anunciar astutamente que desde aquel momento el rojo primero de mayo sería una fiesta católica y de precepto, dedicada a san José Obrero.

El franquismo se llevó un susto porque la palabra «obrero» había sido eliminada del vocabulario oficial. Aquí se hablaba pocas veces de trabajadores y nunca de obreros, vocablo que parecía propio de comunistas. Lo correcto no era decir obreros sino productores, una palabreja que el nacional-sindicalismo había plagiado del discurso de la antigua CNT.

## EL FESTEJO DE SAN JOSÉ

El régimen español era oficialmente católico y no podía ignorar la disposición del papa, con más razón tratándose de una fiesta de precepto. Tras mucho cavilar, se decidió acatar la disposición del Vaticano, pero a la española. Por algo decía la propaganda turística que España era diferente. En lugar de San José Obrero, aquí se celebraría San José Artesano.

La festividad era un postizo, porque el auténtico san José ya se había celebrado el 19 de marzo, con las fallas, las bandas de música, los cohetes y las *mascletás* de Valencia. San José Artesano era un infiltrado, pero el término cuadraba bien en el ambiente de la política franquista y su sindicalismo vertical. Además, encajaba con la terminología de un sistema cuya grey parlamentaria no estaba formada por diputados sino por procuradores, como si estuviéramos en el siglo XIV.

Mientras que los obreros eran unos liantes, los artesanos eran personas laboriosas e independientes que descendían directamente de los maestros y oficiales de la Edad Media, época feliz en la que las gentes del trabajo no se agrupaban en sindicatos revolucionarios sino en cofradías piadosas. Todo lo cual casaba perfectamente con la tradición tautológica del régimen, acostumbrado a poner nuevos nombres a las cosas, incluso cuando estaban tan consolidadas como las montañas rusas, el *cabaret* El Molino Rojo o el diario *La Vanguardia*, que en 1939 habían pasado a llamarse, respectivamente, montañas suizas, El Molino y *La Vanguardia Española*.

Así quedó entronizado un segundo san José, titulado de Artesano, en cuya celebración era obligado asistir a misa por la mañana, y se dejaban para la

tarde los festejos característicos. El más importante de ellos era la Demostración Sindical que se celebraba en el estadio Santiago Bernabéu.

Su organizador era la Organización Sindical, la CNS, único sindicato que existía en España, gracias a la Ley de 28 de enero de 1940, que afiliaba automáticamente a los empresarios y trabajadores bajo el mando de la Falange y sustituía a los verdaderos sindicatos, que estaban prohibidos.

La gran demostración del primero de mayo pretendía demostrar que el sindicato falangista funcionaba y contaba con el apoyo de los trabajadores. En la pista del estadio Santiago Bernabéu, los empleados de algunas grandes empresas desarrollaban tablas de gimnasia, moviéndose de forma coordinada hasta formar esos grandes esquemas humano-geométricos que gustan a las dictaduras, ya sean de la Alegría por el Trabajo de los nazis o de los festivales de la China, tanto maoísta como comuniscapitalista. Todo el asunto se remataba con actuaciones folclóricas de los Coros y Danzas.

Franco presidía desde la tribuna, aplaudía poco y parecía escasamente interesado en el asunto; lo acompañaba Carmen Polo con su ancha y glacial sonrisa, que los enterados decían disfraz de un monumental orgullo.

Además de la Sindical, esa misma tarde se celebraban otras dos demostraciones, una televisiva y otra policial, destinada a evitar que los sindicatos y partidos clandestinos se manifestaran celebrando su propio primero de mayo al margen de los actos del Santiago Bernabéu.

Para que la gente se quedara en casa, Televisión Española se esmeraba en transmitir algún partido de fútbol importante o una película muy taquillera y finalmente la Demostración del Bernabéu. Pero los tozudos partidarios de la manifestación prohibida no mordían el anzuelo. En las grandes ciudades, especialmente en Madrid y Barcelona, se encaminaban hacia el centro en pequeños grupos con la voluntad de concentrarse rápidamente en un lugar prefijado.

Entonces chocaban con la gran demostración de la policía, que tenía a todos sus agentes de servicio y los había distribuido ocupando las paradas de autobús, las bocas de metro y los accesos a las principales calles y plazas. Cada vez que un grupo de trabajadores intentaba concentrarse, la policía caía sobre ellos, porra en ristre, y celebraba la fiesta de San José Artesano con granizadas de golpes y detenciones numerosas.

Sin duda, mayo era un mes importante, marcado por dos grandes demostraciones españolas, trucadas ambas: el Desfile de la Victoria y San José Obrero. Una parada militar llena de engaños y un festival falsamente sindicalista montado desde el poder.

Es de suponer que ni Marte, dios de la guerra, ni el carpintero san José quedarían satisfechos. Cuando ambos se encontraran en el País de los Seres Imaginarios, recordarían el mayo de Madrid, con su Desfile de la Victoria y su Demostración Sindical. El dios Marte sonreiría escéptico y san José, siempre

paciente y resignado, le guiñaría un ojo.

# 12
# EXTRAÑOS EN NAVIDAD

## LAS ALEGRÍAS DE LA SUERTE

La Navidad no es una fiesta, sino una sucesión de festejos que se inician con el sorteo extraordinario de la Lotería Nacional y concluyen con la llegada de los Reyes Magos. El conjunto contribuyó, incluso en los peores años, a fomentar el sentimentalismo y el buen humor, al menos hasta que desapareció la miseria de la posguerra y las comilonas navideñas empezaron a provocar ardores de estómago, colesterol y sobrepeso.

Las mayores y aparatosas explosiones de alegría eran provocadas por el sorteo de la Lotería Nacional, muy acorde con las tradiciones de la sociedad española, que había sido educada en convicciones milagreras. Hasta el extremo de que no pocas personas creían que san Ramón Nonato había nacido tres días después de morir su madre y que recién llegado al mundo se arrodilló para rezar. Dispuestos a creer milagros de tal calibre, era posible confiar en cualquier prodigio.

De nada servía afirmar que el santo en cuestión había nacido de una vulgar cesárea durante la que murió su madre. ¿Quién podía convencer a las entusiastas beatas de una realidad tan prosaica y razonable cuando tenían a mano un maravilloso milagro? Contando, además, con que san Ramón Nonato era poderoso como santo patrón de las preñeces, las embarazadas, los partos y los recién nacidos. La cosa necesitaba un buen fuste, porque los milagros son los milagros y, cuanto más exagerados, mejor. Los milagros razonables no valen la pena.

Esta cultura milagrera consideraba posible superar las miserias de este mundo por obra de prodigios, ya fueran teológicos o naturales. La Lotería Nacional era uno de estos últimos y, según el diario *ABC*, actuaba como gran igualador de las clases sociales. O sea que los pobres, en lugar de pensar en la revolución, debían comprar un décimo.

Los premios de la lotería de Navidad generaban las mayores risas y alegrías

de todo el año. Las emisoras de radio, y más tarde las televisiones, se hacían eco de la felicidad bullanguera de los afortunados, que alborotaban en los bares y la calle, abrazándose con sus vecinos entre gritos y carcajadas.

El milagro partía de un sorteo celebrado en Madrid, siguiendo una estricta liturgia administrativa, que llenaba los receptores de radio con el sonsonete de las voces infantiles que cantaban los números y los premios, como un anticipo de las fiestas. Los formales funcionarios de la dirección general de Loterías oficiaban solemnemente, encargándose de preparar las bolas, que luego sacarían del bombo parejas de niños del Colegio de San Ildefonso, formalitos y entrenados no sólo para manejar bolas y cantar premios, sino también para saludar brazo en alto cuando iniciaban y terminaban su actuación. Porque había que demostrar lo patriótico del sorteo.

Durante los primeros años del régimen, éste hizo que todos levantaran el brazo con el «Saludo nacional», obligatorio para todo bicho viviente. A partir de 1943, cuando los aliados comenzaron a ganar la guerra, el saludo quedó reservado para los falangistas.

Mientras tanto, la costumbre había provocado situaciones muy chuscas. En los partidos de fútbol de mi pueblo, que se jugaban algunas tardes de domingo en una gran plaza cuadrangular delimitada por cuarteles, el equipo local y el visitante pugnaban por la pelota sobre un terreno duro y pedregoso, en una competición simple y pueblerina que tenía su parte tragicómica. Porque la hora y media de partido englobaba el momento en que los cuarteles debían arriar su bandera. Estaban los veintidós jugadores en pleno partido cuando formaban los soldados de la guardia, y el árbitro, ya advertido, tocaba el silbato para detener el juego. Sonaba entonces la corneta mientras los soldados presentaban sus fusiles y uno de ellos deslizaba la bandera por el poste. En la plaza, árbitro, futbolistas y espectadores se habían cuadrado brazo en alto, mirando a la bandera, y quien no quisiera hacerlo era preferible que no fuera al fútbol para no tener un disgusto con la Guardia Civil. Hasta que, terminado el acto militar, se retiraba la tropa, sonaba el silbato del árbitro, el balón recuperaba el movimiento y el partido proseguía como si tal cosa. Sin que nadie se atreviera a reírse, que no estaba el horno para bollos.

A pesar de todo, la gente acabó tomándolo a risa. En 1973, cuando el régimen estaba en su agonía, Carlos Saura logró el Premio Especial del Jurado en el Festival de Cannes con su película *La prima Angélica*, pero tuvo problemas con la censura porque aparecía un falangista escayolado «brazo en alto». Brazos y saludos se prestaron a no pocas chirigotas. En una ocasión llegó a España una peregrinación de filipinos que llevaba consigo el brazo incorrupto de san Francisco Javier. Al saberlo, Agustín de Foxá, diplomático franquista y escritor de famosa agudeza, no pudo contener el comentario: «Pues se habrán cansado viniendo desde Filipinas con el brazo en alto».

No era la única reliquia de este tipo. El más famoso brazo incorrupto de

España era el de santa Teresa, al que Franco y su esposa tenían gran devoción. En la última enfermedad del Generalísimo se prestó a una perversa ocurrencia de humor negro.

—Franco está muy mal. Buscando un milagro, le pusieron en la cama el brazo incorrupto de santa Teresa.

—¿Y qué pasó?

—El brazo quedó totalmente corrompido.

## TRADICIÓN Y ESCATOLOGÍA

Cada Navidad, los periódicos exaltaban la «tradición española del belén», aunque era realmente una costumbre italiana, —debida probablemente a san Francisco de Asís—, que se había extendido en España gracias a Carlos III, antiguo rey de Nápoles, donde los belenes son todavía artísticos, suntuosos y están superpoblados de figuras muy bien trabajadas.

Los belenes con figuras de barro no hicieron desaparecer los llamados belenes vivientes, que todavía perviven en muchos lugares. Las evocaciones españolas de barro eran generalmente anacrónicas; pretendían representar un paisaje de Israel, intercalando palmeras, arenales, montañas nevadas y grandes trozos de jugoso musgo en las riberas de ríos hechos con trozos de espejo y cruzados por imposibles puentes de corcho. La perspectiva del conjunto aún era menos convincente, porque las figuras y edificaciones se escalonaban sin relación entre el tamaño y la distancia.

En cambio, la escenificación del portal encajaba con el vicio sectario de dividir al mundo en buenos y malos. Porque el buey se colocaba junto al Niño, calentándolo con su aliento; en cambio, la mula resultaba esquiva, negaba su colaboración y era puesta de espaldas al nacimiento. Todo culminado por un ángel con el letrero «Paz a los hombres de buena voluntad», apreciación innecesaria, porque quienes montan los grandes líos son los que la tienen mala.

El componente formado por las personas y los animales suscitaba múltiples interrogantes. La Virgen era una tierna madre adorando a su hijo, pero san José quedaba un poco aparte, como si la cosa no fuera con él. Había muchos más pastores que ovejas, abundaban los artesanos trabajando en pleno campo y menudeaban los pavos, aunque vinieron de América quince siglos después de nacer Cristo. Todo combinado con ángeles en vuelo sin motor suspendidos de un hilo o apareciéndose a pastores en torno a la bombilla roja de la hoguera.

En ciertos puntos de España y Portugal se colocaba una figura peculiar,

apartada de la multitud que poblaba la escena. Era un hombre solitario en cuclillas, con los pantalones bajados y en plena actividad escatológica. El tipo era de presencia obligada en Cataluña y Valencia, donde le llamaban *caganer*, y era un campesino ataviado al modo tradicional, el trasero al aire en fisiológica actividad. Arrancaba de una tradición del siglo XVIII, aceptada por la Iglesia e inspirada en el rito pagano de devolver a la madre tierra parte de lo que aporta. En Cataluña, la devoción escatológica va más lejos y los niños aporrean y cantan a un *tió*, o pequeño tronco, hasta que evacúa golosinas en respuesta a los golpes y a la expresiva canción infantil:

La costumbre se vinculaba con la vida rural que relacionaba la deposición con el cultivo y el alimento. Los campesinos aprovechaban como abono cuanto tenían a mano; mantenían un estercolero doméstico y los corrales, pocilgas y gallineros pegados a sus casas. Costumbre tan natural como pestilente, que esparcía sus hedores por los pueblos y permitía vivir a los millones de moscas que atormentaban el verano.

La actual agricultura ecológica no se atreve a tanto. Confía en los abonos naturales, o sea, en el estiércol del ganado, pero no llega a las precisiones de los agricultores chinos, que aprecian más el abono humano que el animal. Parece que nuestra agricultura natural no se atreve, temiendo que el uso de abonos humanos sea mal visto y espante a los compradores. Somos tan escrupulosamente civilizados que consumimos felizmente hortalizas abonadas con detritus de los cerdos, pero rechazaríamos verduras criadas con aportes de Angelina Jolie o de Tom Cruise.

Con el tiempo, apareció un peligroso competidor de los belenes: el árbol de Navidad, una costumbre alemana exportada a Estados Unidos, desde donde pasó a todo el mundo gracias a las películas de Hollywood. Durante años, la costumbre del árbol fue combatida por los clérigos españoles, que la consideraban extranjera, pagana y contraria al católico nacimiento. Más complicada para las convicciones oficiales era la aparición de Santa Claus, procedente del folclore nórdico europeo y llegado también por el camino norteamericano o, en ocasiones, a través de Francia, donde algunos masones lo impulsaron como Papá Noel a modo de alternativa laica de los Reyes Magos.

Al final, los españoles no fueron sectarios y demostraron que lo importante eran las fiestas. Sin renunciar a los símbolos tradicionales, aceptaron a los recién llegados hasta convertir la Navidad en un festival sincrético de belenes, árboles, Santa Claus, Papá Noel y los Reyes Magos, todos mezclados. Los extraños llegados en Navidad perviven hoy como si estuvieran en su casa.

# EL PECADO DE LA GULA

Decía Mariano José de Larra, hace casi dos siglos, que nuestros gozos espirituales siempre acaban en el estómago. Así, desde sus orígenes, la Navidad o su equivalente pagano, el solsticio de invierno, ha motivado comilonas y regalos, concretados en nuestro tiempo en una paga extraordinaria y las cestas de Navidad.

Paralelamente, los servidores públicos peor pagados, como los carteros, basureros o serenos, repartían en mano pequeñas felicitaciones impresas que los vecinos compensaban con una propina. Inició esta costumbre una décima impresa que los repartidores del *Diario de Barcelona* entregaron a sus clientes en 1831. Diez años más tarde, el inglés Henry Col envió a sus amigos felicitaciones impresas con el texto «Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo», costumbre que se popularizó al cabo de treinta años con las felicitaciones de Navidad, que en España también llamamos *Christmas* —palabra que no significa «Felicitación» sino «Misa de Cristo»— y que hoy se baten en retirada ante los SMS y esas felicitaciones que viajan en Internet con villancicos de fondo y llenas de enanitos, ángeles y paisajes nevados, moviéndose y bailando por los milagros de la informática, mientras caen los copos y triscan los cervatillos salvajes.

*Pícara felicitación navideña del basurero.*

Son típicos de esta fiesta tan cristiana dos dulces de orígenes o, por lo menos, importantes vinculaciones musulmanas: el turrón y el mazapán, hechos de almendras y azúcares diversos. Existen numerosos antecedentes e

innumerables leyendas sobre su invención, aunque la vinculación musulmana parece indudable. La capital española del turrón se asentó en Jijona y la del mazapán en Toledo, aunque otras ciudades, como Agramunt, mantienen una prestigiosa producción tradicional. Durante mucho tiempo, los duques de Gandía fueron propietarios de numerosos molinos de azúcar, los cuales están en el origen de la deforestación de los montes próximos y de la producción de turrones, dulces y peladillas en la región.

Las peladillas fueron origen a su vez de una pintoresca y humilde lotería ferroviaria. En los trenes levantinos de los años cuarenta y cincuenta, algunos valencianos y alicantinos ofrecían a los viajeros participar en un sorteo de largas ristras de peladillas, embolsadas en celofán de colores brillantes. El sorteo y la entrega de los premios se hacían en poco tiempo y eran lo único rápido de aquellos costrosos convoyes de la RENFE.

Mucho más próximo parece el origen de la costumbre de tomar doce uvas coincidiendo con las últimas campanadas del año. Parece que en 1900 dieron las viñas tanto fruto que tres meses después aún quedaba mucha uva sin vender y unos listos cosechadores inventaron el rito de tomarlas en Nochevieja. La costumbre se extendió gracias a la radio, que comenzó a transmitir las campanadas de la Puerta del Sol, y la llegada de la televisión lo convirtió en un rito.

Todo este jolgorio lo bañaban los ricos con *champagne* y las clases medias con sidra, hasta que se abrieron camino los cavas catalanes, hoy brebaje generalizado de la fiesta, que no sólo sirve para beber, sino para que los agraciados con los premios de la Lotería de Navidad lo hagan salir de las botellas con un agitar espumante, como si acabaran de ganar una carrera de fórmula 1.

Entre tanta fiesta quedan los regalos, en cuyo reparto existía la competencia entre Santa Claus, que los entregaba en Navidad, y los Reyes Magos, que los daban el 6 de enero. Contienda que también se zanjó con el armisticio familiar de regalar en ambas ocasiones, para felicidad de los niños, principales beneficiarios de uno de los enredos mejor organizados y una de las pocas cuestiones en que coinciden tanto el poder como los ciudadanos, tirios y troyanos. Con la excepción de la jerarquía eclesiástica, que anatemizaba a Santa Claus como personaje extranjero, inventado por los protestantes y los masones contra los ortodoxos Reyes Magos. No se les hizo mucho caso, pues se creía que los obispos sólo estaban contentos con lo que podían mangonear.

Todos esperaban recibir algún regalo de los Reyes Magos, y «¿Qué te traerán los Reyes?» era una pregunta para niños y mayores. Incluso para aquel imaginativo opositor que felicitaba a sus amigos con una tarjeta en la que había escrito: «¡Que los Reyes nos traigan la República!».

En la primera posguerra, la organización de la cabalgata de Reyes motivó tensiones entre el Frente de Juventudes y la Acción Católica. Finalmente, se

llegó al acuerdo tácito de que la organizara el ayuntamiento, más o menos falangista, incluido un acto religioso de los Magos en la iglesia principal.

Melchor y Gaspar aparecían vestidos como los reyes de la baraja de Heraclio Fournier, mientras que a Baltasar le disfrazaban de moro convencional y le pintaban la cara de negro. Porque negros ya hemos dicho que no los había en España. Hasta que, muchos años después, los hubo disponibles para meter a uno en la cabalgata y que Baltasar fuera negro de verdad. Signo de que las cosas ya no eran como antes y no volverían a serlo.

## EL ROLLO DE SU EXCELENCIA

La peculiar fiesta de los Santos Inocentes se celebraba el 28 de diciembre, ya pasada la Navidad y en espera de Nochevieja y Reyes. Era una fiesta menor, donde lo importante era reírse con las bromas y los engaños, cosas que divertían un rato, aunque sin exagerar, porque los engaños de todo tipo ya habían tenido próspera vida durante todo el año.

Tres días después de los Santos Inocentes, la radio transmitía el mensaje de fin de año de Franco, que varió de argumentos con el paso de los años: la guerra civil, la incomprensión extranjera, el acierto de la política española, el desarrollismo… El Generalísimo tenía una vocecilla monocorde de efectos catalépticos y hasta los adictos confesaban que el mensaje resultaba un rollo. Luego supimos que lo era hasta físicamente.

Cuando el mensaje comenzó a transmitirse por televisión, pudo verse cómo Franco movía la cabeza de derecha a izquierda a medida que desgranaba su larga perorata. Finalmente se supo que lo del rollo era cierto. Todo el mensaje se escribía en letras grandes sobre un enorme rollo de papel continuo situado tras las cámaras y un ayudante lo accionaba dando vueltas a una manivela. El Generalísimo leía sosamente los renglones escritos y seguía las líneas con su movimiento de cabeza, enrollando al personal mientras su ayudante desenrollaba el papel.

Aunque abusó de los noticiarios, nunca supo aprovechar el Nodo y la televisión para ofrecer un aspecto amable. Incluso cuando quiso mostrarse a la opinión norteamericana, en una escena familiar paseando con su familia, lo hizo en los jardines de El Pardo, muy emperifollado y acompañado por ayudantes de uniforme, componiendo una escena que no parecía un acto familiar sino la procesión del Corpus. Cuando España se abría al turismo, su hija y el marqués de Villa verde aparecieron en los documentales intentando parecer una pareja normal en la playa, pero él manejaba una lujosa motora y ella vestía un anticuado y pudibundo traje de baño con faldilla. Contra lo que

aseguraba la voz en *off* del noticiario, nada tenían en común con las parejas corrientes.

La playa siempre pareció encerrar un cierto maleficio para ellos. Franco y su mujer jamás se mostraron directa o indirectamente en el agua o en bañador. Los noticiarios los presentaban en pie sobre la arena y totalmente vestidos. Claro que el Generalísimo nunca había aprendido a nadar.

## GRACIOSOS EN LA PEQUEÑA PANTALLA

La televisión acabó por ser un elemento tan navideño como el turrón, el mazapán y el cava. La propaganda había dado paso a la publicidad y la gente entretenía sus fiestas ante el televisor, que, entre otras cosas, era un medio potente para llevar la risa al propio comedor de casa. Durante muchos años, mientras los chistes circulaban de boca en boca, el humor público había vivido en la prensa, el circo, la radio, el teatro y la revista, junto a cuya *vedette* principal siempre figuraba un gracioso. También el cine, el teatro y la revista contaban con numerosos actores cómicos como José Sazatornil, Antonio Ozores, Luis Escobar, José Luis López Vázquez, Andrés Pajares, Paco Martínez Soria o Alfredo Landa, de diversa calidad, aunque todos con éxito notable. De la revista y el teatro llegaron a la televisión artistas que se hicieron muy populares, entre ellos Lina Morgan y Tony Leblanc, que habían dado sus primeros pasos artísticos con Celia Gámez. Los acompañaron en el éxito artistas radiofónicos como Tip y Coll y Miguel Gila.

Incluso personajes ajenos al medio utilizaron la pequeña pantalla para hacerse publicidad, demostrando su buen humor. Camilo José Cela lo intentó varias veces, sin éxito, porque tenía mala baba y sabía ser provocativo, pero no gracioso; en cambio, Salvador Dalí tuvo más acierto con sus calculadas excentricidades, que desconcertaban al personal, acostumbrado a que los personajes importantes fueran señores serios. El pintor de Port Lligat era libre como un pájaro, sin otra tiranía que la de Gala. Tenía un gran sentido del oportunismo y la auto-promoción, y gozaba de cierta bula del poder oficial, que no encontraba peligrosas sus excentricidades, siempre calculadas para ser esperpentos exhibicionistas y políticamente inofensivos. De modo que repetidamente se declaró «anarquista monárquico» y desató tanto la hilaridad como la complacencia oficial al declarar:

Picasso es español. Yo también.
Picasso es un genio. Yo también.
Picasso es comunista. Yo tampoco.

# 13
# NOSOTROS, LOS DE SIEMPRE

## MÁS PAPISTAS QUE EL PAPA

Cuando deseaba ganar prestigio ante don Quijote, Sancho Panza presumía de ser cristiano viejo. Era la única distinción de quienes no tenían otra y fue empleada durante siglos por una población que insistió machaconamente en su pureza de sangre, sobre todo mientras existió el poder de la Inquisición.

Como dime de qué presumes y te diré de qué careces, nuestra historia social está plagada de demostraciones secretamente exculpatorias y hasta es probable que la afición española a los productos del cerdo proceda de la voluntad de no parecer morisco ni judaizante, cuando sólo era políticamente correcto quien comía jamón, chorizo, sobrasada y las innumerables delicias cerdiles de nuestros pecados.

Comamos lo que comamos y digamos lo que digamos, somos mestizos en todos los conceptos, porque nuestros antepasados, agobiados por las sucesivas dominaciones de cartagineses, romanos, bárbaros, musulmanes y cristianos, sobrevivieron a fuerza de ser acomodaticios y convertirse sucesivamente a la religión de quien mandaba.

Todos los conquistadores que llegaron a la Península eran minoritarios respecto a la población autóctona y cada invasión generó un proceso de integración y mestizaje biológico, social, jurídico e ideológico. Ni siquiera la invasión musulmana supuso un cambio radical en los componentes étnicos de la población, porque las huestes agarenas llegadas con Tarik ben Malluk no eran un pueblo en marcha sino un ejército de 15.000 o 20.000 hombres de etnias y tribus diversas que habían sido englobadas por el islam. Los civiles que llegaron tras los soldados invasores eran, en su mayoría, bereberes de la antigua Mauritania, parcialmente romanizados, cristianizados, luego sometidos a los vándalos y finalmente a los musulmanes. Todo este conjunto se mezcló progresivamente con muchos de los habitantes anteriores, con los que se confundieron a lo largo de los siglos.

Por si el lío fuera pequeño, también había en Hispania una población judía asentada desde tiempos del Imperio romano, muchos de cuyos miembros, durante las persecuciones desencadenadas por los últimos reyes visigodos, abrazaron el cristianismo o emigraron al Norte de África, de donde regresaron al amparo de la invasión musulmana.

La islamización fue tan masiva como antes lo había sido la cristianización y, durante la Reconquista, sólo parte de la antigua población hispanorromana mantuvo su fe cristiana en las montañas del Norte o en sus propios barrios de las ciudades musulmanas. Durante los ocho siglos de guerra entre moros y cristianos, las conversiones y reconversiones fueron incesantes en ambos sentidos y numerosas identidades se confundieron por obra de los matrimonios mixtos.

Al fin, en el siglo XV, se forzaron las conversiones masivas de musulmanes y judíos, en gran parte insinceras, que hicieron aparecer el término «cristiano nuevo», pese a que la mayor parte de los españoles y portugueses ya tenían algún antepasado judío o musulmán, en muchos casos descendiente de antiguos hispanorromanos repetidamente conversos. Desde el siglo XV, la condición de «cristiano nuevo» fue un estigma social y, para protegerse, muchas personas falsificaron su genealogía o ingresaron en la religión. Así, es posible encontrar claros antecedentes conversos hasta en algunos reyes, santos e inquisidores.

La consecuencia de esta mezcla no fue la tolerancia sino la intransigencia defensiva, que se exasperó a raíz de la Contrarreforma y las guerras contra los protestantes y los otomanos. Al fin y al cabo, el catolicismo fue el soporte ideológico de las luchas para controlar el Imperio alemán, dominar Flandes, salvaguardar el comercio de América o defender el Mediterráneo. La España «luz de Trento, espada de Roma y martillo de herejes» respondió a las necesidades políticas de la época imperial; no fue una voluntad piadosa ni un designio de la Providencia.

Esta religión militante hizo de la jerarquía católica española una de las más intransigentes del mundo, en línea con la frase hecha de «Ser más papista que el papa». Sin olvidar que éste era también soberano de un Estado con su propia política, en ocasiones aliado del rey de España y adversario en otras, con las consiguientes componendas, alianzas y guerras a favor o en contra.

Así se explica el famoso Saco de Roma de 1527, que tuvo lugar en la época en la que el emperador Carlos V estaba en guerra contra la alianza formada por Francia, Milán, Venecia, Florencia y el Estado Vaticano. El ejército del emperador, medio amotinado por el retraso de sus pagas y la muerte de su jefe, el condestable de Borbón, asaltó Roma y masacró a sus defensores, entre ellos la Guardia Suiza. Seguidamente, los soldados iniciaron un pillaje en iglesias, monasterios y domicilios, abusaron de las mujeres, aunque fueran monjas, vejaron a los eclesiásticos e impusieron un fuerte rescate a los cardenales. El

Papa se libró refugiándose en el castillo de Sant'Angelo, de donde sólo salió tras pagar 400.000 ducados y prometer entregar varias plazas italianas.

Alguna voz española deseosa de buscar excusas ha pretendido quitar hierro al asunto, argumentando que Carlos V sufrió un gran disgusto al conocer el saqueo y que éste fue obra de los lansquenetes alemanes protestantes que mandaba Georg von Frundsberg. Lo cierto es que Carlos V aceptó la rendición del papa Clemente VII y la entrega de Parma, Placenza, Civitavecchia y Módena, aunque sólo pudo ocupar esta última, y que en el ejército saqueador el número de soldados españoles equivalía al de alemanes, además de que sumando la tropa italiana, los católicos en armas superaban ampliamente a los luteranos. Todos ellos saquearon y asesinaron con igual entusiasmo y con la aprobación del cardenal Pompeo Colonna, enemigo del papa Clemente VIII, que llegó a Roma acompañado por campesinos armados de sus feudos que se sumaron a la rapiña en venganza de las exacciones impuestas por el papado. Por si faltara alguna prueba, baste saber que las únicas iglesias de Roma respetadas por los saqueadores fueron las españolas.

## POLÍTICA Y CREENCIAS

La tolerancia religiosa nunca ha sido el fuerte de las leyes españolas, ni siquiera de las de los últimos siglos. Tanta intransigencia suele provocar otra de sentido contrario, por lo que, durante mucho tiempo, la lucha política en España ha tenido la religión como bandera. Mientras que unos imponían las prácticas católicas, otros incorporaban el incendio de las iglesias y conventos a la práctica revolucionaria. La postura ante la Iglesia centró la lucha política. Como decía Agustín de Foxá: «Los españoles nos hemos pasado cien años detrás de los curas. Unas veces con un cirio y otras con un garrote».

Nunca existieron las condiciones adecuadas para disfrutar pacíficamente de la libertad e igualdad religiosas. Las declaraciones liberadoras fueron efímeras, las tres guerras carlistas tuvieron una fuerte carga religiosa y el problema se encrespó durante la Segunda República, cuando el sentimiento religioso determinó el alineamiento político, y la guerra civil de 1936, que no fue únicamente una contienda social y política, sino también una guerra de religión.

El franquismo consideró que la religión católica era consustancial a la nacionalidad española y en los documentos donde se consignaban los datos personales de los ciudadanos existía siempre un apartado indicativo de la religión, donde frecuentemente los funcionarios, sin preguntar y dándolo por obvio, anotaban «CAR», siglas de Católica Apostólica Romana.

Llegó un español a una oficina, cuyo empleado fue anotando sus datos, nombre, edad, domicilio, profesión y finalmente preguntó:

—¿Religión?

Y el hombre dijo:

—Ponga usted: «La habitual en estos casos».

Durante los primeros años del franquismo, esta mala disposición se combinó con el mensaje racista de Hitler, entonces en la cima de su poder. En 1941 se estrenó la famosa película *Raza*, escrita por el propio Franco y cuyo título no dejaba lugar a dudas. Y el 21 de junio del mismo año se promulgó una ley para controlar el matrimonio de los miembros del ejército, «a fin de que no sólo conserve el rango y decoro que corresponde a la elevada función que tiene encomendada, sino que sus familias sean exponente del mejor espíritu español y por ello fiel reflejo de una nacionalización rigurosa y un prestigio moral acusado». Según la ley, la novia debía ser española, hispanoamericana o filipina, católica y no divorciada, ya que en otro caso no podría casarse. De modo que una tagala filipina cumplía los requisitos, pero no una francesa de Hendaya.

Estos principios sufrieron varios revolcones después del Acuerdo hispano-norteamericano de 1953, porque algunos militares españoles cursaron estudios profesionales en Estados Unidos, se enamoraron y pretendieron casarse con anglosajonas que, además, eran protestantes y, en ciertos casos, divorciadas.

En 1951, Franco nombró ministro de Educación a Joaquín Ruiz-Giménez, embajador ante la Santa Sede, catedrático de Filosofía del Derecho y antiguo presidente de los estudiantes católicos. Con un ideario próximo a la democracia cristiana italiana protegida por el Vaticano, se rodeó de colaboradores liberales e inició la reforma de las instituciones docentes. Los duros del régimen no aceptaron la valiente política aperturista del ministro católico, a quien apodaron «Sor Intrépida».

Hasta ahora, cuando llamabas al Ministerio, la telefonista saludaba: «Éste es el Ministerio de Educación Nacional. ¡Arriba España!».

Desde que está Ruiz-Giménez, te dice: «Éste es el Monasterio de Educación Nacional. ¡Ave María Purísima!».

El sindicato falangista SEU, que dominaba la universidad, se sintió amenazado por la moderada liberalización que propugnaban los democristianos, cuya acción fue aprovechada por grupúsculos de estudiantes monárquicos y comunistas. Hasta que, en 1956, las tensiones derribaron a Ruiz-Giménez y su equipo de democristianos y liberales.

## ANTICLERICALISMO, PERO MENOS

El catolicismo oficial no admitía aperturas y cada vez se aislaba más de una poderosa corriente de cristianismo social que crecía en la Iglesia, gracias al cual el anticlericalismo tradicional parecía haberse moderado. Los chistes feroces sobre curas y monjas seguían haciendo las delicias de los falangistas y sectores duros que presumían de católicos; en cambio, crecía el respeto por los creyentes progresistas en sectores que tradicionalmente eran antieclesiásticos y donde las cuestiones religiosas suscitaban un humor menos militante, más suave y escéptico.

En una casa tenían dos loros, uno muy beato y otro procaz y mal hablado. Murió el loro bueno y, poco después, el loro malo, que, por su mala conducta, fue a parar al Infierno. Cuál sería su sorpresa cuando encontró a su antiguo compañero entre los condenados.

—¿Tú aquí? No es posible que hayas ido al Infierno, siendo tan comedido y piadoso. ¿Qué has hecho para merecer el fuego eterno?

—La verdad es que me enviaron al cielo, pero cuando ya estaba en la puerta, vi a una paloma blanca, de bellas y lustrosas plumas. Al fin y al cabo, soy un pájaro y no pude contenerme.

—¿…?

—Le dije: «¡Adiós, guapa!». ¡Y era el Espíritu Santo!

Independientemente de su postura en relación con lo espiritual, todos los españoles creían en los milagros de la Lotería y las Quinielas, mientras que ponían en solfa a los prodigios teológicos y se burlaban de las enseñanzas religiosas y los milagros tradicionales.

Navegaban los apóstoles en la barca de san Pedro por el mar de Tiberíades cuando vieron que Jesús se les acercaba desde la orilla, caminando sobre las aguas. Inmediatamente saltó san Pedro intentando imitarlo, pero se hundió como un plomo y tuvo que esperar a que los demás lo atraparan y lo subieran al bote.

—¡Maestro! ¿Qué debo hacer para caminar sin hundirme en el lago?

—¡Ve por las piedras, como yo!

Jugaban Jesucristo y san Pedro a los dados, cuando el apóstol sacó cinco ases. Jesucristo tomó el cubilete para la jugada siguiente y comenzaba a agitarlo cuando san Pedro le cogió del brazo.

—Ahora tira. Sin milagritos, que nos jugamos los cuartos.

## LAS SORPRESAS LLEGAN DE ROMA

El 28 de octubre de 1958, los cardenales reunidos en cónclave eligieron nuevo papa, y sorprendieron al mundo al designar al cardenal Angelo Giuseppe Roncalli, un hombre anciano de gran modestia personal, que parecía anunciar

un pontífice de transición y que tomó el nombre de Juan XXIII.

Durante los últimos años, algunos teólogos católicos habían estudiado la integración de las nuevas investigaciones en el dogma, un retorno a las fuentes del cristianismo y la actualización de las prácticas religiosas. Igualmente, los enormes cambios económicos, sociales, científicos, tecnológicos y económicos situaban a obispos y sacerdotes ante problemas inéditos.

El nuevo papa comenzó inmediatamente a comportarse de forma sorprendente: visitó las parroquias de Roma, los niños enfermos en los hospitales y los presos de la cárcel. Seguidamente, redujo el sueldo de los obispos y cardenales de la curia y mejoró la situación de los trabajadores del Estado Vaticano, que estaban mal pagados y carecían de derechos laborales.

El 25 de enero de 1959, cuando sólo llevaba tres meses en el solio, sorprendió al mundo con la convocatoria del XXI Concilio Ecuménico, junto con otras medidas, entre ellas, la revisión del Derecho Canónico.

El papa antes de la Ley antitabaco.

## Una misa en Cuelgamuros

Algunos católicos comenzaron a enfrentarse con el régimen aprovechando el escándalo provocado en Barcelona por Luis Martínez de Galinsoga y de la Serna, director del *ABC* de Sevilla entre 1937 y 1939 y autor, en colaboración con el primo de Franco, Francisco Franco Salgado, de una biografía laudatoria del Generalísimo. El ministro Arias Salgado lo había nombrado director del

diario *La Vanguardia Española*, la gran tribuna de la prensa barcelonesa, al finalizar la guerra civil.

El domingo 21 de junio de 1959, Martínez de Galinsoga asistió a una misa en la que el párroco pronunció la homilía en catalán, a lo que Martínez de Galinsoga reaccionó levantándose y profiriendo un insulto contra los catalanes. El asunto generó una buena polvareda que orquestó el nacionalista católico Jordi Pujol, que contaba entonces veintinueve años. *La Vanguardia* sufrió un boicot en su publicidad, suscripciones y ventas, junto con públicas roturas de periódicos. Hasta que el propietario, el conde de Godo, se entrevistó con Franco, que ordenó cesar a Galinsoga contra la opinión del ministro de Información y Turismo.

Hubo otros casos similares. A principios de enero de 1960, visitó España el cardenal norteamericano Francis Joseph Spellman, arzobispo católico de Nueva York y jefe del cuerpo eclesiástico militar de su país. Celebró misa en las bases norteamericanas, algunos templos y finalmente en la basílica del Valle de los Caídos. El templo excavado en Cuelgamuros por prisioneros de guerra servía de escenario para ceremonias rotundas del régimen y acogía reuniones de recalcitrantes fascistas europeos, como los veteranos italianos de la guerra de España que viajaban al lugar anualmente. De hecho, se reunían con tanta asiduidad que, el 13 de octubre de 1961, los jerarcas falangistas José Solís Ruiz y Fernando Herrero Tejedor convocaron allí a la Asamblea Europea de Ex combatientes, formada por los más recalcitrantes partidarios de Hitler y Mussolini. Mientras que el nuevo papa Juan XXIII abandonaba antiguas intransigencias e iniciaba una profunda transformación de la Iglesia católica, un cardenal de la democracia más antigua del mundo celebraba misa en el epicentro de la intransigencia europea.

Spellman era un ferviente líder de la más dura derecha norteamericana, antiguo partidario de Joseph McCarthy y contrario a permitir el sindicalismo de los empleados laicos de la Iglesia. Había sido amigo de Pío XII y participó en el cónclave que eligió a Juan XXIII, de quien comentó despectivamente: «No debería ser papa, sino vendedor de plátanos». En 1959 fue legado pontificio en el Congreso Eucarístico de Guatemala y, contra las órdenes del papa, se detuvo en Nicaragua y apareció en público con el dictador Anastasio Somoza. Había colaborado con Joseph P. Kennedy, el patriarca de la poderosa familia católica, pero en las elecciones de 1960 no apoyó a su hijo John F. Kennedy, sino al republicano y antiguo cuáquero Richard Nixon, y su inflexible anticomunismo le convirtió en ferviente partidario del franquismo.

El papa había dicho: «Quiero abrir las ventanas de la Iglesia para que podamos ver hacia fuera y los fieles puedan ver hacia el interior». Para ello se preparaba el Concilio Ecuménico, donde debían participar unos dos mil eclesiásticos procedentes de todo el mundo, con gran diversidad de lenguas y etnias, además de miembros de otras confesiones religiosas. Entre sus muchas

finalidades, se encontraban el *aggiornamento* o puesta al día, la mejora de relaciones con otras Iglesias, la renovación de la moral de los fieles y un diálogo mejor con el mundo moderno. El 2 de diciembre de 1960, por primera vez en más de cuatro siglos, el papa se reunió con un alto representante de la Iglesia de Inglaterra, al recibir a su principal dignatario, el arzobispo de Canterbury Geoffrey Francis Fisher.

La postura oficial del Vaticano no era compartida por toda la Iglesia, especialmente en España, donde el cardenal Spellman había sido recibido calurosamente por algunos obispos y su postura contaba con muchos y empecinados seguidores. No hay que olvidar que la guerra civil había sido una guerra de religión, miles de religiosos habían sido asesinados en la zona republicana y el episcopado apoyó la sublevación militar contra la República, calificando a la guerra de Cruzada.

Las noticias sobre los cambios en el Vaticano llegaron de modo fraccionario y confuso, hasta que resultó inequívoco que Roma abandonaba las posturas del catolicismo propugnado desde el Concilio de Trento. Cuando Franco conoció las verdaderas intenciones del papa, hizo un descarnado comentario: «Hoy hemos perdido la guerra».

## UN VALLISOLETANO EN BARCELONA

El papa Juan XXIII murió durante la celebración del Concilio, que concluyó el 8 de diciembre de 1965, ya en el pontificado de su sucesor, Pablo VI, cuando la Iglesia había cambiado profundamente, pero no muchos católicos, enfrentados a unas tendencias progresistas que parecían ganar terreno.

El grupo de católicos nacionalistas catalanes, donde sobresalía el joven Jordi Pujol, se había hecho un espacio en la política clandestina tras su campaña contra el director de *La Vanguardia Española* en 1960. En mayo del mismo año, Pujol fue detenido acusado de organizar la interpretación de un cántico catalanista, *El cant de la senyera*, en un acto del Palau de la Música Catalana al que asistían Franco y varios ministros. Condenado en un consejo de guerra, pasó dos años y medio en la cárcel más algún tiempo desterrado, tras lo que adquirió un gran carisma en su movimiento.

En febrero de 1966, el papa Pablo VI nombró a Marcelo González Martín coadjutor y sucesor del arzobispo de Barcelona, Gregorio Modrego Casaus, que mantenía malas relaciones con el creciente cristianismo progresista. Al cumplir setenta y seis años, el obispo Modrego solicitó jubilarse, y Marcelo González se dispuso a tomar posesión el 7 de enero de 1967. Jordi Pujol y Josep Benet encabezaron el sector de los católicos nacionalistas que rechazaron

el nombramiento, amparándose en algunas conclusiones del reciente Concilio, con el lema «*Volem bisbes catalans!*» («¡Queremos obispos catalanes!»). Cuando el obispo González Martín entró solemnemente en la catedral de Barcelona, sus opositores iniciaron el canto del *Virolai*, el himno en honor de la Virgen de Montserrat, que fue rápidamente acallado.

La campaña siguió extendiéndose por medio de octavillas y pintadas que despertaron la sensibilidad de muchas personas, y resucitaron el espíritu de la vieja Barcelona revolucionaria e iconoclasta. En una barriada obrera, la pintada «*Volem bisbes catalans!*» sufrió una dura y humorística rectificación, al tacharse «*catalans!*» y añadirse un signo de interrogación. La frase «*Volem bisbes catalans*!» se transformó en «*Volem bisbes?*» («¿Queremos obispos?»).

Más contundente y popular fue otro lema que corrió de pintada en pintada y de boca en boca: «No *volem bisbes catalans! Volem monges sueques!*» («¡No queremos obispos catalanes! ¡Queremos monjas suecas!»).

Aunque ya estaba advertido, el Gobierno español recibió con sorpresa la noticia de que el 15 de diciembre de 1965 el Concilio Vaticano II había proclamado solemnemente la declaración *Dignitatis humanae*, según la cual las personas tenían derecho a la libertad religiosa, que debía ser reconocido en el ordenamiento jurídico para convertirse en un derecho civil, tanto individual como colectivo.

Esta doctrina discordaba abiertamente con la confesionalidad del Fuero de los Españoles y demás leyes fundamentales. Era ya imposible someter las creencias a las normas de la guerra civil y el Gobierno se planteó adecuar la legislación. La ley fue modificada en enero de 1967 en un intento de compatibilizar el Estado Confesional con la libertad religiosa. Esta idea de mantener la confesionalidad paralelamente con la doctrina conciliar inspiró la Ley de Libertad Religiosa, promulgada el 28 de junio del mismo año y que también fue llamada «Ley Fraga».

## PIADOSOS Y REBELDES

El 9 de marzo de 1966, el clandestino y antifranquista Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB) había convocado una reunión para aprobar sus estatutos. En el convento de los capuchinos del elegante barrio de Sarriá se concentraron más de quinientos estudiantes, treinta y tres intelectuales, dos sacerdotes, tres observadores extranjeros y siete periodistas, algunos de ellos también extranjeros. La policía conocía la convocatoria, pero el lugar de reunión permaneció en secreto hasta el último momento y los agentes llegaron a las inmediaciones del convento cuando los

estudiantes ya llevaban una hora reunidos.

La Policía Armada cortó las comunicaciones telefónicas del convento y prohibió las entradas y las salidas, excepto para los frailes capuchinos, siempre minuciosamente registrados. Ninguno de los encerrados acató la orden de abandonar el edificio y, con el apoyo del provincial de los capuchinos, los frailes repartieron las mantas y comida de que pudieron disponer, mientras que desde el inmediato Instituto Francés los alumnos lanzaban sus propios bocadillos a la terraza del convento.

Finalmente, el día 11, el gobernador civil, Antonio Ibáñez Freire, ordenó desalojar la reunión y a las seis de la tarde entró la policía encabezada por un famoso comisario, Juan Creix. Fueron requisados los documentos de identidad de los concentrados y muchos de ellos fueron además detenidos, y sólo se les puso en libertad tras pagar cuantiosas multas. Era la primera vez que una comunidad religiosa se oponía directamente al franquismo, que, en su simplificación habitual, calificó de comunistas tanto a los encerrados como a los frailes.

Era también la época del enfrentamiento entre los gobiernos comunistas de Moscú y Pekín, lo que dio pie al chascarrillo consiguiente.

—¿Sabes cuántas clases de comunistas hay?
—…
—Tres: prorrusos, prochinos y capuchinos.

La tensión era considerable entre los católicos y, aunque muchos ignorasen la existencia del cardenal Francis Joseph Spellman, no era necesario buscar tan lejos para encontrar católicos enemigos de cualquier cambio.

Uno de los humoristas capaces de percibirlo fue Antonio Mingóte Barrachina. Siendo muy joven, hizo la guerra civil en el bando franquista y a su término ingresó en la Academia Militar establecida en Guadalajara, para convertirse en militar profesional. Allí comenzó a dibujar en una revista del centro, titulada *La Cabra*. Posteriormente abandonó el ejército y, en 1946, llegó a *La Codorniz* de la mano de Álvaro de Laiglesia. En 1953 inició su colaboración en *ABC*, que mantendría toda su vida. Escribió también novelas, obras de teatro, guiones de cine y programas de televisión. A pesar de haber hecho la guerra en el bando franquista y de colaborar lealmente con el monárquico *ABC*, mantenía un afilado humor crítico.

A propósito del Concilio y el cambio de rumbo eclesiástico, uno de sus chistes gráficos en ABC representaba el diálogo entre un curita joven y una elegante señorona bien peinada, que levantaba el dedo adornado con un enorme diamante y advertía al cura: «Usted, padre, dirá lo que quiera. Pero al cielo iremos los de siempre».

# 14
# HASTA QUE LA RISA SE RIO SIN MIEDO

## UN PROGRAMA POR SORPRESA

Poco a poco, el humor en libertad ganó terreno y uno de sus hallazgos fue la *Historia de la frivolidad* emitida por Televisión Española el 9 de febrero de 1967, cuando dirigían el medio Adolfo Suárez y Juan José Rosón. Ambos decidieron mostrar en el extranjero una imagen tolerante de España, burlándose de la censura, uno de los esenciales instrumentos del franquismo, que por entonces aún no había desaparecido.

Encargaron una *Historia de la censura* a Narciso Ibáñez Serrador, realizador muy acreditado en el medio, que requirió la colaboración de los prestigiosos Jaime de Armiñán para el guión y Augusto Algueró para la música. La película producida por ellos consistía en sucesivos *sketches* humorísticos que narraban una especie de historia universal de la lucha entre el erotismo y la censura, contando con artistas y personajes muy conocidos: Irene Gutiérrez Caba, Rafaela Aparicio, Lola Gaos, Pilar Muñoz, Margot Cottens, José Luis Coll y el trío cómico Zori, Santos y Codeso.

*La Liga Femenina contra la Frivolidad, en plena campaña para tapar (más) a* La maja vestida.

Tropezaron con tantos obstáculos que debieron cambiar el título por *Historia de la frivolidad*. El censor jefe de TVE, Francisco Gil Muñoz, amenazó con dimitir y se pretendió presentar el programa al Festival de Televisión de Montecarlo, pero no emitirlo en España.

La organización del Festival se negó a admitirlo a concurso sin haber sido emitido previamente y, ante este problema, fue estrenado en España por sorpresa, a medianoche, después de cerrarse la programación ordinaria. El éxito entre los sorprendidos espectadores fue tan rotundo que la demanda obligó a emitirlo nuevamente en horario normal, donde logró un éxito aún mayor.

No sólo fue premiado en Montecarlo con la Ninfa de Oro, sino que logró la Rosa de Oro y el primer Premio de la Prensa del Festival de Montreux y la Targa d'Argento del festival de Milán. Había sido el mayor éxito de Televisión Española, que rodó seguidamente una *Historia de la burocracia*.

El humor entraba a presión en la pequeña pantalla, donde triunfaban nuevos personajes, entre ellos Tip y Coll. Luis Sánchez Polack, el Tip de la antigua pareja cómica Tip y Top, conoció a José Luis Coll en los estudios de Televisión Española y decidieron formar una nueva pareja, Tip y Coll, que debutó en 1967 en el Hotel Aránzazu de Bilbao. Su éxito les llevó a múltiples actuaciones por toda España y, en 1969, al programa *Galas del Sábado* de Televisión Española. Desde entonces fueron constantes sus apariciones en este medio, donde su humor surrealista se hizo esencial en la década de 1970.

—Buenos días, soy paraguayo y vengo a pedirle la mano de su hija.

—¿Para qué?
—Para hacerla feliz.
—¡Ah! Yo creía que era usted paraguayo.

## LA CUARTA CARABELA

Desde que, en 1492, las tres carabelas de Colón llegaron a una playa del Caribe, los españoles no habían dejado de emigrar a América. Casi cinco siglos después, en la década de 1950, partió una cuarta carabela de España, ahora para descubrir Europa. Empujados por la necesidad, miles de españoles abandonaron el sol en busca de trabajo en los ricos países del norte. Se podría decir que, cuatro siglos después de descubrir América, España descubrió Europa.

A partir del Plan de Estabilización de 1959, el país que exportaba preferentemente naranjas y anticomunismo comenzó a exportar pobres. Las españolas maletas de cartón atadas con cuerdas comenzaron a bajarse de todos los trenes baratos, mientras millones de europeos viajaban en sentido inverso para pasar sus vacaciones en nuestro país.

El cambio de política económica permitió que millones de subempleados trabajaran en los nuevos sectores económicos y los emigrantes enviaran sus ahorros desde el extranjero. Las condiciones económicas y sociales comenzaron a mejorar y también las aspiraciones. Hasta entonces, los automóviles eran trastos antediluvianos necesitados de continuas reparaciones en talleres que parecían chatarrerías. Ahora comenzaban a circular buenos automóviles que despertaban la envidia peatonal.

—¡Papá, cuando sea mayor, quiero ser un mierda!
—¿Qué tonterías estás diciendo?
—Sí, porque cada vez que pasa un Mercedes, dices: «Mira qué cochazo tiene el mierda ese».

No sólo la sociedad española tenía nuevos horizontes, sino que las fronteras se habían hecho permeables. Ante la nueva situación, el Gobierno dejó de restringir los pasaportes, que ahora sólo se negaban a los «fichados» como políticos de oposición. Mientras los turistas llegaban a España, los españoles salían a trabajar al extranjero y hasta hacían cortos viajes turísticos, donde descubrían productos inexistentes en su país.

Llegó a la frontera un pequeño automóvil con cuatro monjitas que regresaban de una peregrinación a Lourdes.
—¿Qué llevan en esta garrafa, hermanas? —preguntó el guardia civil.

—Agua de Lourdes, señor agente —dijo la conductora.
El guardia destapó la garrafa, olió y exclamó:
—Hermana, ¡esto es coñac!
—¡Oh! ¡Milagro! ¡Milagro!

Aprovechando los nuevos viajes, se popularizó la costumbre de pasar de contrabando toda clase de objetos por las fronteras francesa y andorrana. Libros, discos, cafeteras, acero inoxidable, objetos de consumo, material fotográfico y electrónico pasaban la raya de mil maneras.

Todas las mañanas llegaba un hombre en bicicleta al puesto fronterizo con un pequeño saco de tierra en el portaequipajes, lo que daba lugar al siguiente diálogo:
—¿Tiene algo que declarar? —preguntaba el guardia.
—No, señor, nada —respondía el ciclista.
—¿Y qué lleva en el saco?
—Tierra, sólo tierra.
Seguro de que escondía algún contrabando, el guardia le hacía vaciar el saco y, al comprobar que sólo contenía tierra, lo dejaba marchar. La operación se repitió durante muchos meses. Todos los días el guardia hacía vaciar infructuosamente el saco, tras lo cual el ciclista proseguía su camino. Hasta que un día el ciclista tendió la mano al guardia.
—Después de tanto tiempo, creo que nos hemos hecho amigos y quiero despedirme de usted, porque me jubilo. Nunca más volveré a pasar la frontera.
—Entonces, quiero pedirle el favor —contestó el guardia— que me aclare la duda que no me deja dormir desde hace meses. ¿Qué pasaba usted de contrabando?
—¿Yo? ¡Bicicletas!

## LA LUNA DE VALENCIA

El lanzamiento del *Sputnik 1*, primer satélite espacial obra de la Unión Soviética, el 4 de octubre de 1957 provocó una enorme sensación en todo el mundo y, naturalmente, en España, que, aquel mismo mes, se enfrentó a un conflicto colonial en Ifni. El 23 de octubre estallaron pequeños disturbios en los pueblos de Goulimine y Bou Izarguen y, exactamente un mes más tarde, los guerrilleros atacaron por sorpresa todos los puestos españoles. Comenzaba una guerra y a toda prisa se enviaron tropas. Se controlaron las informaciones de prensa para quitar importancia al conflicto, que se extendió al Sáhara y requirió la ayuda militar francesa. Hubo más de 500 bajas entre los españoles, y se ignora cuántas entre los marroquíes.

El silencio impuesto por el Gobierno a los problemas españoles de toda índole colocaba en primera fila de la información las cuestiones internacionales, entre ellas la carrera espacial. Tras varios intentos de lanzar

cohetes Vanguard norteamericanos desde Cabo Cañaveral, en 1958 Estados Unidos puso en órbita su primer satélite, llamado *Explorer 1*, y se empezó a especular sobre un próximo artefacto tripulado.

La NASA puso un anuncio pidiendo voluntarios para ir al espacio y se presentaron un ruso, un norteamericano y un español, a quienes un funcionario recibió separadamente.

—¿Cuánto quiere usted para ser lanzado al espacio?

—Un millón de dólares —dijo el ruso.

Ante la misma pregunta:

—Dos millones de dólares —respondió al norteamericano.

Preguntaron entonces al español, cuya respuesta desconcertó al entrevistador:

—Tres millones de dólares.

—Es mucho —dijo el funcionario—, tengo un ruso que ofrece ir por sólo un millón.

—Perfecto —respondió el español—. Ponemos el precio en tres millones: uno para usted, otro para mí y el tercero se lo damos al ruso ¡y que vaya él!

La cuestión tardó mucho tiempo en resolverse. Aunque en España no había científicos espaciales ni astronautas, gracias a la desinformación el Gobierno lograba que los españoles estuvieran en la Luna. Mientras tanto, la NASA preparaba a los futuros tripulantes de sus naves espaciales. Al fin, en 1969, lanzó el *Apolo 11* con tres hombres a bordo, uno de los cuales, Neil A. Armstrong, pisó el suelo de la Luna a las 2.56 horas del 21 de julio de 1969.

Cuando Armstrong llegó a la Luna, encontró allí a un español.

—¿Cómo han podido llegar ustedes a la Luna, si no tienen cohetes?

—Ha sido muy fácil —respondió el español—. Hemos hecho una torre humana.

—Pero —dijo el norteamericano— ¿de dónde han podido sacar a tanta gente para hacer una torre tan alta?

—De España. Hemos ido alternando: un militar, un cura; un militar, un cura…

El desarrollo económico, el contacto con los extranjeros y el alejamiento de la guerra civil hicieron perder el miedo a la nueva generación, que pedía libertad. Menudeaban los conflictos laborales, las facultades universitarias estaban en agitación, y la presencia policial era continua en algunos campus universitarios. De lunes a sábado, y desde primera hora, llegaban a las facultades tanto los estudiantes como los *grises*, apelativo de la Policía Armada.

—¿Qué le dijo, el lunes por la mañana, el *gris* a su mujer?

—¿…?

—Pepa, prepárame el bocadillo que me voy a la universidad.

## UNA HISTORIA CON TORTUGA

Tampoco faltaban los agriados partidarios de que aquí no cambiara nada. Numerosos sacerdotes y conocidos obispos apostaban por la democracia, lo que irritaba a los franquistas más duros, en cuyas manifestaciones se gritaba «¡Obispos al paredón!». Franco ya decidía pocas cosas y dejaba los asuntos públicos en manos del almirante Carrero Blanco, al que nombró presidente del Gobierno en 1973, reservándose para sí el cargo de Jefe del Estado.

El almirante ya llevaba muchos años siendo el hombre fundamental de la política española, y se adivinaba que, a la muerte de Franco, su intervención podría ser decisiva. Sin embargo, el 20 de diciembre de aquel mismo año ETA asesinó a Carrero Blanco haciendo explotar una carga bajo el suelo de la calle al paso de su coche, que recibió un impacto brutal. Pasada la sorpresa, el humor negro reclamó su parte.

Estaba Carrero Blanco oyendo su última misa cuando se acercó para recibir la comunión. El cura iba distribuyéndola a los fieles arrodillados, hasta que llegó al almirante y se lo saltó diciéndole:

—A usted, la hostia ya se la darán cuando salga.

La gente aseguraba que Franco no se enteraba ya de nada y se limitaba a hacer cuanto le indicaban su mujer y ayudantes.

Paseaba un hombre cerca del palacio de El Pardo cuando se sintió indispuesto. Como no había lavabos a la vista, se escondió en un seto y dejó que la naturaleza fluyera libremente. Después, sacó un papel del bolsillo de su chaqueta y se limpió. Quiso la fatalidad que soplara entonces una inesperada ráfaga de viento que levantó el papel y lo llevó volando hacia el palacio. Angustiado, el hombre corrió intentando alcanzar el papel sucio, pero el viento siguió empujándolo hasta hacerlo entrar por una ventana del palacio.

Desesperado, se dirigió a la puerta y explicó su problema al sargento de guardia.

—Ha sido sin querer y yo quisiera recuperar el papel que ha volado contra mi voluntad.

El sargento comprendió que no tenía mala intención y preguntó:

—¿Por qué ventana ha entrado ese papel?

—Por aquélla —dijo el hombre, señalando una.

—No hay nada que hacer —dijo el sargento—. No podemos recuperar el papel. Aquélla es la ventana de Su Excelencia y seguro que ya lo ha firmado.

Tras la muerte de Carrero Blanco, el régimen pareció quedar desarbolado. Franco estaba disminuido a ojos vistas y no podría durar mucho. La gente hacía cábalas continuamente.

Todos los días, llegaba un caballero al quiosco de prensa, compraba un periódico, miraba la primera página y lo tiraba sin abrirlo. Hasta que, intrigado, el vendedor le dijo:

—Veo que todos los días compra usted el diario, mira la primera página y lo tira sin haberlo leído. ¿Busca algo en concreto?

—Sí —respondió el hombre—, busco una esquela de fallecimiento.

—Pero las esquelas no están en la primera página sino en las últimas —dijo el vendedor.

—La que yo busco saldrá aquí, en primera página.

Sin embargo, todo seguía igual.

Por entonces, regalaron a Franco una tortuguita recién nacida cuya especie vivía doscientos años. El hombre la puso en la palma de su mano y comentó:

—¡Qué bonita! Pero preferiría que no me la hubieran regalado. A estos animalitos les cojo cariño y me dan pena cuando se hacen viejos y se mueren…

Por una de esas ironías de la vida, muchos años más tarde contaban en La Habana el mismo chiste referido a Fidel Castro.

## LOS GUARDIANES DE LA LIBERTAD

El humor había sido una herramienta contra la dictadura. Un humor practicado en las barras de las cafeterías, en los bancos de los parques y, sobre todo, en los domicilios. Después, se extendió a las fábricas, las aulas y los lugares de reunión.

Fraga perdió la cartera de Información y Turismo a consecuencia del «caso MATESA» en octubre de 1969 y le sustituyó Alfredo Sánchez Bella, cuyo primer paso fue impedir la aparición de un diario que iba a llamarse *Nivel*; luego clausuró la revista *Triunfo*, llevándola al borde de la quiebra, y el 25 de noviembre de 1971 aprovechó un pretexto para cerrar el *Diario Madrid*, cuyo edificio sería comprado por una inmobiliaria y luego dinamitado.

En 1971, nació la revista *Cambio 16*, cabecera de un grupo periodístico que sería trascendental en la Transición. A pesar de la inquisición ministerial, seguía vendiéndose *La Codorniz*, a la que acompañaron nuevas publicaciones humorísticas de un sarcasmo político más acusado. El 11 de mayo de 1972 apareció en los quioscos el semanario *Hermano Lobo*, promovido por Chumy Chúmez, que contó con escritores como Vázquez Montalbán, Francisco Umbral y Manuel Vicent y, como dibujantes, con Forges, Jaume Perich, Manuel Summers y, a última hora, Ops (más tarde El Roto) y Emilio de la Cruz.

El Gobierno formado por Carrero Blanco en junio de 1973 sustituyó a Sánchez Bella por Fernando de Liñán, que mostró un carácter más comprensivo. En octubre apareció *El Papus*, semanario gráfico y literario que se proclamaba «Revista satírica y neurasténica», de contenido duro, antiestético, informal y valiente, que fue politizándose hasta alcanzar cotas

radicales.

Fundado por Xavier de Echarri, contaba con los escritores Joan de Sagarra, Manuel Vázquez Montalbán, Maruja Torres y Antonio Fran, y numerosos dibujantes, entre ellos Iva, Óscar Nebreda, García Lorente, Manel, Carlos Giménez y Rafael Ramos.

Otra revista importante fue *Por Favor*, escisión de *Hermano Lobo*, en 1974, codirigida por Perich y Vázquez Montalbán, y en la que colaboraban Forges, Máximo, Juan Marsé, Maruja Torres, Núria Pompeia, Josep Ramoneda y Romeu. Su sátira política tenía gran calidad literaria y una fuerza política que le acarreó continuos problemas, hasta que fue suspendida por cuatro meses, lo que los colaboradores intentaron soslayar con la publicación de *Muchas Gracias*.

*Álbum benéfico publicado tras el atentado terrorista que sufrió* El Papus *en 1977 por parte de la Triple A y en el que murió Joan el conserje Peñalver.*

Al morir el almirante Carrero, el primer Gobierno Arias Navarro tuvo como ministro de Información y Turismo a Pío Cabanillas, que aplicó la «Ley Fraga» con criterios muy favorables para la prensa, donde triunfaban *Cambio 16, Hermano Lobo* y *El Papus*, y comenzaba a publicarse *Doblón*.

La relativa libertad encrespó a los duros del sistema: José Antonio Girón comenzó a tronar amenazadoramente y Blas Piñar acusó a Pío Cabanillas de contar con numerosos «enanos infiltrados en el Ministerio de Información y Turismo». Replicó Miguel Ángel Aguilar destacando la diferencia entre la «revolución pendiente» que predicaba Girón y su realidad de millonario; *Mingóte* dijo por boca de su personaje Gundisalvo: «¡Hemos de esforzarnos en la renovación del país hasta conseguir que todo quede como estaba!» y la revista *Por Favor* llenó sus márgenes de enanos.

*Primer número de la mítica* Por Favor, *marzo de 1974.*

Finalmente, los periodistas Emilio Romero y Antonio Izquierdo confeccionaron un expediente con artículos aperturistas de periódicos

españoles intercalados con desnudos de la revista *Playboy*, que no se publicaba en España, y se lo presentaron a Franco como si todo hubiera aparecido en la prensa española. El Generalísimo se tragó el anzuelo, montó en cólera, Arias no defendió a su ministro y Pío Cabanillas fue destituido.

Lo sustituyó nada menos que León Herrera Esteban, teniente coronel del Cuerpo Jurídico del Aire con una larga carrera política y antiguo subsecretario del temible Camilo Alonso Vega. Franco estaba enfermo, la prensa, la universidad, los despachos de abogados y los comités de empresa presionaban hacia la libertad, pero León Esteban emprendió con entusiasmo la defensa del sistema moribundo. Cerró temporalmente *Triunfo* y *Cambio 16*, sancionó a *El Correo de Andalucía*, el *Ya* y *Por Favor*, y el periodista Josep Maria Huertas Claveria fue encarcelado en Barcelona por decir que la mayoría de casas de citas las regentaban viudas de militares. Sólo en el primer semestre de 1975 se incoaron 147 expedientes administrativos contra diversos medios. Este último inquisidor recibiría luego los altos galardones de los futuros gobiernos de la democracia. En 1983, fue nombrado asesor jurídico del Ministerio de Defensa y ascendido a General de División Consejero Togado, máxima graduación de su cuerpo militar, y en 1987 fue condecorado con la Gran Cruz del Mérito Naval.

El 21 de noviembre de 1975, el caballero que buscaba una esquela encontró la que esperaba. Esta vez no tiró el periódico y se lo quedó para leerlo entero.

La lucha política se había encrespado. Los grupos terroristas y las amenazas golpistas amargaban el ansiado paso a la democracia, amenazada con rayos y centellas. Pero una parte importante de los ciudadanos deseaba vivir en paz, lejos del lenguaje de la violencia.

Un juego de pintadas aparecido en Madrid parecía demostrarlo. Un grupo violento pintarrajeó una pared amenazando con matar a Santiago Carrillo, secretario general de los comunistas y bestia negra del franquismo. Pero una réplica se rio de la amenaza.

Decía la pintada amenazante: «Hay que matar al cerdo de Carrillo». Guasonamente, habían escrito debajo: «Cuidado Santiago, quieren matarte el cerdo». El humor se liberaba del pasado. La gente, al fin, se reía sin miedo.

# BIBLIOGRAFÍA


Ariza Viguera, M., *Enrique Jardiel Poncela en la literatura humorística española*, Fragua, Madrid, 1973.

Conde Guerri, María José, *et al.*, *El teatro de Enrique Jardiel Poncela*, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1985.

Conde Martín, Luis, *El humor gráfico en España: la distensión internacional*, Asociación de la Prensa, Madrid, 2008.

Congreso de Literatura Española Contemporánea (junio de 1992, Málaga), «Jardiel Poncela: teatro, vanguardia y humor», *actas del Sexto Congreso de Literatura Española Contemporánea*, Universidad de Málaga, 10 al 13 de noviembre de 1992.

Elorza Antonio, *Luis Bagaría. El humor y la política*, Anthropos, Barcelona, 1988.

Escudero, Carmen, *Nueva aproximación a la dramaturgia de Jardiel Poncela*, Ediciones de la Universidad de Murcia, 1981.

Fernán Gómez, Fernando, *El tiempo amarillo. Memorias 1943-1987*, t. II, Debate, Madrid, 1990.

Flórez Diez, Rafael, *Jardiel Poncela*, Ediciones y Publicaciones Españolas, Madrid, 1969.

Galán, Diego, *¿Reírse en España? El humorismo español en el banquillo*, Fernando Torres, Valencia, 1974.

Gallud Jardiel, Enrique, *Enrique Jardiel Poncela: la ajetreada vida de un maestro del humor*, Espasa-Calpe, Madrid, 2001.

García, P., *Los chistes de Franco*, Editorial 99, Madrid, 1977.

Gila, Miguel, *Y entonces nací yo*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.

Jardiel Poncela, Evangelina, *Enrique Jardiel Poncela, mi padre*,

Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

Leblanc, Tony, *Ésta es mi vida*, Temas de Hoy, Madrid, 1999.

Marcos Villalón, Emilio, *Luis Bagaría. Entre el arte y la política*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004.

Nemencia Legás, María, Margarita Ramírez de Arellano Apellániz y Susana Blázquez, *Eloísa está debajo de un almendro, de Enrique Jardiel Poncela*, Servicio de Documentación y Publicaciones, Madrid (Comunidad Autónoma), 2004.

Pernau, Josep, *Humor de combate: cómo sobrevivir a las dictaduras*, Roca, Barcelona, 2007.

Rof Carballo, Juan, *El teatro de humor en España*, Editora Nacional, Madrid, 1966.

Sangro Colón, Pedro y Alejandro, *El entretenimiento en televisión, guión y creación de formatos de humor en España*, Loastres, Barcelona, 2008.

Tubau, Iván, *El humor gráfico en la prensa del franquismo*, Mitre, Barcelona, 1987.

Valls, Fernando, y Roas Deus, David, *Enrique Jardiel Poncela*, Eneida, Madrid, 2002.

Vázquez Montalbán, Manuel, *Crónica sentimental de España*, Bruguera, Barcelona, 1980.

Ventín Pereira, José Augusto, *Los juglares radiofónicos del siglo XX: Jardiel Poncela*, Instituto Universitario de la Comunicación Radiofónica, Universidad Complutense de Madrid, 1998.

GABRIEL CARDONA (Es Castell, Menorca, 1938) es doctor en Historia, ex militar de carrera por tradición familiar (fue fundador de la Unión Militar Democrática). Entre sus numerosas obras se cuentan *El poder militar en España hasta la guerra civil, Historia del Ejército, El problema militar en España, Alfonso XIII, el rey de espadas* y, *Los años del Nodo*, junto a Rafael Abella.